



Cuatro días contigo

Emma Colt

Emma Colt

Cuatro días contigo

~ Amores imprevistos, Libro 1 ~

Cuatro días contigo

Publicado por Emma Colt en Kindle Direct Publishing

Copyright: Emma Colt, 2017

Contacto: H. Manteca

<http://emmacolt.com>

emma@emmacolt.com

Diseño de cubierta: Emma Colt

Diseño interior: Emma Colt

ISBN: 978-84-947102-1-6

¡Gracias por descargar este libro! Si te ha gustado, por favor, anima a tus amigos y conocidos a descargárselo también, pero por favor, no lo reproduzcas ni lo redistribuyas de ninguna manera. Para cualquier consulta al respecto, puedes contactarme a través de mi página web o del email que hay más arriba ¡Gracias por apoyar el trabajo de los autores!

Índice

[Título y autora](#)

[Copyright](#)

Tabla de contenidos

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Otros libros de Emma Colt](#)

[Desconocidos - Lee el primer capítulo](#)

[Contacta con la autora](#)

Siempre para H.

Agradecimientos

En primer lugar quiero darte las gracias a ti, lectora o lector, por confiar en esta novela. Espero que te guste tanto como yo he disfrutado escribirla.

En segundo lugar, no tengo suficientes palabras de agradecimiento para H., el cómplice que me animó a iniciar este proyecto a pesar de todas las dificultades. Sin ti, esto no habría salido adelante.

1

—Lidia, no puedes hacerme esto.

—Por favor. Te prometo que te lo compensaré —gritó Lidia por encima de la música a todo volumen, mirándola con ojos implorantes.

Laura resopló y se fijó en el rubio que esperaba un par de metros más allá, mirando el trasero de su amiga con ojos hambrientos. Lidia se le acercó para hablarle al oído.

—¿Sabes el tiempo que hace que no ligo? ¿Y además con un bombón así?

Laura resopló otra vez. Claro que lo sabía. Lidia había expresado su disgusto sobre ese aspecto de su vida como mínimo una vez al día de los últimos dieciocho meses. En circunstancias normales se habría alegrado mucho por ella, sobre todo si el afortunado parecía haber salido del calendario solidario “Los bomberos más sexys”, pero ese día no.

—¡Hemos venido aquí a celebrar mi despedida de soltera! —se quejó.

Lidia no puso los ojos en blanco, pero casi.

—Cariño, no te lo tomes mal, pero esto de despedida de soltera no tiene nada.

—Ya te dije que no me apetecía pasar una noche entera con una polla de goma en la cabeza dando vueltas por toda la ciudad.

—Y yo te dije...

—No quiero volver a entrar en esa conversación —la cortó Laura.

Lidia suspiró y volvió a dedicarle una mirada suplicante.

—Laura, todavía estaremos en Porta tres días más. Sólo te abandono esta noche... bueno, y mañana por la mañana no cuentas conmigo, pero después de la hora de comer seré toda tuya otra vez. Iremos a la playa, volveremos a salir de fiesta y comeremos hasta que reventemos. Te lo prometo.

Laura sabía que no valía la pena insistir y tampoco le apetecía enfadarse. Ahora fue ella la que suspiró.

—Vale —dijo, y añadió con una sonrisa pícaro: — Pero dale a ése un mordisco en el trasero de mi parte.

—Oh, lo haré, créeme.

—No lo dudo —rió Laura—. Me voy al hotel.

Se despidieron con un pequeño abrazo y Laura empezó la difícil tarea de abrirse camino entre la multitud que había esa noche en la discoteca, en

dirección a la puerta.

Una vez en la calle, cuando el calor húmedo de las noches de julio la abrazó, se dio cuenta de que no había podido evitar enfadarse un poco con Lidia. Y no era por haberle dado plantón cuando se suponía que iban a pasar cinco días ellas solas, sin hombres, para celebrar que Laura se iba a casar, sino por esas palabras que su amiga había estado a punto de pronunciar. Otra vez.

Lidia era su mejor amiga, y una de las cosas que más apreciaba en ella era que no tenía pelos en la lengua. Ninguna de las dos los tenían. Siempre había agradecido la sincera opinión de Lidia sobre cualquier asunto, excepto cuando el asunto era su boda.

Lidia opinaba que si Laura no quería celebrar una despedida de soltera como Dios manda, con todas sus amigas, era porque en el fondo no quería casarse con Javi. Laura había intentado convencerla por activa y por pasiva de que nunca le habían gustado esas celebraciones. Sí, había participado en varias, pero porque a sus amigas les hacía ilusión. Pero que fuera la suya ya era otra cosa. Sin embargo, Lidia no se había dejado convencer. Es más, su comentario siempre era el mismo:

—Ahora piensas eso porque ya se te está pegando la sosería de tu novio. Admítelo, Laura, Javi es un sosainas. O bien te acabarás aburriendo de él o te acabarás convirtiendo en una sosainas como él. Y eso me daría mucha pena. Además, sólo tienes veinticinco años, eres muy joven para casarte.

Cada vez que Lidia decía eso, a Laura le dolía, porque Javi era un buen hombre, tranquilo y atento. Encontrarlo fue un regalo caído del cielo después de la horrible relación con Rafa. Con Rafa todo habían sido discusiones y lloros, una crisis detrás de otra. Con Javi todo era tranquilidad y respeto mutuo. No discutían, todo se hablaba pacíficamente.

El ruido de un coche avanzando demasiado rápido la sacó de sus pensamientos. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya había abandonado la amplia calle donde se encontraba la discoteca y había empezado a callejear por Porta en dirección al hotel.

Los únicos presentes en la calle eran ella misma, un hombre que caminaba hacia ella y que sólo se encontraba a unos veinte metros, y el coche que avanzaba hacia ellos a toda velocidad.

Cuando el vehículo se detuvo bruscamente a la altura del hombre, éste también se detuvo. Laura lo imitó. Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo y el corazón empezó a latirle con fuerza. Ahí estaba pasando algo

raro.

A partir de ese momento, fue como si todo sucediera a cámara lenta.

Las puertas del conductor y el copiloto del coche se abrieron y bajaron dos hombres. El conductor tendría unos cuarenta y cinco años y llevaba el cabello negro peinado hacia atrás. Debía de llevar una buena capa de gomina, porque incluso en esa calle mal iluminada le brillaba. Pero lo que más le llamaba la atención fue el rostro del hombre. Lo tenía extrañamente hinchado, como si hubiera recibido muchos golpes. Había algo en su expresión y su cuerpo alto y robusto que le provocó un rechazo inmediato. Era amenazador.

El otro hombre no debía de llegar a los treinta y era menudo. A pesar de ser claramente musculoso, parecía poca cosa. Sin embargo, su expresión era una continua mueca de desprecio, como si odiara el mundo. No había duda de que era peligroso.

“Son el Gordo y el Flaco”, pensó Laura, extrañada. Ya los había visto antes. Concretamente, en la discoteca de la que acababa de salir. La noche anterior. No tenía ninguna duda al respecto. Se había fijado en ellos porque llamaban la atención, formaban una peculiar pareja que no encajaba en el ambiente del local.

En seguida se dio cuenta de que no era el momento de perder el tiempo con ese tipo de pensamientos, porque el conductor, el Gordo, se había detenido y estaba escudriñando la calle. Laura se tensó, horrorizada. Estaban a punto de descubrirla, y no había que ser una lumbrera para saber que eso no iba a ser bueno para ella.

“Corre”, se dijo a sí misma.

Pero se había quedado petrificada.

“¡Muévetel!”, se gritó.

Ahora sí, reaccionó. Pero no echó a correr, aunque era lo que una parte de su cerebro, la que estaba dominada por el pánico, le pedía a gritos. La otra parte del cerebro le decía que si echaba a correr la descubrirían seguro. Tenía más posibilidades de pasar desapercibida si aprovechaba las sombras de la calle para esconderse.

Dio unos pasos hacia atrás con mucha cautela. Recordaba haberse detenido al lado del portal mal iluminado de un edificio.

Una sombra negra la engulló justo cuando el Gordo posó los ojos en el portal... y siguió escudriñando la calle.

No la había visto.

Fue en ese momento que Laura se dio cuenta de que todo parecía estar

sucediendo a cámara lenta, porque cuando apartó los ojos del Gordo para ver qué estaba haciendo el copiloto, el Flaco, descubrió que apenas se había alejado del coche.

Se estaba abalanzando hacia el hombre que caminaba por la calle, que empezó a retroceder mientras buscaba algo en el bolsillo trasero del pantalón. Poco más pudo hacer, porque el Flaco en seguida estuvo encima suyo y le empujó tan salvajemente que cayó al suelo. Después, le propinó una patada en la cara. El hombre gimió y, aunque no perdió el sentido, quedó aturdido.

El Gordo se acercó a él.

Llevaba una navaja en la mano.

Laura se cubrió la boca con la mano para no gritar. No tenía ninguna duda de qué iba a suceder a continuación.

El Gordo se agachó sobre el hombre aturdido y le clavó la navaja en el corazón.

Entonces todo fue silencio.

El hombre quedó tendido en el suelo, inmóvil. El Gordo y el Flaco lo observaron unos segundos, hasta que parecieron satisfechos. Sin perder más tiempo, regresaron al coche. Antes de subir, escudriñaron la calle una última vez para asegurarse de que nadie los había visto. Laura se aplastó contra la puerta del edificio. Ni siquiera se atrevía a respirar.

Al fin, subieron al coche y se alejaron en seguida. Ni siquiera habían apagado el motor.

Laura tardó largos segundos en moverse. Sabía que debía ir a socorrer al hombre que había quedado tendido en el suelo, aunque en el fondo también sabía que ya no podría hacer nada por él. Quizá por eso no se atrevía a moverse. Por eso y porque temía que el Gordo y el Flaco regresaran.

Al cabo de un minuto, fue capaz de abrir su pequeño bolso y sacar el móvil para llamar a emergencias.

Otro minuto después, reunió el valor suficiente para acercarse al hombre que seguía tendido en el suelo.

—Ay, madre —murmuró.

Estaba muerto.

Acababa de ser testigo de un asesinato.

Laura no comprendía por qué no se ponía histérica. Sería lo normal, ¿no? En realidad, incluso sería razonable. También sería razonable y adecuado sentirse mal por el pobre hombre al que habían arrebatado la vida en cuestión de segundos.

Pero quizá Laura era una mala persona o se trataba de algún mecanismo de defensa de su cerebro, porque sólo podía pensar en que estaba celebrando su despedida de soltera y era muy, pero muy mal momento para ser testigo de un asesinato. Porque algo así no sólo le estropeaba las merecidas vacaciones, sino que podía cambiarle la vida. Al menos durante una temporada.

En esos momentos, Laura no podía imaginarse hasta qué punto esa noche iba a cambiar su vida. Y es que esa vida perfectamente ordenada y alejada del caos que había construido al lado de Javi, estaba a punto de irse al garete.

2

Llevaba un rato esperando en la sala de reuniones de la comisaría.

Habían pasado cuatro días desde esa noche. Desde entonces, Laura tenía la sensación de estar viviendo en una nube de irrealidad.

Después del asesinato, la habían llevado a comisaría, donde había hecho declaración de lo sucedido y había ayudado a confeccionar los retratos robots del Gordo y el Flaco. De por sí ya era una situación muy excepcional. Pero es que después no la habían dejado regresar a casa, por su propia seguridad. No le habían dado demasiados detalles, pero aunque todos parecían estar de acuerdo en que los asesinos no la habían visto, por algún motivo la policía temía que pudieran identificarla de alguna manera e ir tras ella.

Es decir, borrarla del mapa. Eliminarla de la ecuación. *Sayonara, baby.*

Asesinarla.

Así que llevaba cuatro días encerrada en una habitación de hotel vigilada las veinticuatro horas del día por seis policías que hacían turnos, que apenas le dirigían la palabra y que no sabían decirle cuánto tiempo más podía alargarse esa situación. Al parecer estaban intentando identificar al Gordo y el Flaco, pero estaba claro que de momento no habían tenido mucho éxito.

Ni siquiera podía hablar demasiado por teléfono. Tan sólo le permitían hablar con sus padres, Javi y Lidia una vez al día y durante diez minutos para asegurarse de que no se le escapaba sin querer ningún detalle sobre su paradero. Las charlas con sus padres y Javi la ayudaban a entretenerse e incluso a animarse un poco, pero Lidia se pasaba los diez minutos, es decir, seiscientos eternos segundos, disculpándose por haberla abandonado esa fatídica noche.

Y ahora, encima, le habían hecho una propuesta que sólo podía clasificarse de locura pero que había aceptado como si fuera lo más normal del mundo: regresar a Porta acompañada de dos policías de incógnito. Fingirían ser tres amigos que pasaban algunas noches allí y regresarían a la discoteca con la esperanza de que Laura viera e identificara a los hombres de nuevo.

Así que ahí estaba, esperando a sus dos guardaespaldas particulares, con la sensación de estar viendo una película en vez de estar viviendo su propia vida. En la vida real la gente no presenciaba asesinatos en una calle oscura a

las dos de la madrugada. Ni pasaba encerrada cuatro días en una habitación de hotel vigilada las veinticuatro horas del día. Ni se iba con dos policías de incógnito a identificar asesinos.

En otras circunstancias, esta última parte le habría resultado graciosa. Había ido a Porta con Lidia para celebrar su inminente boda, que ya había sido pospuesta, por cierto, pero cuatro días después se había convertido en una espía. Fuentes, Laura Fuentes, muñeco. Desde Porta con amor. Vamos, de ahí podría irse a correr aventuras con Tom Cruise en *Misión: Imposible*.

Sí, era para partirse de risa.

La puerta se abrió y el Comisario entró, seguido de dos hombres.

—Señorita Fuentes, disculpe la espera —dijo el Comisario—. Estos son el inspector Casas y el subinspector Romero. Ellos la acompañarán y protegerán en Porta.

Laura primero vio al subinspector Romero y pensó que para la misión ultra secreta que tenían entre manos podía estar tranquila. El tío era un armario. Era alto, se notaba que iba al gimnasio y tenía las espaldas, los pectorales y los músculos de los brazos bastante desarrollados. Tenía el cabello negro, unos grandes ojos de color gris, unos rasgos increíblemente atractivos y una sonrisa arrebatadora y pícara. Laura le devolvió la sonrisa, divertida. A ese tipo sólo le faltaba llevar la palabra “rompecorazones” estampada en la frente, se le veía a la legua.

El subinspector Romero le tendió la mano.

—Un placer, señorita Fuentes —dijo.

Laura se la estrechó sin dejar de sonreír y se giró para observar al inspector Casas. En cuanto posó los ojos en él, la atravesó una especie de descarga y el corazón le dio un vuelco. Raro.

El inspector Casas era sólo un poco más alto que ella, ancho de espaldas sin ser un cachas y estaba bien proporcionado. Y era atlético. Y tenía el cabello de un color castaño casi rubio que en verano tenía que coger un tono adorable. Y los ojos de color verde y profundos como el océano. Y los labios tan carnosos que apetecía mordisquearlos. Era un bombón. Tenía que ser agradable acurrucarse entre esos brazos.

Vale, ¿de dónde demonios habían salido todos esos pensamientos?

Laura carraspeó, incómoda y desconcertada, y se dio cuenta de que el inspector Casas la estaba observando con el ceño levemente fruncido y un destello en la mirada que no supo interpretar. Él no le tendió la mano, sino que se limitó a hacerle un gesto con la cabeza.

—Hola —dijo Laura, agradeciendo no tener que darle la mano.

Con esas sensaciones y pensamientos tan raros que acababan de sacudirla, casi que prefería no tocar al inspector Casas.

Había sido muy raro. Y seguía siéndolo, porque el policía todavía la miraba fijamente.

El Comisario abrió la boca para hablar, pero el inspector Casas se le adelantó.

—Disculpe, señor. ¿Podemos hablar un momento, por favor? En privado —dijo con una voz aterciopelada que provocó que todas las terminaciones nerviosas de Laura se pusieran a bailar emocionadas.

“¡Vaya voz!”, parecían corear mientras un estremecimiento le bajaba hacia la entrepierna. Horrorizada, Laura intentó mantenerse impasible, rezando para sus adentros para que ninguno de los tres hombres que tenía delante se diera cuenta de las absurdas reacciones de su cuerpo.

—Claro —dijo el Comisario—. Disculpe un minuto, señorita Fuentes.

Los tres hombres abandonaron el despacho, cerraron la puerta y se quedaron hablando en el pasillo. Laura podía verlos a través de las paredes acristaladas, pero fue suficiente para ella. Soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo y se esforzó por aparentar indiferencia.

No comprendía qué le había pasado al ver al inspector Casas, y tampoco comprendía qué le estaba pasando ahora. Él se había quedado de espaldas al despacho, y sus ojos traicioneros se empeñaban en fijarse en su espalda y en el trasero respingón que se adivinaba bajo los tejanos.

Esto era muy extraño. Nunca le había pasado algo así al ver a alguien por primera vez. Bueno, ella nunca se había negado a sí misma el placer de observar a tíos buenos, pero alterarse así... era raro, sí.

Quizá era que el tal inspector Casas era el tío más bueno que hubiera visto nunca. Con diferencia. De ahí la reacción, sí. Por la sorpresa.

Tenía que ser eso, sí, sólo eso. Ni ella ni nadie era inmune a la belleza. Igual que se emocionaba al catar un buen vino, también apreciaba a alguien especialmente agraciado.

Sólo era eso.

3

—Disculpe la impertinencia, señor, ¿pero no podría asignar la operación a otro inspector?

El comisario le miró con las cejas arqueadas, en ese gesto tan suyo y cuyo significado ya conocían todos perfectamente: ¿De qué demonios estás hablando?

Hugo traspasó su peso de un pie al otro, esforzándose por mantenerse de espaldas a la sala de reuniones a pesar de que cada célula del cuerpo le pedía que hiciera lo contrario. Carraspeó, incómodo.

—Ya sabe que me caso dentro de unos días...

Las cejas se arquearon un poco más. Es decir: ¿Y?

—Preferiría no entrar en una operación especial justo antes de la boda. ¿Por qué no envía a Linares en mi lugar?

—¿Romero con Linares y esa chica en una discoteca? —preguntó el comisario.

A su lado, Adam hinchó el pecho y sonrió. Hugo no tenía ninguna duda de qué estaba pensando su mejor amigo, pero no dijo nada. Se limitó a seguir mirando al comisario, encogerse de hombros y asentir.

Las cejas del comisario ya no daban más de sí, así que éste optó por mirarle como si hubiera desarrollado una grave enfermedad mental.

—¿Has visto bien a Linares y a esa chica? Necesitamos que la señorita Fuentes pueda identificar a dos sospechosos de asesinato, no que Romero se pase la noche apartando a los moscardones que atraerán en una discoteca.

Claro que había visto bien a la chica. Tenía el cabello más negro que había visto nunca, ondulado y cortado en una media melena de aspecto rebelde. Los ojos de un azul intenso parecían cálidos y amables. Y, aunque no se había levantado para saludarlos, bajo su ropa veraniega había podido intuir un cuerpo en buena forma y discretamente voluptuoso. No era una bomba sexual, pero sí era muy atractiva.

Ese era el problema, que estaba para mojar pan. En cuanto había entrado en la sala de reuniones y la había visto ahí, había sentido algo que no era normal.

¿Era normal querer arrancar la ropa y hacer el amor desenfrenadamente a alguien a quien acabas de conocer en la sala de reuniones de comisaría?

No, no era normal.

Luchó contra la erección que crecía bajo sus pantalones, agradeciendo haberse puesto una camiseta holgada capaz de esconder el apuro en el que se encontraba. Porque, teniendo en cuenta que se casaba al cabo de siete días, no parecía muy apropiado ir deseando a otras mujeres con esa desesperación.

Aunque, en realidad, quizá le estaba sucediendo eso precisamente por la boda. Eran los nervios. Era lógico sentirse impresionado ante el compromiso por el resto de su vida, y su cuerpo lo sacaba de esa manera tan irracional.

Además, él tenía claro que quería a Sara. Nunca había conocido a nadie tan dulce, tierna y complaciente como ella. Puede que a su lado las cosas a veces fueran demasiado tranquilas, incluso demasiado fáciles, pero la necesidad de protección que emanaba despertaba su propia ternura. Sí, la quería.

Sin embargo, por más que tuviera bien claros sus sentimientos hacia Sara, prefería ahorrarse el mal trago de tener de luchar contra pensamientos irracionales hacia la mujer que esperaba en la sala de reuniones. Maldita sea, incluso a pesar de estar dándole la espalda su cuerpo se empeñaba en sentir su presencia detrás suyo. Menuda estupidez.

Y teniendo en cuenta que Adam no sólo era su mejor amigo, sino también el hermano mayor de Sara y, por lo tanto, su futuro cuñado, lo mejor que podía hacer era intentar mantenerse alejado de esa... situación.

Conociendo a Adam y viendo la sonrisa que había dedicado a la señorita Fuentes hacía un minuto, sabía que no dudaría en pasarse la ética profesional por el forro y que intentaría echar un buen polvo con ella. Y solía salirse con la suya.

Ese pensamiento lo enfureció, especialmente con Adam. Y después se enfureció consigo mismo por haberse enfurecido.

¿Qué coño le pasaba? Esto no tenía ningún sentido.

—Casas.

La voz del comisario le hizo darse cuenta de que se había quedado ensimismado. Él y Adam le miraban extrañados. Carraspeó y se encogió de hombros, intentando disimular. Era especialmente importante que lo hiciera delante de Adam, porque su amigo podría tener muchos defectos, pero también tenía una capacidad pasmosa de leer a través de la gente. Era uno de los motivos por los que era un buen policía. Hugo tenía que ser prudente para asegurarse de que Adam no sospechara sus motivos reales para librarse del caso.

—Bueno, ¿no hay nadie más disponible? —preguntó Hugo.

—Sois los únicos por aquí que tenéis treinta y pocos años. Si la envió con agentes de cuarenta años la tapadera no se sostendrá —dijo el comisario—. Y ya vale de buscar excusas, inspector Casas. La operación es vuestra.

—Ya, ¿pero cómo sabemos que la chica responderá bien? Si llega a ver a los tipos, podría darle un ataque de histeria. O incluso antes de entrar en la discoteca —objetó Hugo.

—No creo. A pesar de lo que vio y de que lleva cuatro días encerrada en el hotel, ha mantenido la calma. De momento, nadie la ha visto llorar. Ya han empezado a llamarla la Reina de Hielo —explicó el Comisario—. Y no ha dudado cuando le hemos propuesto que regrese a Porta para ver si reconoce a los tipos.

Hugo alzó las cejas e intercambió una mirada con Adam, ambos impresionados. Se preguntó si la chica tenía nervios de acero o si era una de esas personas que lo va guardando todo dentro hasta que algo la hace explotar y, cuando eso sucede, lo más prudente es estar en la otra punta de la Tierra.

Adam la observó a través del cristal, pero Hugo se negó a girarse. Aunque se moría de ganas de hacerlo, tuvo que reconocer con fastidio.

Estaba claro que de esta no se libraba. Si seguía insistiendo, Adam sospecharía algo.

Bueno, al menos sabía que sólo se trataba de una reacción irracional de su cerebro y su cuerpo por los nervios de la boda. Suponiendo que la cosa siguiera igual los próximos días, sería incómodo, sí, pero podría soportarlo, ¿no? Por Sara.

Suspiró.

—¿Puede hacernos un repaso de los detalles, por favor? —pidió, claramente malhumorado.

—Claro, muchacho —dijo el el comisario mientras le daba un cachete en el brazo y sonreía al notar su mal humor—. Laura Fuentes, veinticinco años. Hace cuatro noches estaba en una discoteca de Porta con una amiga. La amigo ligó, así que ella regresó al hotel sola sobre las dos de la madrugada. A medio camino se metió por una calle donde sólo había un hombre que se acercaba. Entonces se acercó un coche, dos tipos bajaron, lo apuñalaron y se fueron en el mismo vehículo.

—¿No la vieron?

—Cuando vio el follón tuvo la sangre fría de esconderse en un portal y no salió a pedir auxilio hasta que el coche estuvo bien lejos. Si la hubieran visto

se la habrían cargado ahí mismo.

—Vale. Y por lo que he escuchado, el muerto resultó ser policía —dijo Hugo.

El comisario asintió.

—De Madrid. Estaba infiltrado en una red de trata de personas.

—¿Alguien nuestro lo delató? —preguntó Adam, preocupado.

—Posiblemente no, pero no podemos descartarlo. Por eso tenemos a la señorita Fuentes bajo vigilancia, no podemos arriesgarnos a otro chivatazo y que vayan a por ella —explicó el comisario.

Pensar en que alguien podía hacer daño a la chica a la que se negaba a mirar provocó un desagradable escalofrío a Hugo. Ignoró que la piel de los brazos se le puso de gallina, pero se irritó. ¿Desde cuándo se preocupaba así por un testigo? ¿Alguien con quien apenas había intercambiado un “hola”?

—¿Qué ha pasado con la red de trata de personas? —preguntó, esforzándose por centrarse en su trabajo.

—La operación se ha ido al traste, pero detuvieron a los cabrones que ya tenían identificados. Sin embargo, la señorita Fuentes no ha reconocido a ninguno de ellos, así que no sabemos si los asesinos pertenecen a la red.

—Puede haberse confundido.

—Está muy segura. El detalle importante aquí es que está convencida de haber visto a los dos tipos antes en la discoteca esa, Kisses. Había ido un par de veces más.

—¿Cómo de convencida está? —preguntó Hugo, escéptico.

—Al cien por cien.

—Caramba —dijo Adam, claramente impresionado.

Hugo lo miró con el ceño fruncido. Él no se lo creía. Nadie podía estar cien por cien convencido de algo.

—En principio la red desmantelada no tiene relación con la discoteca, así que no tenemos nada más que nos pueda conducir a esos tipos —concluyó el comisario—. Las órdenes son claras. Fingiréis ser tres amigos que pasan unos días en Porta. Durante el día ella no saldrá a la calle y por las noches iréis a la discoteca, a ver si hay suerte con los dos hombres. Méndez ya ha alquilado un apartamento, hablad con él.

El comisario se alejó, silbando alegremente. No había nada que le gustara más que fastidiar bien a sus subordinados.

—Menudo marrón —se quejó Hugo.

Adam sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Una última aventura antes de la boda, cuñado —dijo Adam. Y añadió con una sonrisa que entendió demasiado bien: —Además, estaremos muy bien acompañados.

Hugo sintió ganas de asestarle un puñetazo en plena nariz y volvió a enfurecerse consigo mismo.

—Sigue siendo un marrón, tío.

4

Varias horas después, Laura iba sentada en la parte trasera de un Ford Focus camino de Porta. Como el inspector Casas conducía, se había sentado detrás suyo con toda la intención de verlo lo menos posible. No lo comprendía, pero su presencia seguía alterándola, así que cuantas menos partes de él tuviera a la vista, mejor.

El único problema era que, desde donde estaba, podía ver sus ojos reflejados en el retrovisor, así que tenía que hacer grandes esfuerzos para mantener la mirada apartada del maldito espejo.

Afortunadamente, él no sentía absolutamente ningún interés por ella y no apartaba los ojos de la carretera. Es más, el tipo o estaba de mal humor o nació como uno de los seres más antipáticos sobre la faz de la Tierra, porque a esas alturas todavía no le había dirigido la palabra y se comunicaba a base de gruñidos. Y ella derritiéndose sólo con pensar en esos ojos verdes que la tentaban desde el retrovisor. ¿Se podía ser más patética?

En su defensa, debía decir que le parecía que había algo raro en el inspector Casas. No tenía aspecto de ser alguien antipático, más bien al contrario. Sus facciones, las expresiones de su cara y la manera de moverse más bien lo definían como un trocito de pan. Aunque, en fin, estaba claro que no podía hacer demasiado caso a sus impresiones, tal y como le demostraban los continuos gruñidos del policía.

Al menos el subinspector Romero era muy majo. Un encanto, en realidad, y muy atento. De hecho, al poco de que se hubieran puesto en marcha se giró hacia ella y le dedicó una de sus sonrisas arrebatadoras.

—Antes que nada queremos que sepa que nuestra principal preocupación estos días es garantizar su seguridad. A pesar de regresar a Porta, puede estar tranquila.

Era cierto que el regreso a Porta y a la discoteca la ponía un poco nerviosa, pero procuró enviar todos los pensamientos relacionados con ese asunto a un rincón de su cerebro. Alterarse no la iba a ayudar en nada.

—Gracias —dijo, procurando sonreír.

—Es muy valiente al aceptar regresar.

A Laura se le escapó una risita desganada.

—La alternativa a esto era pasarme el resto de mi vida encerrada en una

habitación de hotel. No es que tuviera muchas opciones, ¿no?

El subinspector Romero sonrió.

—No todo el mundo lo hubiera aceptado.

—¿Me está diciendo que podía decir que no?! —exclamó Laura, fingiendo sorprenderse.

El policía se rió.

—Ahora ya no puede echarse atrás, señorita Fuentes.

En los últimos días la habían llamado tantas veces “señorita” que empezaba a sentirse como si estuviera en una novela de Jane Austen. Comprendía la formalidad de los policías, pero era un poco cansino.

—Se supone que somos amigos, ¿no? —preguntó.

—Correcto.

—¿No es un poco raro que tres amigos se traten de usted? Los camareros de la discoteca fliparán si nos presentamos diciendo cosas como “póngame una copa para mi amigo el señorito Romero”, ¿no?

El subinspector Romero rió otra vez y asintió.

—Tienes razón —admitió—. Yo soy Adam, y este señor que parece tener un cactus en el culo es Hugo.

A través del retrovisor, Laura vio que éste fulminaba con la mirada a Adam.

—Mucho gusto —dijo ella.

—Igualmente —dijo Adam.

Hugo se limitó a gruñir como si todo aquello le pareciera una soberana estupidez. El tío era borde, borde.

—Bueno, Laura, espero que todo este asunto no haya trastocado en exceso tu vida personal.

A Laura le pareció un comentario puramente cortés para darle conversación, pero vio que Hugo dedicaba una mirada enfadada a Adam. ¿Sería que al tío le parecería mal que hablaran? De verdad, era un malgasto conceder genes de tío bueno a alguien con un carácter tan agrio.

Bueno, pues ella no pensaba darle el placer de achantarse ante su antipatía. Iba a seguir la corriente a Adam y hablar con él todo lo que quedaba de trayecto.

—Pues un poco sí que me ha trastocado la vida, la verdad. Iba a casarme este sábado, pero hemos tenido que posponer la boda.

Laura no vio, sino que sintió que los ojos de Hugo se clavaban en ella a través del retrovisor. Se esforzó por ignorarlo y mantener la mirada fija en

Adam.

—Vaya, lo siento —dijo éste.

—Supongo que habría podido ser peor.

Adam señaló a Hugo.

—Aunque parezca mentira, este de aquí también se casará dentro de un par de semanas.

Hugo miró a Adam otra vez, molesto.

—Enhorabuena —dijo Laura, intentando ignorar las inoportunas emociones que la invadieron. Sorpresa (¿quién en su sano juicio se casaría con alguien tan borde?) y decepción (estaba claro que ella no estaba en su sano juicio).

Por toda respuesta, él le dedicó uno de sus gruñidos.

Ella y Adam siguieron conversando animadamente. Lo agradeció, porque a medida que se acercaban a Porta no podía evitar que los nervios se escaparan poco a poco de ese rincón donde había intentado encerrarlos. Cuando se detuvieron a comprar unos bocadillos para cenar, apenas fue capaz de probar bocado, cosa rarísima en ella.

Sobre las diez de la noche entraron en el apartamento de tres habitaciones donde se iban a alojar. Después de que los dos policías lo inspeccionaran, Adam anunció que había llegado el momento de cambiarse para ir a la discoteca y cada uno se encerró en su habitación.

Ahora sí, Laura se puso como un flan. Mientras deshacía la maleta y se cambiaba las manos le temblaban ligeramente, y tuvo que detenerse varias veces a respirar profundamente para calmarse.

Cuando estaba acabando de ponerse los zapatos, escuchó un golpe suave en la puerta.

—¿Lista? —preguntó secamente una voz aterciopelada.

Laura resopló. La antipatía de ese policía no iba a ayudarla con sus nervios. Pero no estaba dispuesta a dejarle ver que su actitud la afectaba.

Se levantó, cogió aire y abrió la puerta. Primero le llegó el aroma que desprendía. A jabón y algo más que sólo podía ser su olor natural. Al identificarlo, le provocó un estremecimiento. O quizá se lo provocó el conjunto. Iba vestido de manera sencilla, con tejanos y una camisa negra, pero le quedaba tan bien que tuvo que hacer esfuerzos para no abrir la boca con admiración. Se limitó a carraspear.

—Estoy lista —dijo.

Él la miró de arriba abajo, esbozó una sonrisa burlona y se apoyó en el

marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Vas a ir vestida así? —preguntó.

Laura miró hacia abajo para observarse la ropa. Se había puesto un vestido negro escotado y ajustado y unos zapatos de tacón, no demasiado altos.

—¿Qué pasa? —preguntó, desconcertada.

—Se supone que tenemos que pasar desapercibidos.

—¿Y?

—Ese escote y ese vestido no pasan desapercibidos —dijo sonriendo todavía más, como si la situación fuera muy divertida.

Laura se dio cuenta de que había dicho esas palabras con toda la intención de ser desagradable. Parecía que quería hacerla rabiar. Pero de nuevo, era extraño. Era como si se estuviera esforzando por ser antipático. Lo estaba haciendo bastante bien, pero seguía siendo desconcertante.

La verdad, ya no sabía si el tío realmente era un gilipollas o si ella veía cosas que no existían sólo porque se moría de ganas de que le cayera bien.

En cualquier caso, había decidido que no iba a achantarse, así que le dedicó una sonrisa traviesa.

—¿Te gusta?

Hugo puso los ojos en blanco, en un gesto que quería decir “ya te gustaría”.

—Será mejor que te cambies.

Laura se rió sin humor.

—Vine aquí para ir a la playa y salir de fiesta, pero unos pirados mataron a un pobre hombre, yo llevo cuatro días encerrada en un hotel por mi propia seguridad y ni siquiera he podido pasar por casa a buscar otra ropa. Así que la alternativa a esto es un bañador. ¿Prefieres que vaya a la discoteca en bikini?

Hugo resopló y se giró hacia el pasillo, por donde se acercaban los pasos de Adam.

—Será mejor que cojamos el bate de béisbol para apartar a todas las lapas que se le echarán encima —dijo.

Adam asomó la cabeza por la puerta y la observó de arriba abajo.

—No sufras, Hugo, entre los dos podremos controlarlos —dijo mientras sonreía y guiñaba un ojo a Laura.

Laura no pudo evitar sonreír a su vez. Este Adam era más peligroso... Algo le decía que iba a esforzarse para que al final sólo gastaran dos de las tres habitaciones. Sin embargo, eso no la preocupaba demasiado. Adam era un ligón, pero también parecía bastante inofensivo. Se notaba que si alguien

le decía que no, respetaría las distancias.

—Quizá podríamos fingir que uno de los dos es su novio —propuso Adam.

—No. De momento intentaremos pasar sin hacerlo —dijo Hugo secamente mientras Laura escondía una sonrisa—. ¿Nos vamos?

Hugo hizo un gesto a Laura para que saliera de la habitación delante suyo. Cuando ya estaba en el pasillo se detuvo.

—Mierda. Perdón, un momento, he olvidado tomar...

Entró en la habitación de nuevo y buscó el blíster en su neceser. Cogió una de las pequeñas pastillas, se la metió en la boca y la tragó sin necesidad de tomar agua.

—¿Estás enferma? —preguntó Hugo.

—Son los anticonceptivos —dijo, esperando incomodarlo un poco. Aunque sólo fuera un poquito.

Satisfecha, lo vio respirar profundamente una vez.

—Vale. ¿Podemos irnos de una vez? —dijo, como si ya lo hubiera pedido treinta veces.

—A la orden, jefe —dijo Laura dedicándole una sonrisa burlona, y salió de la habitación caminando con la cabeza bien alta.

5

Hugo no podía estar de más mala leche con el mundo. Especialmente con Laura por estar tan buena en general, por ponerse ese vestido negro que casi le había provocado un infarto, y por parecer inmune a su mal genio.

Él se estaba esforzando por marcar las distancias. No había abierto la boca en todo el trayecto hasta Porta y se había limitado a emitir gruñidos. Y cuando por fin le había hablado, había procurado ser bastante desagradable. Había desplegado la conocida mala leche de Hugo, esa que su familia, amigos y compañeros de trabajo conocían y que le había valido más de una crítica a lo largo de su vida. Incluso Sara optaba por dejarle en paz cuando estaba así.

El sentido común le decía que era la táctica más eficaz: si caía mal a la chica, ella también sería borde con él y sería mucho más fácil borrar todos esos estúpidos impulsos que sentía cuando estaba a su lado.

En cambio, Laura se lo había tomado literalmente a guasa. Nadie se había tomado nunca su mala leche a guasa. Era muy desconcertante y, maldita sea, le habría gustado sentirse ofendido o contrariado, pero la chica sólo había conseguido aumentar su curiosidad por ella.

Por si eso no fuera suficiente, había sido ella quien lo había incomodado a él con el comentario sobre los anticonceptivos. Y lo había puesto duro como una piedra al contestar ese “a la orden jefe” con un tono de voz que quería ser burlón pero que más bien había resultado provocativo.

Esta situación era de locos y no tenía ningún sentido.

Ni ella ni Adam habían dado muestras de sospechar de la rapidez con la que había rechazado la propuesta de que uno de los dos se hiciera pasar por su novio. Podía mentirse a sí mismo y asegurar que lo hacía para evitar que Adam se pasara la ética profesional por el forro otra vez, cosa que algún día le traería problemas serios.

Sin embargo, la triste realidad era que sabía que Adam se lo haría venir bien para acabar siendo él el supuesto novio, y a partir de ahí era solo cuestión de tiempo que Laura acabara cayendo. Porque Adam no respetaba nada, ni la ética profesional ni las parejas, aunque estuvieran a punto de casarse. Seguro que el futuro marido de Laura no la merecía, pero eso daba igual. No estaba nada bien entrometerse entre una pareja que iba a pasar por

el altar. Hugo ya sabía que Laura podía ser inmune a su mal genio, pero no lo sería a Adam. Conocía muy bien el efecto que su amigo ejercía sobre las mujeres. De hecho seguro que ya tenía a Laura casi en el bote, porque se la había empezado a trabajar en el coche.

Por eso había rechazado la propuesta de Adam, porque le enfurecía pensar que su amigo prácticamente tenía a Laura comiendo de la mano. Incluso podía imaginárselos juntos en la cama, con Laura completamente desnuda, el cabello revuelto y desparramado a su alrededor, la piel suave y caliente, el cuerpo flexible, los labios tentadores y húmedos, igual que su lengua, su...

Por Dios, tenía que parar.

Se giró hacia su amigo y lo descubrió mirando el trasero de Laura con una sonrisa de lobo hambriento en los labios.

—Por una vez intenta mantener la polla en los pantalones —le susurró Hugo.

—Tu amor por Sara hace que no te fijes en otras mujeres, tío, pero para los demás seres humanos es muy difícil resistirse a ciertas tentaciones —dijo Adam mientras le daba una palmada en el hombro.

Hugo se sintió aliviado al ver que Adam no sospechaba que tenía la cabeza llena de pensamientos... poco apropiados, pero la mención de Sara le provocó una oleada de culpabilidad. Por estar con ella no había dejado de mirar a otras mujeres porque sólo era eso, mirar. Pero lo que le estaba pasando con Laura iba un poco más allá, y casi le parecía que le estaba siendo infiel.

Si Adam supiera lo que estaba pensando respecto a Laura le partiría la cara, porque su amigo estaba cortado por un patrón tan conocido como contradictorio: mujeriego empedernido pero tremendamente protector con su hermana pequeña.

Al fin salieron a la calle, céntrica y repleta de restaurantes, cafeterías, tiendas que abrían hasta las tantas y turistas. Porta era una ciudad costera de veraneo, así que a finales de julio estaba en pleno apogeo.

Caminaron calle abajo en dirección a la discoteca, que les quedaba a menos de cinco minutos a pie, Adam y él flanqueando a Laura y vigilando discretamente a su alrededor. Los dos se habían asegurado de memorizar los retratos robots de los sospechosos.

Laura cerró los ojos y aspiró aire con fuerza, disfrutando de la suave brisa que les acariciaba la piel y el cabello.

—Llevaba cuatro días sin caminar más de diez metros seguidos por la

calle. Qué alivio —dijo. Y entonces añadió: —Mañana podríamos bajar un rato a la playa, ¿no?

—Ni de coña —respondió Hugo casi indignado, no por lo absurdo de la propuesta, sino porque no había podido evitar imaginársela en un bikini minúsculo que le quedaba estupendamente.

Al escuchar las risitas de Adam y Laura se dio cuenta de que ella sólo había estado bromeando.

—Aunque no lo parezca, normalmente es majo, ¿eh? Sólo que de vez en cuando se le cruzan los cables y se pone en plan ogro —dijo Adam—. Es que echa de menos a su novia.

—Ya veo, ya —comentó Laura, dedicándole una mirada rápida y una sonrisa.

De repente, Laura se detuvo y ellos la imitaron.

—¡Un momento! —exclamó—. Esto no es una broma: supongo que podremos tomar una copa, ¿no? No me vais a salir con una historia tipo estamos de servicio, ¿verdad?

Adam sonrió.

—Tú lo has dicho.

—¡Venga ya! —se quejó, cómicamente desesperada—. Al menos una.

A su pesar, Hugo sonrió al ver su reacción.

—Nada de alcohol —dijo.

—Por favor. No me emborracho hasta el tercer gintonic. Dejadme tomar sólo uno. Prometo que vuestro jefe no se enterará —suplicó.

Hugo se dio cuenta de que Adam empezaba a dudar y le lanzó una mirada de advertencia.

—No —dijo—. Sigamos caminando, por favor.

Laura obedeció, claramente fastidiada.

—Definitivamente, esto parece una novela de Jane Austen —le pareció que farfullaba.

—¿Qué?

—Nada, cosas mías.

—En el apartamento sí puedes tomar una copa. Si quieres cuando regresemos podemos comprar algo —propuso Adam.

Hugo fulminó a su amigo con la mirada, consciente de sus intenciones. Definitivamente quería partirle la cara.

—Supongo que podría... —empezó a decir Laura, pero Hugo la interrumpió para cambiar de tema.

No estaba dispuesto a escuchar hacia dónde iba la conversación entre ellos dos.

—Por lo que nos han dicho, la discoteca es bastante grande.

—Es mediana —puntualizó ella, y siguió hablando: —Los primeros metros son como un pasillo muy ancho, con la barra a mano izquierda. Al final de la barra el local se abre a la pista de baile, que tiene un buen tamaño. Al fondo hay una barra más pequeña y al lado están los baños. Hay un segundo piso, de estos tipo balcón desde donde puedes ver la pista de baile. Ahí arriba hay otra barra, mesas y algunos sofás. Y una puerta que creo que debe dar a las oficinas de la discoteca.

Hugo y Adam la miraron y después intercambiaron una mirada, sorprendidos por el detalle con el que acababa de describir el local.

—Vale. Calculo que ahí debe de caber bastante gente. ¿Cómo de segura estás de poder reconocer a esos tipos? —dijo Hugo.

—Muy segura.

—¿De verdad?

—Es que me llamaron mucho la atención. En una discoteca la gente baila, habla, bebe. Incluso cuando se va de un lado a otro, la manera de caminar... no sé, los que buscan un sitio van bailando y mirando a su alrededor, los que van al baño quieren cruzar cuanto antes la marea de gente. Pero esos tipos parecía que paseaban —explicó, y se encogió de hombros—. Quizá trabajan allí.

—¿Viste algo más que te llamara la atención? —preguntó Hugo, cada vez más asombrado.

Ella se lo pensó.

—Creo que vi a un tipo pasándole droga a otro. Se dieron la mano de una manera rara —dijo. Después sonrió—. Y una chica salió del baño bastante despeinada y con cara de acabar de echar un buen polvo.

Hugo y Adam volvieron a intercambiar una mirada sorprendida.

—Disculpa, ¿a qué te dedicas? —preguntó Adam.

Laura dudó antes de responder.

—Empecé a estudiar el doble grado en derecho y criminología, pero lo dejé por... bueno, cosas varias, y entré a trabajar en un operador logístico que da servicio a farmacias.

—¿Y esa capacidad de observación tuya te sirve de algo para tu trabajo? —preguntó Adam.

Laura rió de manera encantadora, entrecerrando los ojos y ladeando la

cabeza.

—No —contestó.

“Menudo desperdicio de talento”, pensó Hugo.

—¿Y ese trabajo te gusta? —siguió preguntando Adam, que seguramente había pensado como él.

Laura se encogió de hombros.

—Supongo. No creo que me quede allí toda la vida, pero es donde conocí a mi novio y, bueno, no sé. En fin, ya veremos —acabó Laura, que de repente parecía un poco confusa.

“Si es que es una cría”, pensó Hugo. Aunque su actitud no lo demostrara y estuviera a punto de casarse, se llevaban siete años. Ella sólo tenía veinticinco, por Dios, si ni siquiera sabía qué hacer con su vida. Él y Sara ya habían dejado esa horrible fase atrás hacia tiempo. “¿Lo ves? Otro motivo por el que esto de estar tan alterado por ella no tiene ningún sentido”, se dijo.

En ese momento giraron por un esquina y Hugo divisó, al final de la calle, el cartel rojo que parpadeaba sin parar: “Kisses”, “Kisses”, “Kisses”, rezaba una y otra vez. Estaban llegando a la discoteca.

Por el rabillo del vio que Laura se tensaba y aminoraba ligeramente el paso. Su respiración se volvió más profunda y ruidosa. Mientras seguían avanzando, se mantuvo atento a esa primera muestra de nerviosismo. Al parecer, no era la Reina de Hielo. Más bien era de las que se guardaba los nervios dentro hasta que explotaba.

La respiración de Laura se aceleró y se detuvo en seco. Hugo reaccionó antes de que pudiera hacerlo Adam. Ambos sabían que era un mal momento para que Laura tuviera una crisis. En la calle había bastante gente y estaban demasiado cerca de la discoteca. Si montaban una escena, muchas personas podrían fijarse en ellos. Ya no podrían regresar y perderían la oportunidad de identificar a los asesinos. Los dos sabían lo que debían hacer, y los dos sabían qué consecuencias tendría.

Hugo agarró a Laura por la cintura y la obligó a caminar hacia la pared de una casa cercana que quedaba oculta entre las sombras de la noche, intentando no pensar en lo bien que se acoplaba su brazo a su espalda y sus curvas. Ella se dejó llevar y se apoyó contra la pared. Estaba muy cerca de empezar a hiperventilar.

—Tranquila —dijo Hugo mientras le apartaba el cabello de la cara con delicadeza.

—No puedo... —susurró ella.

—Mírame —dijo él con suavidad mientras le sujetaba el rostro entre las manos.

Ella se estremeció y clavó esos ojos azules en los suyos, provocándole un escalofrío. Estaba muy asustada. Hugo quiso abrazarla, pero en esos momentos lo que necesitaba era que saliera de ese estado. Rápido.

—No vamos a dejar que te pase nada, ¿vale? Entraremos allí y no nos apartaremos de tu lado. Y si ves a los dos tipos, nos aseguraremos de que no te vean, ¿de acuerdo? —dijo, y añadió: —No voy a dejar que te pase nada. Para eso estoy aquí.

Ella asintió, esforzándose por controlar su respiración, aunque no acababa de conseguirlo. Hugo apoyó una mano en la pared, acercándose mucho a ella, sin apartar la otra mano de su rostro perfecto.

—Aunque, si lo prefieres, puedo aprovechar para besarte y meterte mano. Sería una buena manera de empezar la noche.

Laura frunció el ceño, como si no acabara de comprender qué había dicho. Entonces abrió mucho los ojos y lo miró con rabia. Le propinó un buen empujón.

—¿Qué dices, gilipollas?!

Esa era su chica, pensó Hugo satisfecho. Le dedicó una sonrisa traviesa.

—Que se hace tarde —se limitó a responder, y la cogió de la mano y tiró de ella.

Mientras regresaban al lado de Adam, Hugo pensó que no podía seguir comportándose como un cabrón con ella. Aunque lo escondía bien, la situación la afectaba, y sus comentarios bordes no la ayudarían. Al contrario. Además, la pobre no tenía la culpa de que él estuviera pensando en desnudarla e imaginarse perdido entre sus piernas una media de dos veces por minuto. Lo que necesitaba en esos momentos era apoyo y su obligación era prestárselo. Si su estúpido cuerpo seguía reaccionando ante ella de manera irracional, tendría que aguantarse y llevarlo lo mejor posible.

También debería dejar de pensar en ella como “su chica”. No parecía muy sensato.

Adam los observó acercarse con el semblante serio.

—Con los arrumacos que acabáis de protagonizar, me temo que ahora será difícil evitar fingir que uno de los dos es su novio —dijo su amigo de mala gana.

Laura observó a Adam mientras descifraba sus palabras, y después miró a Hugo. No parecía que la idea le gustara demasiado.

Hugo procuró mantenerse impasible, pero ya se estaba arrepintiéndose, la verdad, porque ahora iba a tener que pasarse la noche tocándola, cosa que le apetecía demasiado hacer.

¿Por qué se había metido en este lío? ¿Qué más le importaba si Laura y Adam acababan enrollándose? No era problema suyo, podían hacer lo que les diera la santa gana.

Pero ahora ya era tarde para arrepentirse.

—Tranquila, no hace falta cruzar ciertas líneas —dijo para tranquilizarla.

—Claro. Pero si te pasas te cortaré las manos —respondió ella.

Hugo no pudo evitar sonreír con ganas.

—Lo tendré presente.

6

Laura caminaba cogida de la mano de Hugo, intentando comprender qué estaba pasando.

En cuestión de minutos, el tío borde había pasado a ser primero amable, después tierno, y finalmente le había soltado esa burrada. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿Y por qué le resultaba tan agradable que le rodeara la cintura con el brazo y le sujetara así la mano? A pesar de que hacía unos instantes había estado a punto de sufrir un ataque de ansiedad, había sido muy consciente de cómo le acariciaba el cabello y le acunaba la cara con dedos delicados. El gesto le había provocado escalofríos.

Casi habría preferido que se hubiera encargado Adam de tranquilizarla. Sabía que con la excusa de fingir ser pareja intentaría ligar con ella, pero también sabía que podría mantenerlo a raya. Pero Hugo la desconcertaba. No comprendía por qué reaccionaba así ante su presencia y su contacto.

Bueno, quizá se debía a la falta de costumbre de que otro hombre la tocara así, como sólo lo haría Javi. Al fin y al cabo llevaban más de tres años juntos, era normal que ese tipo de contacto con otra persona se le hiciera extraño.

Un parpadeo rojo la sacó de sus pensamientos. Había estado tan concentrada que no se había dado cuenta de que se acercaban a la puerta de la discoteca. Adam ya la estaba abriendo.

Laura se tensó y se resistió un poco, impresionada. Volvía a sentirse como un flan. Parecía que las piernas se le habían vuelto de mantequilla y, con el calor que hacía, en cualquier momento se le fundirían y se desplomarían al suelo.

Hugo se giró y la miró con el ceño levemente fruncido. Sin darle tiempo a reaccionar, tiró de ella para hacerla pasar delante. Se pegó a su espalda y la rodeó con los brazos de manera protectora.

Al instante, Laura sintió como si estuviera en una burbuja, dentro de la cual sólo estaban Hugo y ella. Los sonidos de la discoteca y de la gente que tenían alrededor habían quedado en segundo plano, amortiguados, lejanos. En cambio, percibía con total claridad el cuerpo fuerte y cálido de Hugo detrás suyo, la combinación de aromas que desprendía, los brazos que la rodeaban y a los que se aferró con fuerza. No fue consciente de apretarse contra él hasta que lo sintió aumentar la fuerza de su abrazo. Laura cerró los ojos, abrumada

por la incorrecta sensación de estar donde debía estar, de pertenecer allí. No quería ir a ningún otro lugar.

No se dio cuenta de que habían cruzado la puerta de la discoteca hasta que los latidos de la música a toda potencia y el aire cargado del local rompieron bruscamente la burbuja y la golpearon con fuerza.

Laura se tensó de golpe, demasiado consciente y culpable por cómo se había sentido entre los brazos del policía, y súbitamente temerosa de encontrarse cara a cara con el Gordo y el Flaco.

—Todo irá bien —le dijo Hugo al oído.

Laura sintió un alivio inmenso al descubrir que Hugo había atribuido exclusivamente al miedo su manera de aferrarse a él. Se relajó un poco y observó a su alrededor. Había mucha gente, pero el Gordo y el Flaco no estaban entre ellos.

Acabó de relajarse. Se dio cuenta de que había estado temiendo encontrarse con ellos en cuanto entrara en la discoteca. Las probabilidades de que algo así pasara eran muy bajas y, obviamente, no había sucedido. Además, sabía que no la habían visto. Aunque los tuviera a sólo un palmo de distancia, no pasaría nada. Si la hubieran visto presenciar el asesinato, se habrían encargado de ella allí mismo.

Hugo debió de notar que se tranquilizaba, porque la soltó y le pasó el brazo por la cintura. Le dedicó una sonrisa algo tensa que ella se esforzó por devolver, aunque no tenía dudas de que le salió tan forzada como a él, y caminaron hacia la barra, donde Adam había encontrado milagrosamente un hueco vacío.

—¿Qué queréis beber? —les preguntó Adam.

—Un gintonic —se apresuró a contestar.

Sí, por favor, necesitaba una copa. Ya sabía que no podía emborracharse, por su propio bien, pero definitivamente la necesitaba. Sólo una.

Adam sonrió, divertido, pero Hugo hizo como si no la hubiera escuchado. Hizo un gesto al camarero, que se acercó.

—Tres cervezas sin alcohol —pidió.

Laura se inclinó rápidamente hacia el camarero.

—He cambiado de idea y prefiero un gintonic —dijo.

El camarero asintió y se alejó. La sonrisa de Adam se amplió y miró a Hugo. Éste se la había quedado mirando con las cejas levantadas, serio pero claramente divertido por el desafío de Laura.

—Muy bonito —dijo.

Ella se esforzó por apartar todas las emociones y sensaciones que esa noche la estaban abrumando. Como si no pasara nada y la situación fuera de lo más normal. Así que dedicó una sonrisa traviesa al policía.

—Prometo que después me pasaré al zumo de piña.

Laura esperaba que Hugo gruñera o soltara un comentario borde en cualquier momento, pero se limitó a intercambiar una mirada con Adam.

—Creo que necesita una clase sobre qué significa estar bajo protección policial y de servicio —dijo Adam.

Laura se rió.

—Siento informaros de que siempre fui una estudiante rebelde y sacaba malas notas —informó.

Lo último era una verdad a medias, pero no quería que se pasaran la noche diciéndole qué podía hacer y qué no podía hacer.

El camarero trajo las bebidas y Adam pagó. Laura cogió su copa y la chocó contra la cerveza de Hugo, como si brindara.

—¡Vamos a bailar! —exclamó.

Los dos policías la miraron como si no pudieran creerse sus palabras. Casi parecían escandalizados. Laura miró al cielo y se le escapó una risa suave.

—Dios, ¡que es broma! —dijo—. ¿Los maderos no tenéis sentido del humor o qué?

—¿Maderos? —preguntó Hugo, casi como si le costara pronunciar la palabra.

—Oh, ¿preferís pasma? —preguntó Laura procurando hacerse la inocente—. ¿Bofia?

Adam soltó una carcajada, pero Hugo la observaba con los ojos entrecerrados y una media sonrisa que no supo interpretar. Parecía que quería decir algo, pero que se estaba conteniendo.

—Tío, casi que me alegro de que sea tu novia y no la mía —dijo Adam.

Hugo le siguió la broma y puso cara de estar sufriendo un auténtico suplicio. Laura se hizo la ofendida.

—Tú te lo pierdes —dijo a Adam—. Vamos a la pista de baile, ahí es donde vi a los tipos.

Sin esperar respuesta, echó a caminar hacia el interior de la discoteca. No había dado ni dos pasos cuando el brazo de Hugo la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él como haría un novio.

—Lo de la clase iba en serio —le dijo al oído—. Primero Adam, después tú y yo detrás.

Que Hugo y ella tuvieran que hacerse pasar por pareja iba a ser un problema porque, cada vez que el policía la tocaba, le provocaba reacciones inesperadas. E indeseadas. En esos momentos se había olvidado de respirar y se le habían erizado los cabellos de la nuca. Sintió ganas de cerrar los ojos otra vez y dejarse caer hacia atrás para que el policía la meciera.

Pero se contuvo.

Esto no estaba bien. Y no podía permitir que él se diera cuenta de todo lo que removía en su interior. “Joder, Laura, que el hombre está a punto de casarse. Y tú también”, se dijo.

No supo de dónde sacó las fuerzas, pero se esforzó por insensibilizarse al contacto de Hugo y giró la cabeza para contestarle también al oído:

—A la orden, jefe.

Quería decirlo en tono burlón, pero la voz le salió ronca y poco firme. Deseó con todas sus fuerzas que él no se hubiera dado cuenta de su flaqueo, y se sintió aliviada cuando lo escuchó reír por la nariz mientras la apartaba de él algo bruscamente.

—Pasa, va —dijo, como si la diera por imposible, y la empujó con suavidad para que caminara detrás de Adam.

En la pista de baile, la música retumbaba a todo volumen. Al verse rodeada de tanta gente y de esas luces que no paraban de moverse, Laura sintió que los nervios volvían a hacer acto de presencia.

Se obligó a recordar que el Gordo y el Flaco no la habían visto y que iba bien protegida por dos policías. Se concentró en la música para no pensar en otra cosa, y el ritmo no tardó en recorrerle el cuerpo. De repente sintió la imperiosa necesidad de liberar toda la energía que tenía acumulada en su interior, después de haber pasado cuatro días encerrada en una habitación de hotel. Empezó a bailar discretamente mientras se movían entre la gente, sin olvidar observar a su alrededor en busca de los dos tipos.

En un momento en el que se giró un poco, descubrió a Hugo observándola con una expresión extraña en el rostro. Estaba serio, aunque no parecía enfadado. Antes de que se pusiera borde otra vez, se apresuró a decirle:

—Llevo cuatro días sin pisar la calle. Si no me muevo reviento.

Él se limitó a dedicarle una media sonrisa y a sacudir la cabeza, como si definitivamente la diera por imposible.

Antes de que pudieran decir o hacer nada más, se cruzaron con un grupo grande de gente que avanzaba en dirección contraria a ellos. Iban riendo, borrachos, empujando sin miramientos a cualquiera que se cruzara en su

camino.

Laura primero perdió a Adam de vista.

Entonces la empujaron hacia atrás, arrastrándola un poco, y se asustó. Si perdía de vista a los policías iba a ser muy difícil reencontrarlos entre todas las personas que había en la discoteca. Tendría que dar vueltas y más vueltas por el local, puede que incluso tuviera que regresar sola al apartamento.

Tragó saliva, procurando mantener la calma.

No le iba a servir de nada perder los nervios, seguro que no era tan grave.

Una mano la agarró por la muñeca y tiró de ella. Laura chilló, asustada, pero se calmó al chocar contra el pecho de Hugo, que la miraba alarmado. En ese momento apareció Adam, que los buscaba entre la multitud con la misma expresión de alarma. Cuando los vio, se relajó.

Era absurdo, pero Laura casi se echó a reír. Estaba claro que ella no había sido la única en llevarse un sobresalto.

—Será mejor que no nos soltemos —dijo Hugo, cogiéndole la mano.

Siguieron avanzando y Hugo cumplió lo dicho, porque a partir de ese momento no la soltó. Con una naturalidad que no dejaba de sorprenderla, le cogía la mano, le pasaba el brazo por cintura o apoyaba las manos en sus hombros para no perder nunca el contacto con ella mientras la conducía de un lado a otro de la discoteca. Laura se dejó llevar, procurando no fijarse en lo agradable que le resultaba la situación.

Durante las siguientes horas, no pararon de moverse por todo el local. Pasearon por la pista de baile, estuvieron de pie alrededor de varias mesas altas que rodeaban la pista, se sentaron en varios sofás del segundo piso... podría decirse que no dejaron rincón sin explorar, pero no hubo suerte con el Gordo y el Flaco.

Aunque no hablaron mucho, en algunos momentos pudieron conversar sobre temas insustanciales. En esas charlas Laura no podía dejar de observar a Hugo con sorpresa. Ya no quedaba rastro del tipo gruñón y antipático con el que habían viajado. Ahora era amable, parecía relajado e incluso se rió varias veces, mostrando una sonrisa que le iluminaba todo el rostro y que descubría unos encantadores hoyuelos que pedían un beso y un lametazo a gritos.

Laura casi que prefería al policía borde y gilipollas. Así habría sido mucho más fácil odiarle y pasar de él. Pero ese nuevo Hugo, que se correspondía con sus impresiones iniciales sobre él, le despertaba demasiada curiosidad.

Para protegerse procuró hablar sobre todo con Adam, con el que incluso acabó bailando un par de canciones. Hugo no se animó, sino que se quedó de

pie, observándolos con el semblante serio, como si opinara que no era momento para bailes. Pero Laura rió para sus adentros. Quizá él no podía, pero ella era perfectamente capaz de bailar y observar a su alrededor a la vez.

Cuando Laura ya empezaba a sentirse francamente cansada, Hugo miró su reloj y dijo a Adam:

—No tardarán en cerrar. ¿Por qué no vas a echar un último vistazo arriba?

Adam asintió, le guiñó un ojo a Laura y se perdió entre la gente. Hugo y ella se quedaron en silencio, hasta que empezó a sonar una canción que Laura adoraba. Era animada, divertida y una manera perfecta de acabar la noche. Empezó a moverse al instante.

—Vamos a bailar —suplicó.

Hugo negó con la cabeza con una sonrisa débil en los labios. Laura supuso que el motivo era que estaba de servicio, o quizá simplemente era de los que no disfrutaban moviendo el esqueleto, así que no insistió y optó por bailar sola. Cerró los ojos, cantó la canción y se movió al ritmo de la música, hasta que alguien la agarró bruscamente por la cintura y se sintió aprisionada contra un cuerpo.

Al abrir los ojos descubrió a un universitario que le mostraba una sonrisa etílica y una mirada que quería ser seductora pero más bien daba risa. Laura lo empujó para alejarlo, pero el tío la apretó contra él con más fuerza.

—Eh, no te pases —le dijo, menos divertida.

El chaval abrió la boca para contestar, pero las palabras no llegaron a salir porque descubrió a Hugo a su lado, mirándolo con cara de muy pocos amigos. El policía sólo tuvo que hacer un pequeño gesto con la cabeza para que el universitario la soltara y se largara con el rabo entre las piernas.

Laura no pudo evitar reírse.

Hugo le cogió la mano y se acercó a ella con una sonrisa burlona en los labios.

—Te dije que ese vestido llamaba demasiado la atención.

Laura puso los ojos en blanco.

—Los tíos siempre echáis la culpa a la ropa.

Hugo abrió la boca para replicar, pero se lo repensó y sus labios se curvaron en una sonrisa humilde.

—*Touché* —dijo, y sin previo aviso la hizo girar y un segundo después estaban bailando juntos.

Laura tuvo que admitir que el hombre sabía moverse. Y no quiso pararse a pensar en lo raro que era verlo así, tan... desenfadado. Mientras duró la

canción, Laura se rió con ganas. Los dos cantaron, hicieron el payaso y se movieron al ritmo de la música.

Entonces la canción empalmó con una pieza más lenta, de esas que provocan que la masa de la pista de baile ralentice sus movimientos de forma súbita y se formen parejas.

El momento sorprendió a Laura con las manos apoyadas en los hombros de Hugo. Se miraron un instante y se sonrieron tímidamente. Laura notó la mano de Hugo en la espalda.

Casi sin saber cómo, estaban bailando.

Laura regresó al interior de esa burbuja en la que sólo estaban ellos dos, nadie más, sólo ellos dos y la música que los envolvía.

Apoyó la mejilla contra el hombro de Hugo, plenamente consciente de las partes de sus cuerpos que estaban en contacto. La mejilla contra su ancho hombro, el pecho amplio contra sus propios pechos, la mano de Hugo deslizándose hacia la base de su espalda... Allí donde se tocaban, la piel de Laura hormigueaba y creaba un camino de fuego hacia su vientre.

Sabía que tenía que apartarse, pero era como un sueño del que no conseguía liberarse. Era más fácil despertarse de una pesadilla, ¿porque quién quiere abandonar un sueño tan agradable?

Cerró los ojos y aspiró el aroma de Hugo. ¿Por qué tenía que ser tan delicioso? Quería hundir la nariz en su cuello y respirarle profundamente.

Abrió los ojos y descubrió que tenía la línea de la mandíbula, fuerte, firme, y los labios de Hugo muy cerca. Sólo tenía que acercarse un poco más. Un poco más y...

El grito de un cantante desgañitándose al inicio de una nueva canción rasgó el momento. Durante unos instantes, Laura y Hugo se quedaron inmóviles.

Laura no podía creerse lo que había estado a punto de hacer. Hugo había bailado con ella para evitar que se le acercaran moscardones, ¡y ella había estado a punto de besarlo!

Oh, sólo de pensarlo se le subían los colores. ¿Cómo había podido pasar algo así?

Su cerebro estaba sumido en la vergüenza y la confusión, pero al menos tenía una cosa clara: debía disimular. Si Hugo se daba cuenta de lo que le pasaba por la cabeza cada vez que se tocaban, sería tan embarazoso que no se atrevería a salir nunca más de casa. Deseó estar de nuevo encerrada en la habitación de hotel, donde se aburría como una ostra pero todavía no había

perdido un tornillo.

Se recompuso como pudo y se apartó de Hugo, al que procuró sonreír de forma despreocupada. Como si estuviera muy convencida de que ahí no había pasado nada digno de mención. Él tampoco parecía alterado ni incómodo, así que se relajó un poco. Y afortunadamente Adam regresó en ese momento anunciando que no había visto nada interesante, así que llegó el momento de irse.

Emprendieron el camino hacia la salida. Una vez en la calle, regresaron al apartamento a paso rápido y en silencio. Los tres estaban cansados.

Laura no podía dejar de dar vueltas a lo que acababa de suceder. Pensó que tenía todos los síntomas de estar padeciendo un encaprichamiento por Hugo (“Un tío, Laura, que está a punto de casarse, ¡igual que tú!”). Suspiró. Ahora que estaban en la calle, todo le pareció una soberana estupidez. Lo mejor que podía hacer era olvidar el tema. De verdad que no tenía ningún sentido.

Cuando entraron en el apartamento, dejaron que Laura pasara primero por el baño. Al salir se dirigió directamente hacia su habitación. Lo único que quería era meterse en la cama y olvidar todas las cosas absurdas que se le habían pasado por la cabeza a lo largo de ese largo día.

Sí, eso era lo que necesitaba. Descansar. Mañana sería un nuevo día y regresaría todo a la normalidad.

Bueno, dejando de lado la cuestión del asesinato y el Gordo y el Flaco, claro.

Iba a desear las buenas noches a los dos policías, pero Hugo habló primero.

—¿Qué talla de ropa usas?

7

Laura lo observó desde la puerta de su habitación, extrañada.

—La cuarenta. ¿Por?

Hugo se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Curiosidad —se limitó a contestar.

Laura frunció un poco el ceño y siguió observándolo unos eternos segundos más. Después miró a Adam, como si esperara que él le diera una respuesta razonable, pero su amigo se encogió de hombros, haciéndose el inocente.

—Qué raro eres —dijo Laura.

Entró en su habitación y cerró la puerta con el pestillo.

A su lado, Adam soltó una risita y caminó hacia el baño.

—¿Vengándote por cómo nos toma el pelo? —preguntó.

—Sí —fue la respuesta de Hugo, acompañada por una sonrisa satisfecha.

En cuanto Adam se encerró dentro del baño, la sonrisa murió. Hugo se sentía como si se hubiera pasado la noche en una montaña rusa repleta de subidas, bajadas y curvas bruscas. Como si alguien lo hubiera zarandeado de todas las maneras posibles y ya no supiera donde estaba el norte.

Se sentía como un mierda.

No habría podido disfrutar más del hecho de tener que estar en contacto con Laura toda la noche. Y aún así, se había quedado con ganas de más.

Cada vez que la veía moverse entre la gente, hablar, bailar, se moría de ganas de acariciarle cada centímetro de la piel. Bajar las manos por la espalda hasta llegar a ese trasero perfecto, levantarle la falda y perderse entre sus muslos hasta dejarle las piernas temblorosas.

Su consciencia se había pasado la noche gritándole, apelando a su sentido común. Hugo sabía que tenía razón, pero aún así se había pasado la noche más duro que una piedra. Y se había tenido que contener para no seguir el juego de las bromas y los retos de Laura. Era divertida, sin pelos en la lengua y le gustaba desafiar al mundo y a la gente que había a su alrededor. Todo eso todavía lo atraía más, quería divertirse con ella, luchar con ella.

No se podía ser más patético. Ni más cabrón. Había intentado conjurar la imagen de Sara varias veces para que fuera su ancla al control y a la sensatez, pero sólo conseguía verla difuminada. Como si no la hubiera visto esa misma

mañana. Como si la noche anterior no le hubiera hecho el amor.

Era de locos.

Lo peor de todo era que la cosa no había acabado ahí, no. La guinda la habían puesto los celos.

Celos porque Laura había dejado claro que prefería hablar con Adam. Había bailado con él dos veces. Su futuro cuñado la tenía en el bote y a él no debería importarle, pero esa certeza le sentaba como una patada en los huevos.

Y a pesar de tenerlo tan claro, de decirse una y otra vez que no era asunto suyo, cuando ese chaval borracho le había puesto las manos encima había perdido el control. Se había olvidado de la misión, de los asesinos, de Adam, y había echado al chaval no como policía que está protegiendo a una testigo, sino como un machito que marca terreno. Después, había dejado de resistirse y había bailado con Laura. Porque le apetecía, demonios.

Menudo error.

De bailar una canción absurda habían pasado a bailar abrazados y le habían faltado dos segundos para besarla. Sin ningún tipo de duda, había sido el momento más lamentable de su vida.

Dios, necesitaba que esa operación se acabara pronto.

Cuando, poco después, al fin se tumbó en la cama, suspiró agradecido. No sólo porque necesitaba descansar, también porque dormir implicaría olvidarse de Laura durante unas pocas horas. Con suerte, al despertar habría entrado en razón, le parecería una tía como cualquier otra y podría seguir con su vida con normalidad.

Sin embargo, ella se dedicó a visitarlo en sueños. Desnuda. Gimiendo. Debajo suyo, encima suyo, a su lado, delante. Con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, moviéndose al ritmo de sus profundas embestidas.

Hugo despertó varias veces, sudoroso, frustrado y angustiado, preguntándose qué había hecho para merecer esa tortura china. Pero al fin, las fuerzas de la naturaleza se apiadaron de él, consiguió dormir durante dos horas seguidas y despertó casi a la hora de comer.

Se quedó tumbado, con la mirada clavada en el techo agrietado, incapaz de dormir a pesar de estar hecho polvo.

Dedicó varios minutos a mentalizarse: tenía que poner freno a esta locura. No tenía sentido estar tan alterado por Laura. La que había conocido hacía apenas veinticuatro horas. A pesar de las extrañas circunstancias, su relación era puramente profesional. Los dos estaban comprometidos. Y él era

perfectamente capaz de controlarse. La chica estaba buena y él podía permitirse disfrutar de las vistas, pero eso era todo. No valía la pena alterarse por nada más. No había para tanto.

Sí, podía hacerlo.

Con energías renovadas y decidido, se levantó, se duchó y se vistió. Sabía que Adam dormiría como un tronco hasta las cinco o las seis de la tarde, pero por si acaso Laura despertaba antes, escribió una nota que decía “Prohibido salir” y la colgó en la puerta del apartamento. Tampoco es que pudiera hacerlo, porque cerró con llave y el otro juego lo tenía Adam, pero prefirió curarse en salud. Cómo sólo hacía veinticuatro horas que la conocía, todavía no tenía claro hasta qué punto ella era consciente de que debía ser muy prudente para garantizar su seguridad.

Hugo salió del edificio y sólo tuvo que cruzar la calle para entrar en una tienda de ropa, donde dedicó unos minutos a buscar prendas para Laura. Escogió un par de pantalones finos, algo anchos y que le llegarían por debajo de la rodilla, y dos camisetas negras básicas. Prendas que no llamarían demasiado la atención. La noche anterior, mientras ella estaba en el baño, habían hablado con Adam de comprarlas. Por eso le había preguntado su talla. No pudo evitar sonreír al recordar su expresión de extrañeza ante la pregunta, que no fue acompañada por ningún tipo de explicación.

Cuando regresó al apartamento, escuchó el ruido de la ducha. La puerta de la habitación de Laura estaba abierta.

Hugo dejó la bolsa con la ropa nueva encima de una silla y se quitó la camiseta. Sólo había estado unos minutos fuera, pero ese día hacía mucho calor y ya estaba sudando.

Empezó a hacer la comida. Méndez les había entregado provisiones para varios días y pudo preparar un plato bastante decente: espaguetis con verduras salteadas. Se concentró en la tarea, moviéndose por la cocina con menos agilidad de la que le habría gustado porque no sabía dónde estaban los utensilios, hasta que vio una mancha blanca por el rabillo del ojo. Se giró y descubrió a Laura apoyada en el marco de la puerta del baño, observándole con una expresión en la cara que no supo descifrar. Tampoco se entretuvo demasiado en ello, porque los ojos se le fueron hacia la diminuta toalla que la cubría desde los pechos hasta sólo un poco por debajo de las ingles.

Hugo habría podido echarse por encima el contenido abrasador de la sartén y ni se habría enterado. La verga se le había hinchado y endurecido hasta límites insospechados, provocándole un dolor de huevos instantáneo. A

la mierda todas sus buenas y castas intenciones.

“Puedo hacerlo, puedo hacerlo”, se dijo, apretando la mandíbula.

Ella ladeó un poco la cabeza y le dedicó una sonrisa débil.

—Qué bien huele —dijo con la voz un poco ronca, seguramente consecuencia de la larga noche que habían pasado en la discoteca.

Hugo hizo un esfuerzo sobrehumano para apartar los ojos de ella y volvió a concentrarse en la comida.

—Pues como no te des prisa, te quedarás sin comer —dijo, esperando sonar desenfadado. Después, sin mirarla, señaló la bolsa que había dejado en la silla—. Te he comprado ropa para esta noche.

Ella caminó hacia la bolsa y miró en el interior. Rió suavemente.

—Me alegra ver que no eres un rarito —dijo cogiendo la bolsa y encaminándose hacia su habitación.

Hugo se limitó a sonreír y fingir estar preparando un plato tan complicado que requería toda su atención.

Al cabo de unos minutos, estaba acabando de poner la mesa cuando Laura salió de su habitación. Se había puesto unos shorts tan cortos que pudo apreciar demasiado bien lo largas y bien torneadas que tenía las piernas, y una camiseta de tirantes ajustada que tenía la suerte de cubrir esos pechos tan perfectos como el trasero.

Dios, esa mujer iba a matarlo.

—¿Y Adam? —preguntó al ver que había puesto la mesa sólo para dos.

—Ese es una marmota, no aparecerá hasta la hora de merendar —explicó.

Ella no dijo nada más. Se sentó a la mesa y esperó que él acabara de servirle el plato de espaguetis.

—Gracias —dijo cuando se lo entregó.

Empezaron a comer en silencio. Ella no tardó en soltar un gemido que provocó que Hugo recordara los sueños que le habían impedido descansar.

—¡Qué bueno está! Ah, cuánto tiempo sin comer un plato decente —dijo, comiendo con ganas.

—Es una comida muy sencilla —dijo Hugo sin mirarla.

Ella soltó una risita.

—Eso será cuando tienes la costumbre de cocinar, que te puedo asegurar que no es mi caso —dijo.

Él le echó un vistazo rápido, y vio algo que le llamó la atención. Laura tenía una cicatriz irregular y de casi diez centímetros justo encima de la axila izquierda. Hasta ahora, la ropa que había llevado se la había cubierto y no la

había visto.

—¿Y esa cicatriz? —preguntó, sorprendido. Tenía una ligera sospecha de qué la había provocado.

—Unos imbéciles empezaron a pelearse en un botellón y uno sacó una navaja. Yo pasaba por ahí con unos amigos, y no sé cómo acabé apuñalada —explicó, muy poco afectada—. Pasó hace muchos años.

—Joder.

Lo miró divertida.

—Tengo otra.

Se giró y se apartó la camiseta de la espalda para mostrarle dos cicatrices redondas, una al lado de otra, encima del omoplato.

—Dos cigarrillos. En un festival de música, una tía se puso como una fiera porque la había empujado. La envié a la mierda y así fue como se vengó —explicó.

—¿La empujaste?

—Sí, ¡pero es que no me dejaba espacio para bailar! Pretendía tener tres metros cuadrados para ella sola.

Hugo se había recostado en la silla y la observaba anonadado.

—¿Sueles meterte en muchos líos?

—¿Yo? —preguntó, sorprendida—. No, ¿por?

Hugo se rió con ganas, incapaz de resistirse a la inocencia con la que había hecho esa pregunta.

—No hay mucha gente que pueda decir que la han apuñalado, que la han quemado y que ha presenciado un asesinato en una misma vida —dijo.

—¿No?

Hugo se rió un poco más y siguió comiendo. Laura se acabó su plato, repitió y suspiró satisfecha.

—Bueno, no podemos ir a la playa, pero podemos bajar a comer un helado, ¿no? —preguntó.

—No.

—¿Ni siquiera si nos camuflamos con una gorra y unas gafas de sol?

Hugo se dio cuenta de que había caído de cuatro patas en una de sus bromas.

—Muy graciosa.

—Ya veo que no. Entonces, al menos esta noche me dejaréis tomar dos gintonics. Es lo mínimo por tenerme encerrada aquí todo el día —dijo, muy seria.

Hugo sonrió, esperando que no se reflejaran en su cara todos los pensamientos contradictorios que le cruzaron por la cabeza.

—Si tantas ganas tienes de tomar una copa, podemos aceptar la propuesta de Adam y comprar algo para cuando regresemos de la discoteca —propuso.

Ya está, ya lo había dicho. Sabía que le estaba allanando el camino a Adam, pero eso a él no debía importarle. Él no tenía nada que hacer con Laura. Si ella y Adam querían liarse, era cosa suya. Eran adultos y podían tomar sus propias decisiones.

Y el desagradable sabor amargo que se le había instalado en la boca no tenía nada que ver con el hecho de habérselos imaginado, otra vez, juntos en la cama.

Laura levantó las cejas y le dedicó una sonrisa cómplice.

—Adam es un peligro. Será mejor que me emborrache cuando consiga regresar a casa —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hugo, sinceramente desconcertado.

—¿Adam no es tu amigo?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que no sabes que es un ligón de mucho cuidado?

Hugo miró a Laura, sorprendido, procesando muy lentamente el significado de lo que le estaba diciendo.

Laura quería mantenerse alejada de Adam.

Laura no quería tener una aventura con Adam.

Antes de poder evitarlo, se descubrió sonriendo como un auténtico idiota.

—Sí que lo es —afirmó.

—Pues eso —dijo Laura mientras se levantaba para empezar a recoger la mesa.

Hugo la imitó, de repente de muy buen humor. Se dijo que era porque le hacía gracia que Laura tuviera tan claro de qué pie cojeaba Adam. Sí, sí, era por eso.

—¿Qué vamos a hacer hasta la hora de cenar? —preguntó Laura—. Me he traído un libro, pero ahora no me apetece leer.

—Si quieres pon la tele —propuso Hugo.

—Mmm —fue la respuesta poco entusiasta de Laura.

Mientras recogía la cocina, Hugo la escuchó abrir y cerrar algunos armarios. De repente se rió con suavidad.

—Ya lo tengo —dijo.

Hugo se giró para mirarla y la descubrió con un tablero de parchís en las

manos.

—¿Quieres jugar al parchís? —preguntó incrédulo.

—O a La Oca, si prefieres. Aunque el parchís es muchísimo más interesante.

—Si tú lo dices —dijo Hugo, burlón.

—Disculpa, el parchís es un gran juego de estrategia.

Ahora Hugo se rió.

—Si tú lo dices —repitió, con toda la intención—. Hace años que no juego.

—Pues te voy a dar una paliza, chaval —aseguró Laura.

Hugo se puso muy recto. Acaba de pinchar su lado competitivo.

—Eso está por ver —dijo con una sonrisa de suficiencia.

Sí, en la primera partida le dio una paliza histórica. Laura le mató las fichas tantas veces que, cuando ganó, Hugo todavía tres fichas en casa y la cuarta no había recorrido ni medio tablero.

—La revancha —dijo.

La segunda partida no le fue demasiado mejor, pero no le importó porque se dedicó a observar con mucha atención y analizar cómo jugaba Laura. También tuvo tiempo de observar que Laura era una compañera de juego muy entretenida. Bromeaba, hacía el payaso y se burlaba lo justo de él por perder, sin pasarse.

—Ten cuidado o esta noche no te permitiremos beber ni cerveza sin alcohol. Sólo agua —advirtió en cierto momento. El comentario la hizo partirse de risa, literalmente—. ¿Qué pasa? ¿No nos crees capaces?

Ella no respondió, pero siguió riendo. Es decir, no, no los creía capaces.

—No tientes tu suerte, muchacha —volvió a advertir procurando estar muy serio.

Laura volvió a reírse a gusto y ganas, y Hugo no pudo evitar sonreír. Tenía una risa agradable. Y definitivamente era una desafiadora nata.

—¿Listo para perder otra vez? —preguntó cuando acabaron la segunda partida.

Hugo se limitó a sonreír, convencido de que esta partida le iría mejor. Y no se equivocó. Fue mucho, muchísimo mejor. Tanto, que llegaron a estar los dos a un turno de ganar. Si Hugo sacaba un tres, ganaba. Si Laura sacaba un cuatro, ganaba. Y era el turno de Hugo.

Metió el dado en el cubilete, lo removió y sopló dentro.

Lanzó el dado.

Justo cuando se detuvo, antes de poder ver qué había salido, Laura puso la mano encima.

—Un momento —dijo ante la mirada incrédula de Hugo—. Te dejaré ver qué has sacado si esta noche me dejas beber un gintonic. Sólo uno.

—Levanta la mano —ordenó Hugo.

Laura sonrió, divertida, al percibir su tono peligroso.

—¿Prometido?

—¿Qué pasa? ¿Tienes mal perder y buscas una manera de evitarlo?

—No, sólo quiero una copa.

—Levanta la mano.

—No.

Aunque era peligroso provocar el lado competitivo de Hugo, la situación lo estaba divirtiendo. Pero no iba a dejarse vencer. Entrecerró los ojos y sonrió a Laura como un depredador. No sabía con quién se estaba metiendo.

Al parecer, él tampoco, porque cuando su mano salió disparada para apresar la mano de Laura, llegó tarde. Ella ya había cogido el dado, asegurándose de que el lado de arriba había quedado arriba, y se levantó.

—Ya sé que debo de parecerte una borracha, pero de verdad que llevo muy mal lo de pasar tantos días encerrada sin salir a la calle —explicó—. ¿Trato hecho?

Hugo se limitó a extender la mano.

—Dame el dado.

Laura empezó a retroceder.

—Como pesa este dado, ¿no? A ver si se me va a caer... —dijo.

Hugo dio unos pasos, pero Laura puso el sofá entre ellos.

Él no estaba dispuesto, ni mucho menos, a empezar una ridícula carrera alrededor del sofá. Así que saltó por encima.

—¡Oh! —gritó Laura, sorprendida.

Soltó una pequeña carcajada y echó a correr, pero Hugo la atrapó por el brazo y tiró de ella.

—Dame el dado —exigió.

—¡No!

Laura intentó escaparse, pero Hugo la atrapó contra él con un brazo y con el otro intentó alcanzar la mano que ella se esforzaba por mantener fuera de su alcance.

—¡Lo voy a soltar!

—Si lo haces habrá consecuencias —amenazó Hugo, provocando otra

risotada de Laura.

—Oye, ¿te tomas en serio alguna de mis amenazas? Estoy empezando a ofenderme.

Laura volvió a reír, provocando en Hugo la extraña satisfacción de ser capaz de arrancarle esos agradables sonidos.

Así estaban, forcejeando y Laura riéndose, cuando se escuchó una puerta abrirse bruscamente.

—¿Qué coño hacéis? —se escuchó la voz de Adam.

Hugo y Laura se enderezaron bruscamente, se separaron y miraron a Adam con gesto culpable, como si los hubieran sorprendido haciendo algo prohibido. Adam los observaba desde la puerta de su habitación con expresión cansada y malhumorada.

—Lleváis dos horas haciendo ruido con los daditos, y ahora este escándalo —se quejó Adam.

Laura carraspeó.

—Perdón —dijo—. Voy a echarme un rato. Toma.

Movió la mano en dirección a la de Hugo, pero justo en el último momento lo dejó caer al suelo. Hugo abrió la boca, indignado.

—Uy —dijo Laura con una expresión que quería ser inocente, y se alejó rápidamente hacia su habitación.

—Esta me la vas a pagar —dijo.

—Tú también si haces ruido —amenazó Adam antes de volver a encerrarse en su habitación dando un portazo.

Al cabo de unos segundos, Hugo se dio cuenta de que seguía de pie en medio del salón, sonriendo como un gilipollas. Borró la sonrisa de su rostro y se negó a pensar en el rato tan agradable que acababa de pasar jugando al parchís (con Laura) ni en lo que le había gustado perseguirla.

No, no iba a pensar en eso.

Iba a ir a su habitación a tumbarse un rato.

Y pensaría única y exclusivamente en Sara.

8

Durante la cena, Laura estuvo bastante callada, perdida en sus pensamientos. Notó que Adam, quien al parecer tenía un mal despertar pero después recuperaba su buen humor, se esforzaba por darle conversación, pero ella no podía sacarse de la cabeza las partidas de parchís y esa especie de persecución final.

Hacía mucho, mucho tiempo que no se divertía tanto. Con Javi no jugaban, y ni mucho menos se dedicaban a perseguirse. No recordaba haberse reído nunca tanto con nadie.

Y no sabía qué pensar al respecto.

Se dijo varias veces que no había nada que pensar al respecto, pero no conseguía ser coherente y olvidarse del asunto.

Después, mientras se vestía con las ropas bastante más discretas que Hugo le había comprado, recordó cómo, al salir de la ducha, se lo había encontrado cocinando sin camiseta. Se había quedado observando como una idiota todos esos músculos tan bien definidos, y su cuerpo traicionero había reaccionado endureciéndole los pezones. Esa reacción era otra cosa que escapaba a su entendimiento, porque Javi no era precisamente poca cosa al lado de Hugo. Podía decirse que los dos tenían un cuerpo serrano, no era una novedad para ella.

—En fin —suspiró mientras acababa de abrocharse las zapatillas.

Cuando los tres estuvieron listos, salieron a la calle y repitieron el camino de la noche anterior. Esta vez no se puso tan nerviosa, tan sólo un poquito. Aún así, sintió un leve escalofrío y se abrazó a sí misma en un vano intento por detenerlo.

—¿Estás bien? —preguntó Adam.

—Sí, ¿por?

—Estás muy callada.

Laura se esforzó por sonreír.

—Estoy bien. Supongo que tengo ganas de que todo esto se acabe de una vez.

—Ya falta poco —dijo Adam, amable.

Laura se dio cuenta de que Hugo la estaba mirando, pero se esforzó por mantener los ojos fijos en Adam mientras asentía. Y entonces, sin saber por

qué, la respuesta a todas sus dudas apareció en su cabeza: ninguna relación es perfecta, ¿no? Por lo tanto, la suya con Javi tampoco. Quizá no se reían mucho, pero tenían otras cosas muy buenas. Y en cuanto a su reacción al ver a Hugo sin camiseta... en fin, el tío estaba muy bueno, era difícil no apreciarlo.

Pues nada, asunto resuelto.

No valía la pena que se comiera más la cabeza.

No, no iba a hacerlo.

Dos minutos después, llegaron a la discoteca. Mientras Adam abría la puerta, Hugo le cogió la mano. Ella, sorprendida, se estremeció. Él la miró con el ceño levemente fruncido, pero después sonrió.

—No vas a librarte de esto —dijo, interpretándolo como un gesto de resistencia.

Laura forzó una sonrisa y abrió la boca para responder, pero él se le adelantó:

—Y ni se te ocurra pedir un gintonic. La afrenta del dado no será olvidada así como así.

Ahora Laura no pudo evitar sonreír sinceramente y se dejó arrastrar al interior de la discoteca. Esa noche estaba todavía estaba más llena que la anterior, y la barra de la entrada estaba colapsada.

—Echa un vistazo por aquí abajo —dijo Hugo a Adam—. Nosotros iremos arriba a buscar sitio y controlar la puerta de las oficinas. A ver si ahí tenemos suerte.

Adam asintió y se perdió entre el gentío.

Hugo indicó a Laura que caminara delante suyo y empezó a abrirse paso entre la marea de cuerpos. Les costaba moverse, y en un par de ocasiones estuvieron a punto de soltarse de la mano sin querer. Al final, Hugo optó por caminar muy cerca suyo, con las manos apoyadas en sus hombros.

En el piso de arriba todas las mesas y los sofás estaban ocupados, pero encontraron un rincón vacío en el extremo de la barra. Laura se apoyó contra la pared, desde donde podía observar todo el piso. Hugo se apoyó casualmente sobre la barra delante suyo y pidió dos refrescos al camarero.

Laura paseó la mirada por los grupos de gente que bailaban y conversaban a gritos. Alegres, despreocupados. En algún momento de su vida ella también había formado parte de grupos así, pero empezaba a parecerle algo muy lejano. Como si esa vida cada vez le perteneciera menos.

Un movimiento en la escalera le llamó la atención. Dos personas estaban

subiendo los últimos peldaños hacia el segundo piso. Eran dos hombres.

Las discotecas nunca están bien iluminadas, pero Laura no tuvo dudas.

Eran ellos.

El Gordo y el Flaco.

Los asesinos.

Se le hizo un nudo en el estómago. El miedo paralizante que no había sentido hasta ese momento se apoderó de su cuerpo. Estaba aterrorizada. Tenía que reaccionar, avisar a Hugo, pero era incapaz de hacer nada más a parte de mirar a los dos hombres.

Él debió de notar el cambio en su expresión. De repente, le acunó la cara con las manos y la besó. Fue tan rápido que Laura ni lo vio venir. De estar aterrorizada y paralizada, pasó a sentir los delicados dedos de Hugo en el rostro y sus labios generosos contra los suyos.

A pesar de la sorpresa y del escalofrío que sintió, Laura sabía qué estaba haciendo. La estaba escondiendo. La estaba protegiendo. Se tranquilizó un poco y lo dejó hacer, intentando no sentir nada ante unos besos que querían ser castos pero que a ella le estaban resultando muy sensuales.

Una mano de Hugo abandonó su rostro para abrazarla y empujarla ligeramente. Dedujo que quería que giraran un poco para poder observar al Gordo y el Flaco, que en esos momentos debían de estar pasando por detrás suyo. Laura se dejó guiar y lo vio con los ojos abiertos, siguiéndolos con la mirada.

Entonces la obligó a girar de nuevo con cierta brusquedad. La empujó contra la pared, en la que apoyó un brazo para esconderla todavía más, y mantuvo la otra mano cubriéndole la mejilla. Se separó de ella unos breves instantes y la miró con el ceño levemente fruncido. Parecía turbado.

Volvió a besarla, y sintió de nuevo ese escalofrío. Sólo estaban fingiendo, eso lo sabía, pero no podía evitar que su cuerpo reaccionara. Los labios de Hugo eran suaves, calientes. El corazón empezó a latirle con más fuerza.

Alarmada, se dio cuenta de que la experiencia le estaba gustando demasiado.

Se compadeció de Hugo. “Pobre hombre, tiene que besar a una mujer que no es su prometida y yo aquí estoy, disfrutando de ponerle los cuernos a Javi”, pensó, mientras la invadía una mezcla de culpabilidad y deseo que la hizo temblar.

Tan inmersa estaba en en esos pensamientos que apenas se dio cuenta de que el beso cambiaba. Hasta ese momento se habían parecido más a delicadas

caricias, pero ahora Hugo presionó los labios contra los suyos con más fuerza. Abrió la boca para atrapar el labio inferior de Laura. Sorprendida por la intensidad de las sensaciones que ese pequeño gesto envió a lo largo de su cuerpo, Laura se dejó llevar. Permitió que Hugo siguiera atrapando sus labios con los suyos, mordisqueándolos, sumergiéndola en un largo, húmedo y tierno beso. Ella le correspondió y se permitió saborear esa boca que la había tentado desde que la había visto por primera vez.

Sus lenguas se encontraron, primero con cierta timidez, hasta que Laura sintió una especie de explosión compartida. Abandonaron el recato en un rincón y se exploraron el uno al otro con desesperación, como si se estuvieran diciendo que después de ese beso no podía haber otro, nunca más. Se agarró a los brazos de Hugo, como si temiera caerse, y él se apretó contra ella, aprisionándola contra la pared. Él movió las caderas lentamente y Laura sintió la enorme erección contra su entrepierna, provocando una oleada de calor que nació en el clítoris y subió hacia sus pezones, que se endurecieron casi dolorosamente. Entonces la invadió la urgencia, una irrefrenable necesidad de acariciarse el uno al otro, de estar piel contra piel, él dentro de ella, siendo sólo uno.

Se separaron de golpe, como si ambos hubieran sentido lo mismo y ambos se hubieran asustado. Laura se había asustado. Nunca había estado tan cerca de perder así el control. “No estoy muy segura de qué acaba de pasar”, pensó mientras intentaba serenarse. Estaba jadeando, y al mirar a Hugo descubrió que también jadeaba y que la miraba con la misma expresión desconcertada que debía de lucir ella.

Pero la expresión del policía pronto se convirtió en una de verdadera preocupación. Echó un vistazo rápido hacia la puerta que conducía a las oficinas de la discoteca.

—Tenemos que irnos. Rápido —dijo, y la obligó a moverse sujetándola por un brazo y empujándola por la espalda.

—¿Y Adam? —preguntó Laura cuando vio que la conducía hacia la puerta.

—Estará bien, ahora lo avisaré. Pero antes tengo que sacarte de aquí —dijo Hugo.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura, pero Hugo no contestó y se limitó a apremiarla.

Les costó varios minutos atravesar la marea de gente de la planta inferior de la discoteca. Cuando al fin consiguieron salir a la calle, siguió obligándola

a caminar a toda velocidad.

—¿Qué pasa? —repitió.

—En el apartamento te lo explicaré. Ahora es importante que lleguemos allí cuanto antes —dijo él mientras se sacaba el teléfono del bolsillo y empezaba a marcar un número.

Giraron por una esquina y, menos de un segundo después, alguien tiró salvajemente de ella. Gritó, asustada, mientras se escapaba del abrazo de Hugo. Chocó contra la pared y cayó al suelo. Quedó aturdida por el golpe y durante unos instantes no pudo reaccionar. Hasta que escuchó unos golpes seguidos de gruñidos ahogados. Se giró, justo a tiempo de ver a Hugo ante el Gordo en actitud defensiva. Parecía que habían intercambiado varios puñetazos. El policía llevó su mano derecha con rapidez hacia la base de su espalda, como si fuera a coger algo que tenía debajo de la camisa, pero el Flaco se le estaba acercando por detrás con una navaja en la mano.

—¡Hugo! —gritó, horrorizada.

Pero ya era tarde. La navaja cayó contra el omoplato de Hugo, que gritó de dolor y cayó de rodillas al suelo. Laura no había visto que el Flaco también tenía la otra mano ocupada. Parecía una porra. Aprovechó la indefensión de Hugo y le propinó un brutal golpe en la cabeza. El policía cayó al suelo, inconsciente.

—¡No! —gimió Laura.

Intentó correr hacia él, pero unas manos la atraparon y la obligaron a girarse. Era el Gordo, que la miraba furioso y amenazante.

—¿Tú también eres poli? —preguntó.

Laura negó con la cabeza.

—¡Es mi novio! —dijo, intentando acercarse a Hugo.

Pero dos pares de manos la agarraron en volandas y la llevaron hacia el maletero abierto de un coche. Laura se quedó sin voz del terror. Pataleó y se retorció con todas sus fuerzas, pero fue en vano. La lanzaron salvajemente dentro del maletero. Se incorporó de un salto para intentar salir, pero el Gordo la agarró por la garganta y la levantó un poco, cortándole la respiración.

—Si te mueves te haremos daño de verdad —amenazó.

Dio un último y doloroso apretón y la soltó. Laura cayó contra el suelo del maletero dando desesperadas bocanadas en busca de aire.

Al cabo de unos segundos, los dos hombres dejaron caer a Hugo dentro del maletero, a su lado. Cerraron el capó y quedaron envueltos por la

oscuridad absoluta.

9

El sonido era extraño.

Un golpeteo que no conseguía identificar.

No, no eran golpes. Eran rasguños. Más bien el sonido de algo metálico arrastrándose contra un suelo de tierra.

Hacía frío. ¿No se suponía que era verano?

La cabeza le dolía horrores. La zona de detrás de la oreja derecha le palpitaba salvajemente, como si estuviera a punto de estallar. Y la espalda...

Hugo abrió los ojos de golpe. Todo lo sucedido regresó repentinamente. La calle desierta. Ese hombre, al que había reconocido. El pinchazo en la espalda, seguramente un navajazo. El brutal golpe en la cabeza.

Pero todos esos hechos eran irrelevantes. El único importante era que, primero de todo, le habían arrancado a Laura de las manos. El corazón se le desbocó.

Laura.

Estaba tumbado boca abajo e intentó levantarse de golpe, pero no lo consiguió. La cabeza y la espalda le dolían tanto que sintió náuseas. Gruñó, frustrado, apretando las manos con fuerza contra el suelo. Se dio cuenta de que estaba estrujando una tela. Volvió a abrir los ojos y descubrió que descansaba encima de una manta. También notó que la parte trasera de la camisa estaba empapada y que tenía una tela encima de la herida. Parecía que alguien había intentado ponerlo cómodo y hacerle unas curas básicas.

Escuchó unos pasos rápidos que crujían sobre el suelo. El extraño sonido que lo había despertado había cesado. Una sombra cayó sobre él.

—¿Hugo? —preguntó la voz angustiada de Laura.

Al escuchar su voz sintió un alivio inmenso. Apretó los dientes para ignorar el dolor y las náuseas y se esforzó para tumbarse boca arriba.

—Espera, no te muevas —dijo ella, intentando detenerlo.

Pero él le apartó la mano y acabó de girarse. En el lugar donde se encontraban reinaba la penumbra y no podía verla bien.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

A pesar de la casi oscuridad, pudo ver que sonreía débilmente.

—Estoy bien. Creo que deberías preocuparte más por ti mismo —susurró—. ¿Cómo estás?

—Como una rosa, ¿no lo ves? —dijo él, intentando ignorar las punzadas de dolor en la cabeza y la espalda.

Laura soltó una risilla a su pesar, que acabó convertida en un leve sollozo.

—Me daba miedo que no te despertaras.

—Tengo la cabeza muy dura.

—Ya veo.

Se miraron unos breves instantes en silencio. Ella temblaba ligeramente, seguramente por la mezcla de frío y miedo.

Hugo sabía que Laura necesitaba un abrazo y él quería dárselo, pero no iba a hacerlo. No sólo porque estaba hecho una mierda, también porque entonces ella podría venirse abajo. De momento parecía bastante entera, y necesitaba que se mantuviera así. Y por mal que él se encontrara, tenía que ponerse en marcha para sacarlos a los dos de allí.

Se palpó los bolsillos, donde obviamente no encontró rastro ni de su móvil ni de su cartera. No necesitó comprobar la funda que llevaba sujeta con el cinturón en la parte inferior de su espalda para saber que también le habían quitado la pistola.

—¿Dónde estamos? —preguntó, obligándose a incorporarse.

Ella lo sujetó del brazo para ayudarlo.

—En una caseta de herramientas —dijo—. Nos han metido en el maletero de un coche y han conducido mucho rato. Creo que tres o cuatro horas, al final me he dormido.

—Por el frío que hace, hemos ido hacia el norte —observó Hugo, luchando contra el mareo que amenazaba con hacerle caer.

—Sí. Estamos en medio de la nada. Cuando nos han sacado sólo he visto bosque y una casa —dijo Laura, que pareció angustiarse de nuevo—. Tenemos que irnos de aquí, Hugo. Me han dado agua y trapos para limpiarte la herida, pero sólo porque quieren... hablar contigo. A mí casi ni me han mirado, les he dicho que soy tu novia y me han creído. Pero saben que eres policía.

Hugo asintió, nada sorprendido.

—El tipo alto es un expolicía. Juan Marqués. Lo expulsaron del cuerpo hace unos años por un lío de drogas. Coincidí con él poco tiempo, pero está claro que no es de los que olvidan una cara.

Pensó en Adam. Marqués también podría haberlo reconocido. Su amigo sabía cuidarse sólo, pero esperaba que no hubiera tenido problemas y que hubiera podido dar la alarma por su desaparición.

La operación se había convertido en una descomunal metida de pata. Aunque los retratos robots que se habían confeccionado gracias a Laura eran muy exactos, nadie había reconocido a Marqués. Era imposible hacerlo. En los pocos años que habían pasado desde la última vez que lo vio, había cambiado. Había ganado peso y su rostro estaba extraño. Incluso se atrevería a decir que llevaba un peluquín, porque Marqués nunca había tenido tanto cabello. Le sonaba haber escuchado algo sobre una enfermedad, que podría explicar el cambio.

Fuera lo que fuera, con la intención de proteger a Laura la habían enviado a la boca del lobo con dos hombres a los que Marqués podía reconocer. Tal y como había sucedido.

Cuando lo vio en la discoteca su primer instinto había sido arrastrar a Laura fuera del local cuanto antes, pero se contuvo. Marqués y su compañero todavía estaban caminando en dirección a la puerta que conducía a las oficinas y no quería llamar su atención. Procuró esconderse bien a sí mismo y a Laura, por lo que siguió besándola. Y ese beso...

No era el momento de pensar en ello, así que lo apartó de su mente.

No era difícil imaginar que querían hablar con él para averiguar qué sabía la policía del asesinato que habían cometido. Secuestrar a un agente le parecía un movimiento muy arriesgado por su parte, pero seguramente cuando Marqués le había reconocido se habían sentido acorralados y habían concluido que era preferible hacerlo desaparecer para descubrir qué tenía la policía en su contra y actuar en consecuencia. Estaba claro que para Marqués y su socio no era importante llevar uno o dos crímenes más o menos a sus espaldas.

Eso era lo que preocupaba a Hugo. En esos momentos no le importaba por qué habían asesinado al agente infiltrado ni si sabían que era un policía, sólo le importaba que, en cuanto le hubieran sacado todo lo que sabía del caso, Laura y él ya podían darse por muertos.

Laura interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¿Puedes moverte? Tenemos que largarnos. Creo que han ido a descansar un rato, pero en cuanto se haga de día vendrán a buscarte —dijo.

Hugo asintió y se esforzó por levantarse con la ayuda de Laura. El mareo volvió a apoderarse de él. Se le escapó un leve gemido y se apoyó en Laura para no caer redondo al suelo. Ella aguantó su peso con sorprendente firmeza y le pasó un brazo por la espalda para sujetarlo mejor.

—Te tengo —susurró.

—Vale. Vamos a ver cómo podemos salir de aquí —dijo Hugo cuando empezó a sentirse mejor.

—He hecho un agujero.

Hugo tardó unos instantes en procesar el significado de las palabras que Laura acababa de pronunciar.

—¿Qué?

—He encontrado una pala pequeña y he podido hacer un agujero por debajo de la pared. Ven —dijo Laura, conduciéndolo hacia un extremo de la caseta. Señaló la pared opuesta y dijo: —La casa está en este lado, así que si salimos por aquí no deberían vernos.

Hugo se quedó pasmado al descubrir, en el suelo, un agujero suficientemente grande como para que él pudiera pasar. Las paredes de la caseta eran metálicas, finas y no se hundían demasiado en el suelo.

—Tendremos que arrastrarnos y apretujarnos un poco —dijo ella, casi como si se disculpara.

Si las circunstancias hubiesen sido otras, Hugo se habría echado a reír. En cuanto se había despertado se había centrado en su obligación de proteger a Laura y sacarla de allí, pero resulta que había sido ella quien lo había tumbado encima de una manta, le había limpiado la herida, había buscado una vía de escape, se estaba esforzando para mantenerlo en pie, y encima se disculpaba por el tamaño del agujero.

—Creo que valdrá —dijo.

—¿Puedes tenerte en pie solo? —preguntó, empezando a soltarlo—. Voy a salir primero para ayudarte a salir.

Laura hizo el ademán de agacharse, pero él le agarró el brazo y la obligó a retroceder.

—Ni de coña. Saldré yo primero para asegurarme de que no hay nadie esperándonos ahí fuera —dijo, procurando usar un tono que no admitiera discusión.

—Con lo bien que te encuentras, seguro que si pasa algo podrás reaccionar tan rápido como el mismísimo Usain Bolt.

Hugo no pudo evitar sonreír. Increíble. A pesar de las circunstancias, esa mujer todavía tenía ánimos para bromear. Por algún absurdo motivo, ese descubrimiento lo hizo sentirse mejor.

—Usain Bolt a mi lado es un caracol —dijo.

Ahora sonrió ella, que no insistió.

Hugo se armó con la pala que Laura había utilizado para excavar, se

arrodilló y buscó la mejor posición para arrastrarse por el agujero. Tuvo que hacerlo boca arriba, y no recordaba haber experimentado nunca tanto dolor. Con cada movimiento que hacía, presionaba la herida de la espalda contra el suelo y veía las estrellas. Pero apretó los dientes, se aguantó y siguió avanzando.

Cuando al fin sacó la cabeza al exterior, comprobó con alivio que no había nadie esperándolos. Acabó de salir y susurró a Laura que podía seguirlo. Ella atravesó el agujero con bastante más agilidad que él. En cuanto estuvo de pie, pudo verla mejor gracias a la luz de la luna. Los ojos le brillaban, asustados, y tenía las mejillas sucias de tierra y surcadas por lo que parecían lágrimas que ya se habían secado. Y, a pesar de todo, estaba hermosa. Sintió de nuevo el inoportuno impulso de abrazarla, pero definitivamente no era el momento. Se limitó a hacerle un gesto para que esperara en silencio.

Hugo asomó la cabeza por la esquina de la caseta para observar la situación de la casa. No había luces encendidas. El coche estaba aparcado en la puerta, donde empezaba un camino de tierra que, con toda seguridad, conduciría a una carretera de montaña. Ese sería el camino lógico a seguir para huir. En la carretera tenían más posibilidades de encontrarse con un conductor que pudiera socorrerlos. O no, porque parecía que estaban en medio de la nada. Además, ir por allí también sería la manera de facilitar a Marqués y su socio el trabajo de volver a capturarlos.

Hizo un nuevo gesto a Laura para que esperara y caminó rápida y silenciosamente hacia la ventanilla del copiloto. Obviamente, las llaves no estaban puestas, pero por comprobarlo no perdía nada.

Se dirigió hacia la parte trasera y se arrodilló al lado del tubo de escape. Buscó unas cuantas piedras y se dedicó a lanzarlas dentro del tubo, hasta que le pareció que lo taponaban. Unas patatas cumplirían mucho mejor la función de evitar que el coche arrancara, pero esperaba que un atasco de piedras también cumpliera. Después, estiró el brazo y lo introdujo con cuidado por debajo de la camisa para coger el trapo ensangrentado que le cubría la herida. Lo lanzó a un lateral del camino de tierra.

Regresó con Laura y le indicó que caminara en sentido contrario, para adentrarse en el bosque. Con suerte, Marqués y su colega estarían un rato entretenidos intentando arrancar el coche. También con suerte, encontrarían el trapo y deducirían que habían huido hacia la carretera y los buscarían por allí.

Cruzó los dedos esperando no haberse arriesgado demasiado. Quería sacar

a Laura de este embrollo cuanto antes, pero era consciente de que las probabilidades de perderse en un bosque inmenso y frío eran desagradablemente elevadas. Pero este era un detalle que no pensaba compartir con ella.

10

Laura no quería pensar. Si lo hacía, lo más probable era que empezara a llorar y no pudiese parar. Era lo único que le apetecía hacer. Llorar.

En las últimas horas había llorado varias veces, pero no había sido suficiente. Había llorado un poco al verse atrapada en el oscuro maletero junto a Hugo, que no respondía y no sabía si estaba vivo o muerto. Pero al escucharlo respirar se había tranquilizado. Nunca se lo contaría, pero se había abrazado a él y eso todavía había apaciguado más sus nervios.

Cuando los habían encerrado en la caseta y había visto la herida de Hugo y toda esa sangre, se había puesto a llorar otra vez. Sin embargo, tenía muy claro que la única manera de sobrevivir era buscar una manera de salir de allí. Se esforzó por tranquilizarse, buscó una solución, se puso manos a la obra y no paró hasta tener el agujero listo.

Ahora tampoco era el momento de llorar. Tenía que caminar. Sólo eso.

No sabía cuanto rato hacía que avanzaban por el bosque apenas iluminado por la luz de la luna creciente. Seguramente un par de horas, porque estaba amaneciendo. Que hubiera pasado tanto rato y no supieran nada de sus captores le daba un poco de tranquilidad. Sólo un poco.

Hugo abría la marcha. De vez en cuando se giraba para echarle un ojo, como si quisiera comprobar que seguía con él o, simplemente, mostrarle que se acordaba de ella. No habían intercambiado una sola palabra desde que habían empezado a caminar. Los dos estaban en tensión, pero además ella sospechaba que Hugo se encontraba bastante mal. Al principio caminaba a paso bastante ligero, pero su buen ritmo había ido disminuyendo poco a poco. Desde hacía un rato lo escuchaba jadear.

Entonces el policía aminoró el paso bruscamente. Se balanceó un poco y se apoyó en el tronco de un roble. Laura temió que se desplomara y se apresuró a sujetarlo por los brazos.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada.

Hugo asintió, aunque era obvio que mentía. Estaba agotado, cubierto por una fina capa de sudor y parecía que le costaba enfocar los ojos vidriosos. Incluso le pareció que intentaba controlar un leve temblor.

—Sólo necesito descansar un momento —dijo.

Laura le puso la mano en la frente.

—Estás helada —dijo él, dando un respingo.

—Estás ardiendo —dijo ella, cada vez más preocupada.

Tenía bastante fiebre. ¿Y si la herida se le estaba infectando?

El contacto con su mano hizo que Hugo se esforzara por enfocar sus ojos en ella. Entonces vio algo que lo hizo reaccionar.

—¿Qué es esto? —preguntó, posando su mano ardiente sobre su garganta.

—Nada, me habré dado un golpe.

Laura imaginó que tenía marcas de cuando el Gordo la había medio estrangulado para que se estuviera quieta. Hugo parecía furioso.

—Un golpe no deja estas marcas. ¿Qué te han hecho?

—Cuando me han metido en el maletero he intentado escapar y el tipo alto me ha agarrado para que me estuviera quieta —explicó Laura para que se tranquilizara—. Estoy bien, de verdad. Ni siquiera duele.

—Qué mal mientes.

—Y tú debes de estar a 39 de fiebre y tienes el juicio nublado. No le des tanta importancia. ¿Puedes caminar? Deberíamos seguir avanzando.

Hugo asintió, pero no se movió. Seguía con la mano apoyada en su garganta. Se la acarició suavemente con el pulgar.

El gesto le hizo recordar el beso de la discoteca. Parecía tan lejano y tan cercano a la vez que se estremeció. Parecía que se hubieran besado hacía siglos, pero todavía podía sentir el suave y ardiente tacto de los labios de Hugo sobre los suyos. Y su lengua...

Vaya cosas de pensar mientras estaban perdidos en mitad del bosque, con Hugo a punto de derrumbarse por la fiebre y dos asesinos tras sus pasos. En fin.

Al fin, él dejó caer la mano.

—Vamos.

Empezó a caminar, pero las piernas le fallaron y tuvo que apoyarse de nuevo en el tronco.

—Apóyate —dijo Laura, agarrándolo por la cintura.

Él no se resistió. Le pasó el brazo por los hombros, apoyó parte de su peso en ella y caminaron así.

La siguiente media hora fue una auténtica tortura para los dos. Cada minuto que pasaba Hugo tenía más dificultades para caminar. Laura sufría por si él se desmayaba en mitad del bosque, y porque a ella en cualquier momento se le doblarían las piernas bajo el peso del policía.

Tan concentrados iban en dar un paso tras otro que, de entrada, Laura no

se dio cuenta de que el terreno bajo sus pies cambiaba. Fue el sonido de sus pasos lo que la alertó. Ya no estaban pisando tierra, hojas y piedras, estaban pisando gravilla.

Levantó la cabeza y descubrió, asombrada, una pequeña cabaña de madera ante ellos.

—No me lo puedo creer —farfulló.

Una oleada de alivio y esperanza la recorrió de pies a cabeza. Habían encontrado ayuda. Pero las palabras de Hugo aplastaron esos agradables sentimientos.

—No hay nadie —murmuró.

Laura se fijó mejor en la construcción. No había ningún coche fuera, todas las persianas estaban bajadas y el pequeño porche estaba cubierto por una fina capa de polvo y hojas.

“Maldita sea”, pensó Laura, pero no permitió que la decepción la nublara.

—Al menos tenemos un refugio. Vamos a entrar —dijo.

Empujó a Hugo para que avanzara, pero el se resistió.

—Es como meternos en una jaula. Si nos encuentran ahí dentro estamos perdidos —objetó.

—Hugo, apenas puedes caminar y te vas a caer redondo en cualquier momento. Además, durante el día seremos mucho más visibles que por la noche. Vamos a entrar —dijo Laura, empujando de nuevo.

Esta vez, Hugo se limitó a gruñir y no se resistió.

Laura se sorprendió de lo fácil que era entrar en casa ajena. Hugo levantó una de las persianas, ella se armó con una gran piedra y, después de un par de intentos, consiguió romper el cristal. Limpiaron el marco de la ventana de cristales y se colaron dentro. Hugo siguió sujetando la persiana mientras Laura comprobaba si tenían electricidad.

—¡Sí! —exclamó, casi loca de alegría, cuando una lámpara de pie se encendió—. Nunca habría imaginado que encender una lámpara me haría tan feliz.

Hugo soltó lo que le pareció una brevísima risa y bajó la persiana. Quedaron iluminados sólo por la íntima luz de la lámpara.

La cabaña estaba bien cuidada y consistía en una estancia con tres espacios diferenciados: un salón con un pequeño sofá, colocado ante una chimenea y encima de una mullida alfombra; una cocina; y un dormitorio equipado con una cama de matrimonio no muy ancha y un armario. Al lado del dormitorio había una puerta que conducía a un baño sorprendentemente

grande.

Los dos inspeccionaron la cabaña en silencio. Ambos sabían qué estaba haciendo el otro. Unos segundos después, se miraron.

—No hay teléfono —dijeron a la vez, decepcionados.

Laura no se entretuvo en lamentarse. Señaló el sofá a Hugo.

—Siéntate. Voy a ver si hay medicamentos.

Mientras entraba en el baño escuchó el sonido del policía dejándose caer pesadamente sobre el sofá. Abrió el grifo de la ducha para comprobar si tenían agua caliente y, mientras el agua corría, buscó los medicamentos. No pudo creerse su suerte cuando, en el mueble de debajo de la pila, encontró un generoso botiquín que contenía analgésicos y un par de antibióticos de amplio espectro. Y además, el chorro de la ducha había empezado a humear: tenían agua caliente. Bien.

Cogió un analgésico y un antibiótico y salió del baño. Se dirigió a la cocina, donde llenó un vaso con agua, y se acercó a Hugo, que empezaba a dormirse.

—Espera —dijo—. Tómate esto.

Hugo abrió los ojos y tragó las pastillas sin discutir. Si no hubiera estado tan preocupada por él, Laura habría sonreído al verlo tan dócil.

—Ahora tienes que ducharte —anunció.

El policía tenía tantas ganas de dormir que hizo una mueca de disgusto y farfulló algo.

—Después —consiguió entender Laura.

—No, ahora. Tenemos que limpiar la herida y quiero verla. Además, te sentará bien —dijo Laura, y añadió: —Venga, que te ayudo.

Algo en esas últimas palabras hizo reaccionar a Hugo. Abrió los ojos de golpe y se incorporó.

—Puedo hacerlo solo.

Se levantó a duras penas y caminó con pasos inseguros hacia el baño. Entró, pero no cerró la puerta del todo. Mientras lo escuchaba desvestirse y regular el agua, Laura inspeccionó el armario que había al lado de la cama. Sólo había pantalones, camisetas y ropa interior de hombre, pero les valdría a los dos. Cogió una muda, llamó a la puerta del baño y entró.

—Perdón, te... —empezó a decir, pero se interrumpió.

Hugo estaba en la ducha, de espaldas a la puerta y con una mano apoyada en la pared, dejando que el chorro de agua le cayera encima de la cabeza y le resbalara por el resto del cuerpo.

Desnudo.

Tan concentrada estaba en cuidar de él que no había previsto que para ducharse tendría que quitarse la ropa.

Se descubrió paseando los ojos por esa piel bronceada, los músculos de la espalda y los glúteos perfectamente definidos, las piernas fuertes. Incluso a punto de caerse redondo ofrecía una imagen de fortaleza que la sorprendió.

La temperatura de su cuerpo se elevó varios grados de golpe, y no fue por el calor que hacía en el baño.

Increíble. Estaban en una situación de vida o muerte y su cuerpo se dedicaba a reaccionar en cuanto veía el trasero de Hugo (“Te recuerdo por enésima vez, Laura, que el tipo está a punto de casarse. Igual que tú”). De verdad que no se comprendía a sí misma.

Carraspeó, incómoda.

—Te dejo ropa limpia —dijo procurando transmitir toda la indiferencia que no sentía—. Y dame el jabón, te limpiaré la herida.

Hugo no dijo nada ni se giró. Se limitó a pasarle el bote de jabón por encima de su hombro. Laura se acercó, lo cogió y estudió la herida.

—No está infectada —dijo, respirando aliviada—. Necesitarías puntos, pero al menos no se ha infectado.

—Bien —susurró Hugo.

Laura se puso un poco de jabón en la mano y, con mucho cuidado, lo aplicó sobre la herida. El policía se estremeció, seguramente por el dolor.

—Perdona. Acabaré rápido —dijo Laura.

Acabó de cubrir bien la herida con jabón.

—Ya está. ¿Necesitas ayuda? —preguntó, intentando mantener el tono indiferente.

Hugo siguió sin moverse, pero le pareció que se reía por debajo de la nariz. Negó con la cabeza.

—Vale. Cuando acabes te desinfectaré y te taparé la herida —dijo, y salió casi precipitadamente del baño.

Unos minutos después, Hugo salió del baño vestido sólo con los pantalones. La ducha le había sentado bien, pero seguía caminando con pasos pesados y tenía los ojos vidriosos por la alta fiebre. Laura había apartado el edredón y las sábanas que cubrían la cama y lo esperaba.

—Túmbate —ordenó con suavidad.

Él volvió a obedecer sin rechistar y se tumbó boca abajo en la cama. Laura aplicó yodo a la herida y después la cubrió con varias gasas que sujetó con

esparadrapo. Antes de que acabara, Hugo ya se había dormido. Lo cubrió con la sábana y el edredón.

Laura lo observó. Así, relajado, estaba más guapo que nunca.

“Qué cabrón”, pensó, y fue a ducharse. Cuando acabó, pensó que lo más sensato sería hacer guardia por si sus captores se acercaban. Pero estaba tan cansada que sabía que no conseguiría mantenerse despierta. Además, el mismo Hugo había dicho que, si los encontraban ahí dentro, no tenían nada que hacer. Decidió que lo mejor era descansar también e intentar coger fuerzas para poder seguir adelante en condiciones.

Observó el sofá. Era tan corto que le sería imposible descansar bien.

Miró la cama, de la que Hugo sólo ocupaba la mitad. En la parte libre era donde mejor descansaría. Dudó unos segundos.

—Qué demonios —se dijo finalmente.

No era el momento de tener manías. Se dirigió hacia la cama y se metió bajo la sábana y el edredón, de espaldas al policía.

En cuanto se quedó quieta, él murmuró algunas palabras inteligibles en sueños y se removió. De repente, lo sintió acercarse y, antes de saber qué sucedía, se había arrimado a ella y la había abrazado. Laura enrojeció y dejó de respirar unos instantes. No sabía qué hacer.

Pero sus cuerpos habían quedado tan bien encajados y el abrazo de Hugo sentaba tan bien que en seguida se relajó y se durmió.

11

Cuando Hugo empezó a despertar, no sabía dónde estaba.

Mantuvo los ojos cerrados porque todavía no le apetecía abrirlos. Tenía a alguien entre sus brazos. No recordaba haberse ido a la cama con Sara, pero se permitió disfrutar de ese desconcierto unos largos segundos más.

Le resultaba agradable estar abrazándola así, bien aferrado a su cuerpo cálido. Se apretujó un poco más contra ella y aspiró el intenso aroma que desprendían su cabello y su piel. Sintió las primeras oleadas de excitación. Sara no era amiga de que la despertara de buena mañana para una sesión de sexo, pero se permitió mover las caderas lentamente contra su trasero. Empezó a encenderse. Rápido. En cuestión de segundos estaba más duro que una piedra, su respiración se había vuelto profunda y ruidosa, y sintió la necesidad de hundirse en ella con una urgencia que le arrancó un gemido. Hacía mucho, mucho tiempo que no se excitaba así por Sara. Puso la pierna encima de las suyas y le acarició el vientre, la nalga, el muslo. Había demasiada ropa, pero de momento se conformaba con esto. De momento. Si inclinó hacia delante para depositar un beso suave en el cuello y volvió a olerla.

Se quedó petrificado.

Sara no olía así.

Hugo abrió los ojos y descubrió una melena negra y ondulada ante sus ojos.

—Mierda —masculló.

Se apartó y levantó de un salto, como si se hubiera quemado. Al poner los pies en el suelo, las piernas le fallaron y cayó de culo contra la alfombra que lo cubría. Durante unos instantes se quedó inmóvil, mirando a Laura casi horrorizado y con los pensamientos todavía nublados por la excitación. Gracias a Dios ella no se había despertado, pero... ¿por qué estaban juntos en una cama?!

Poco a poco, los recuerdos regresaron a su cerebro embotado. No todos, pero casi todos. Las últimas horas en el bosque y la llegada a la cabaña parecían estar envueltas por niebla. Recordaba lo mal que se encontraba y los esfuerzos por seguir avanzando. Recordaba cómo Laura le había ayudado a caminar y cómo se había ocupado de él. Y recordó con culpabilidad lo mucho

que le había gustado. Tanto que, cuando ella propuso ayudarlo a ducharse se olvidó de lo mal que se encontraba y se negó en redondo. No se fiaba de las reacciones de su cuerpo.

Tampoco recordaba cómo habían acabado en la misma cama. Él se había tumbado para que le desinfectara y le cubriera la herida y... en su mente no había nada más. Pensó que lo más probable era que Laura se hubiera tumbado a su lado porque no había otro sitio donde descansar. Si no recordaba mal, el sofá era pequeño.

Hugo suspiró y se tumbó boca arriba en el suelo. Clavó los ojos en el techo inclinado de madera, todavía con la respiración acelerada.

Era un imbécil. Y un cabrón. Sara no se merecía esto.

Pero sólo de pensar en lo bien que se había sentido acurrucado contra Laura, lo bien que encajaban juntos, su estúpida verga volvió a emocionarse. Entonces recordó el beso en la discoteca. Él había perdido el control. Y ella le había correspondido. ¿Pero le había correspondido porque quería corresponderle o porque se había metido en el papel? Cuando vio a Marqués y su socio se había asustado mucho, era normal que hiciera lo necesario para pasar desapercibida ante ellos.

Hugo resopló. Todo eso daba igual. No podía pensar más en ese beso. No iban a hablar nunca de lo sucedido. Tampoco pensaría nunca más en lo que acababa de sucederle en la cama.

Se levantó poco a poco. Sorprendido pero satisfecho, se dio cuenta de que se encontraba bastante bien. La cabeza no le palpitaba, la espalda apenas le dolía y no tenía fiebre. Todavía sentía cierta pesadez por todo el cuerpo, pero comparado con cómo estaba unas horas antes, esto era estar fresco como una rosa. Los medicamentos y unas horas de sueño habían hecho milagros.

Se puso la camiseta que ella le había conseguido y se acercó a la ventana por la que habían entrado. Levantó un poco la persiana y espió fuera. Todavía era de día. Por la cantidad de luz, debía de ser la hora de comer. Bien, pues aprovecharían para descansar más y al anochecer volverían a ponerse en marcha.

Entró en el baño para orinar y asearse un poco. Al salir, descubrió a Laura sentada en la cama. Tenía el pelo encantadoramente (no, no, encantadoramente no, mejor horriblemente) revuelto y se frotaba los ojos, soñolienta. Casi le pareció oler de nuevo su cabello y su piel, y sintió un hormigueo en la mano con la que la había acariciado.

Hugo se irritó con los dos. Sabía que no tenía sentido molestarse con ella,

pero lo hizo. Por alterarlo de esta manera. Y consigo mismo porque ser tan débil.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Mucho mejor. Todavía podemos descansar algunas horas más. Duerme —contestó, seco.

—Tengo que ir al baño —dijo ella mientras se levantaba.

Hugo observó con pesar que, incluso vestida con ropa de hombre que le iba algo grande, estaba muy atractiva. Se enfadó un poco más, la maldijo por estar tan buena y le dio la espalda para dirigirse a la cocina. Quería revisar los armarios para comprobar si había algo de comida. Llevaban muchas horas sin comer y no podían enfrentarse a otra larga caminata sin tener nada en el estómago.

Al cabo de poco, la escuchó salir del baño.

—Nos hemos quedado sin agua —dijo.

Hugo la miró, sorprendido.

—¿Qué?

Abrió el grifo de la cocina, pero no salió nada.

—¿Ahora qué has hecho? —preguntó en tono acusador.

Sí, era absurdo e injusto culparla de haberse quedado sin agua, pero estaba enfadado con ella por otros motivos y lo sacó por ahí. Ella medio sonrió y lo miró, pensando que bromeaba, hasta que vio su expresión malhumorada. Frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Supongo que hay un depósito de agua y se ha acabado —se limitó a decir, dejándose caer en el sofá. Unos segundos después, añadió: —Estoy muerta de hambre.

—Pues no veas el manjar que he encontrado —dijo Hugo.

Se acercó al sofá con lo único que había encontrado en la cocina y lo depositó al lado de Laura: dos paquetes de crackers y una botella de whisky. Laura observó el peculiar lote, sorprendida, y cogió el licor.

—Supongo que a falta de agua tendrá que valer —dijo.

—A falta de agua tendremos que esperar a salir esta noche y cruzar los dedos para encontrar al menos un riachuelo —replicó él, sentándose en el otro extremo del sofá.

Laura le dedicó una sonrisa retadora. Destapó la botella de whisky y tomó un trago largo. Se estremeció un poco, pero lo disimuló bastante bien.

Hugo debería haber imaginado que esa sería su reacción si la censuraba. Le gustó. Le encantó su provocación, y se sintió muy tentado de seguirle el

juego. A ver quién podía más.

En ese momento se dio cuenta de que a su vida, cuando no estaba huyendo de dos psicópatas, le faltaba un poco de diversión, de emoción. Que no fuera todo tan complaciente. Que lo retaran.

Supo que con Laura lo tendría. El reto, las risas. La pasión.

Sintió otra horrible punzada de culpabilidad. ¿De dónde demonios salían todos esos pensamientos? Estaba perdiendo el norte.

Hugo se enfadó todavía más con ella. Todo esto era culpa suya.

—Ya has dejado claro que el sueño de tu vida es emborracharte cada noche, pero te agradecería que, dadas las circunstancias, te controles un poco —espetó con maldad.

Laura abrió mucho los ojos, como si no pudiera creerse lo que acababa de escuchar.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada —contestó él con indiferencia, como si no hubiera nada extraño en su actitud.

Ella lo observó unos instantes. Después bajó la vista al suelo unos segundos.

—Oye, por tu comportamiento del primer día y ahora empiezo a pensar que en general no te caigo muy bien. O sólo a veces, no lo sé —dijo—. Ya sé que estar aquí encerrado conmigo es lo último que desearías hacer, pero te agradecería que tuvieras en cuenta que no he sido yo la que te ha traído hasta aquí. Y también te agradecería que intentaras controlar esa antipatía que despierto en ti, porque empiezo a estar agotada. Al parecer, un navajazo, dos quemaduras de cigarro, un asesinato y un secuestro empieza a acercarse al límite de lo que puedo soportar.

Hugo abrió la boca para decir algo, pero no salió ni un sólo sonido. Se había quedado sin palabras.

—No necesito que seas amable conmigo. Sólo ignórame —añadió ella con suavidad. Le entregó bruscamente la botella de whisky y se levantó—. Voy a dormir un poco más.

Laura regresó a la cama.

Hugo se quedó inmóvil, todavía incapaz de reaccionar. Le parecía normal y merecido el enfado de Laura, pero no comprendía de dónde había sacado la idea de que le caía mal. Con un comportamiento así, lo más normal sería pensar que era un gilipollas y darlo por imposible, ¿no?

Durante unos segundos se sintió tentado de dejarlo así y seguir con la

táctica del primer día: procurar que ella estuviera enfadada y tratarse con fría cortesía. Pero el brillo herido en los ojos de Laura le hizo cambiar de idea en seguida. Además, tendría que ser un desalmado para tratarla fríamente ahora que se encontraban en una situación tan penosa. Ella no tenía la culpa de que él estuviera hecho hecho un lío. Bueno, en cierta manera sí, pero no era responsable de ello.

Hugo se frotó la cara con las manos y resopló, preguntándose cómo su vida se había complicado tanto en tan sólo dos días.

Se levantó y se dirigió a la cama. Laura se había hecho un ovillo y se había cubierto con el edredón hasta los ojos. Hugo se sentó en el otro extremo y la observó unos instantes. Ella no se movió.

—Lo siento. Esta situación me tiene muy frustrado y me he desahogado contigo —dijo, consciente de la ambigüedad de sus palabras. No iba a darle detalles, pero sí podía pedir disculpas—. No tengo ningún derecho a tratarte así, sobre todo después de lo que has hecho. Estoy vivo gracias a ti, y quiero que sepas lo mucho que te lo agradezco.

Laura no dijo nada, pero la escuchó suspirar levemente.

—Ven a comer algo.

—No tengo hambre.

—No me lo creo. Ven a comer un poco y después puedes seguir durmiendo —insistió Hugo.

Ella tardó unos segundos en contestar.

—Pienso beber whisky. Me apetece.

—Me parece estupendo. A mi también me apetece.

Le pareció que ella se reía entre dientes.

—Dame un momento. En seguida voy.

—Claro.

Hugo regresó al sofá, donde se entretuvo abriendo uno de los paquetes de crackers y contándolos. No mucho después, Laura se levantó y se sentó en el otro extremo. Él le entregó la mitad de los crackers.

—De momento nos tocan estos. El otro paquete nos lo llevaremos para esta noche —informó.

Ella los cogió y asintió. Durante un rato, comieron en silencio. También bebieron pequeños tragos de whisky para hacer bajar los crackers, que eran más secos que la arena del desierto.

Hugo la observó disimuladamente, perdida en sus pensamientos. Se fijó en los moratones que tenía alrededor de la garganta y recordó la conversación

que habían tenido al respecto. Y lo mucho que se había enfadado porque Marqués se hubiera atrevido a hacerle daño. Y las ganas que había tenido de besarle con suavidad las oscuras manchas para aliviarle el dolor.

—¿Todavía te duele? —preguntó, señalándole la garganta.

—No, está bien —dijo ella automáticamente.

—En las últimas horas no has aprendido a mentir mejor.

Ella sonrió.

—Sólo duele un poco. ¿Y tu cabeza y tu espalda?

—Están mucho mejor.

—Me alegro.

Se hizo otro silencio.

—¿Dónde vais a ir de luna de miel? —preguntó Laura de repente.

La pregunta lo cogió por sorpresa. En esos momentos, todo aquello relacionado con Sara lo llenaba de amargura y culpabilidad, pero procuró esconder su malestar.

—A una isla del Caribe. Providenciales.

Laura lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Providenciales? —preguntó asombrada.

—Sí.

—Nosotros también.

Ahora fue su turno de mirarla asombrado.

—¿Qué fechas? —preguntó Laura.

—No estoy seguro, lo ha organizado Sara. Creo que la última semana de julio y primera de agosto.

Ahora Laura lo miró con auténtico horror.

—Con todo este follón tuvimos que posponer la boda y de momento nos han cambiado el viaje para esas dos semanas.

Se quedaron mirando durante unos segundos eternos, sin saber qué decir. Finalmente Laura se echó a reír.

—Esto es muy raro —comentó, y echó un largo trago de whisky que la hizo toser.

Hugo fue incapaz de reírse. Su cuerpo, su mente, todo su ser lo estaba traicionando de manera escandalosa. Se avergonzaba de lo que había sentido al descubrir que podrían coincidir en sus respectivas lunas de miel.

Quería que sucediera.

Se frotó los ojos en un gesto de cansancio.

—Sí que es raro —murmuró.

Laura lo miró, divertida.

—Seguro que te encantaría que quedáramos para cenar todos juntos —dijo en un tono burlón.

—No sabes cuánto —dijo Hugo, y ahora fue él quien dio un trago largo de whisky.

Tal y como esperaba ella se tomó su respuesta como un sarcasmo, aunque él había contestado bastante en serio. Su fuerza de voluntad estaba al límite. Quería contarle a Laura todo lo que pasaba por su cabeza. No sabía con qué finalidad, pero sí sabía qué quería que viniera después de sincerarse. Los incluía a los dos sin una sola prenda de ropa, muchas caricias y mucha humedad.

—Supongo que durante esa cena tendríamos que contarles esta pequeña aventura —continuó ella—. Aunque tendríamos que esconder algunos detalles...

Se calló de golpe, con una expresión de horror en la cara. Hugo sabía que había estado a punto de mencionar el beso. De repente, en su estado de descontrol, deseó que siguiera hablando del tema. Quería saber qué opinaba ella de ese beso. Había sido tórrido. Abrasador.

Pero ella parecía avergonzada. Carraspeó.

—Perdón, no debería haber dicho eso. Creo que he bebido demasiado whisky —dijo, mientras recogía con prisas las migas de crackers que tenía sobre el regazo—. En fin, no te preocupes por las fechas de la luna de miel. Nosotros podemos cambiar las nuestras. Ya habrás tenido suficiente con acabar encerrado aquí con alguien que te cae mal, no hace falta que encima te fastidie la luna de miel.

Hugo volvió a frotarse los ojos. ¿Por qué seguía pensando eso? Él no lo había desmentido, pero... ¿cómo podía estar tan ciega?

—No me caes mal —dijo.

Ella soltó una risa corta y suave, incrédula.

—No te preocupes, puedo vivir con ello —dijo sin mirarle, y se levantó con las migas en la mano.

—De verdad, no me caes mal.

Laura se giró para mirarlo, suspicaz. Al parecer, decidió creerle.

—Vale. Me alegro.

Siguió caminando hacia la cocina para tirar las migas en la bolsa que había improvisado como basura.

Hugo sabía que tenía que quedarse sentado en el sofá con la boca bien

cerrada. Pero quizá también había bebido demasiado. O quizá simplemente ya no podía más. Como si tuvieran vida propia, en su boca se formaron sonidos que no podía detener. Tampoco a sus piernas.

Se levantó y fue tras ella.

—¿De verdad no has notado nada raro en mi comportamiento? — preguntó.

Laura tiró las migas, se giró y se apoyó en la encimera.

—¿Te refieres a hace dos días, cuando parecías el enano gruñón de Blancanieves, y a ahora?

—Esos momentos y otros.

Ahora ella pareció confusa.

—No sé a qué otros momentos te refieres.

Era mala idea. Era muy mala idea.

Pero se acercó más a ella. Ahora ya sólo estaba a un paso de distancia.

—Sabes, para tener una capacidad de observación admirable, tienes algunos puntos ciegos descomunales.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que tengo un problema.

—¿Conmigo?

—Contigo.

Hugo dio otro paso hacia ella. Apoyó las manos en la encimera, atrapándola entre sus brazos. Laura se tensó, pero no se movió.

—Si no es que te caigo mal, no sé qué puede ser —dijo, con la voz un poco rota.

Él acercó la boca a su oído. No se veía capaz de hablarle mirándola a los ojos.

—Mi problema, Laura —dijo con suavidad, casi en un susurro—, es que me muero de ganas de follar contigo. Desde que te vi sentada en esa maldita sala de reuniones de comisaría, sólo puedo pensar en arrancarte la ropa, besarte, lamerte de pies a cabeza y perderme dentro tuyo para escuchar mejor cómo te hago gemir y gritar. Tan, tan dentro tuyo que no sabría encontrar el camino de regreso.

Durante unos instantes, ninguno de los dos se movió.

Hugo retrocedió un poco y la vio observándolo con los ojos muy abiertos, con una expresión indescifrable para él.

Él la miraba con hambre. Paseó su mirada por sus tentadores labios, por la larga y suave línea del cuello. Se moría por acabar de cubrir la pequeña

distancia que los separaba y acabar con este sufrimiento. Estuvo muy, muy tentado de hacerlo, porque ella no se movía. Ni siquiera parecía escandalizada por sus palabras. Seguía inexpresiva, inmóvil.

Hugo clavó los dedos en la encimera y se contuvo.

—Perdona —dijo.

Echó un último vistazo a sus labios, la última vez que se permitiría mirarlos así, y se apartó a regañadientes. Le dio la espalda y caminó hacia el sofá.

Pero entonces la voz de Laura se dejó escuchar con claridad:

—Pues hazlo.

12

Hugo se paró en seco y se giró para mirarla con los ojos a punto de saltarle de las órbitas. Incluso tenía la boca un poco abierta del asombro. La observó como si se hubiera vuelto loca.

Pero Laura había hablado muy en serio. Al menos tanto como su falta de claridad mental le permitía. Porque desde que Hugo le había susurrado esas palabras al oído, describiendo lo que le gustaría hacerle, una oleada de deseo la había recorrido de pies a cabeza y se había instalado en su cerebro en forma de niebla. Una niebla espesa formada por gruesos jirones que sólo dejaban pasar la necesidad urgente de Hugo, de sus labios, de su boca, de su piel, de sus manos, de ese miembro que ya había sentido una vez mientras se besaban en la discoteca.

Nunca unas simples palabras la habían excitado tanto. Si hubiera tenido la cabeza clara, se habría avergonzado de la rapidez con la que se le había humedecido la entrepierna.

Dentro del laberinto que el deseo había levantado en su cabeza, otros pensamientos intentaban encontrar su lugar con poco éxito.

El alivio al descubrir que no le caía mal, esa idea punzante que la había asaltado repentinamente hacía tan sólo unos minutos.

La arrolladora reacción que el policía había provocado con sólo unas palabras. Quizá era el alcohol. O quizá era la necesidad de consuelo por la horrible situación en la que estaban inmersos. O quizá se trataba de esa irresistible mezcla de ternura y chulería, de la inocencia con la que caía de cuatro patas en sus bromas...

Y también estaba Javi, intentando hacerse escuchar, pero la niebla lo cubrió con pronta rapidez.

En esos momentos, sólo deseaba acortar la distancia que la separaba de Hugo.

La expresión atónita del policía había cambiado a una de análisis. Se estaba preguntando si bromeaba. Laura se mantuvo en la misma posición, mirándolo fijamente, intentando aparentar una tranquilidad que no sentía. El corazón le latía con fuerza y sólo de pensar en rozarse con él, desnudos, la piel le hormigueaba.

Hugo dio un paso hacia ella y se detuvo, como si le estuviera dando la

oportunidad de retirar sus palabras. Sus ojos bajaron hacia su pecho un instante y Laura se dio cuenta de que respiraba aceleradamente. Igual que él.

Hugo dio otro paso. Lo tenía a tan sólo unos centímetros.

Durante unos segundos, se miraron a los ojos. Los de Hugo ardían de deseo, y Laura supo que leyó lo mismo en los suyos, porque súbitamente le atrapó la cara con las manos y la besó en los labios. Fue un beso fuerte y desesperado, que pronto dejó paso a que sus lenguas se encontraran y se exploraran con impaciencia.

Laura se agarró a Hugo casi con desesperación y se apretaron el uno contra el otro, buscando el calor, como si necesitaran fusionarse. En cualquier momento empezaría a arder como una llama descontrolada.

Él primero la abrazó con ansia, para después recorrerle con sus manos grandes y fuertes la espalda, la cintura, las nalgas. Lo hizo con fuerza, como si quisiera dejar constancia de que había pasado por allí, y eso todavía la excitó más.

Las manos de Hugo siguieron bajando hacia sus muslos y comprendió qué quería hacer. Apoyó los brazos en sus hombros y él la ayudó a auparse para sentarse en la encimera. Después le guió las piernas para que lo rodeara con ellas, la apretó contra él y siguió besándola como si no hubiera mañana.

Para el gusto de Laura había demasiada ropa entre ellos. Quería sentir su piel. Buscó el extremo inferior de su camiseta y tiró de ella hacia arriba con impaciencia. Él levantó los brazos para que pudiera acabar de quitársela y la dejó caer al suelo.

Laura observó maravillada el pecho y los abdominales que tenía delante. Eran todo músculo y suave piel. Y quería besarlos, absorber su fragancia y lamerlos sin dejar ni un sólo centímetro sin explorar. Lo atrajo hacia sí, le cubrió el cuello de besos y le lamió la clavícula. Hugo se dejó hacer con la respiración acelerada, los ojos cerrados y las manos en tensión atrapándole las piernas.

Lo empujó para apartarlo un poco y bajó de la encimera con un salto ágil. Siguió empujándolo hasta hacerlo chocar contra la pared, donde se entregó a disfrutar de los pectorales, los pezones y el abdomen del policía. Acariciaba, besaba y lamía, y cuando él se tensó y la obsequió con un suave gemido gutural se sintió poderosa. Le gustó tenerlo así, como si estuviera a su merced, y necesitó más de él. Sin apartar la boca de su piel le desabrochó los pantalones y se los bajó junto a los calzoncillos. Él se los acabó de quitar con los pies y los apartó de una patada.

Laura envolvió su erección con una mano y apretó, arrancando un suspiro a Hugo. Descubrió que la estaba mirando y le aguantó la mirada. Con una sonrisa traviesa en los labios, se arrodilló y le lamió el pene desde la base hasta la punta.

—Laura... —gimió Hugo mientras le hundía los dedos en los cabellos.

Laura siguió lamiendo el miembro duro pero recubierto de esa piel tan sedosa. Lo humedeció y saboreó con dedicación, arrancando nuevos gemidos a Hugo, al que de vez en cuando se le cortaba la respiración. Al fin, lo tomó en su boca.

La reacción de Hugo fue inmediata. Con un gruñido, le agarró el cabello con fuerza y la obligó a apartarse. Después la sujetó por las muñecas y tiró de ella para obligarla a levantarse. Volvió a empujarla contra la encimera, respirando con fuerza y mirándola con ojos tan hambrientos que evidenciaban que estaba cerca de perder el control.

La besó una vez más sin liberarle las muñecas. Se apoderó de su boca y sus labios hasta dejarla sin respiración, y cuando se apartó fue para quitarle la camiseta con un gesto claramente impaciente. Al ver sus pechos exhaló aire en un suspiro ruidoso, como si hubiera estado esperando mucho tiempo para verlos y fueran más hermosos de lo que se había imaginado.

Le rodeó la cintura con un brazo para obligarla a arquearse. Una mano apresó un pecho, mientras que su boca se entregó con anhelo al otro pezón. Laura chilló, sorprendida por la intensidad de la oleada de calor y placer que se extendió desde sus pechos hasta su entrepierna. A este paso iba a estallar, literalmente.

Hugo saboreó sus pechos, no dejó centímetro de piel sin explorar, y Laura tuvo que agarrarse a sus hombros para no perder el equilibrio mientras se perdía en ese mar de sensaciones. Cuando él mordisqueó y chupó un pezón una vez más y lo abandonó, Laura gimió una protesta, pero él la recompensó con otro beso tórrido, largo y húmedo. Mientras tanto, le desabrochó los pantalones, que cayeron solos al suelo, y le bajó las braguitas acariciándole la piel de las caderas y los muslos. Con su mano grande cubrió y aprisionó su sexo, y con dedos expertos exploró los labios hinchados por la necesidad, buscó su entrada y hundió un dedo en ella. Laura aspiró bruscamente, disfrutando de la suave invasión.

Hugo apoyó la frente en la suya. Por su manera de jadear, por la manera de mover la mano que se había adentrado en ella, se dio cuenta de que estaba tan al límite como ella. Igual que ella le necesitaba dentro, él necesitaba estar

dentro suyo.

—Dentro —le susurró.

Él no se lo hizo repetir y sacó su dedo con cuidado. Le cogió una pierna y la guió para que le envolviera la cadera con ella. Y Laura al fin sintió como la erección de Hugo buscaba y encontraba su entrada. Se miraron a los ojos, plenamente conscientes el uno del otro, y él movió las caderas para hundirse en ella con una embestida lenta y profunda. Laura se arqueó hacia atrás, apoyándose en la encimera, y los suspiros ahogados de los dos se dejaron escuchar en la solitaria cabaña. Hugo se quedó inmóvil, completamente enterrado en ella.

—Por Dios, Laura —susurró.

Siguieron inmóviles unos cuantos segundos más, jadeando. Laura era incapaz de hablar. La niebla que antes le embotaba la cabeza se había disipado y ahora percibía con absoluta claridad la presencia de Hugo, envolviéndola, encima, dentro suyo. Le gustaba tanto y la había invadido tal sensación de plenitud que estaba abrumada. Sin palabras. Porque no se trataba sólo del infinito placer que nacía de ese punto donde ella y Hugo estaban unidos, había algo más, no sabía el qué, pero era algo en lo que ahora no quería pensar.

Sus miradas se encontraron de nuevo y Laura se perdió en esos ojos verdes, en los que leyó los mismos sentimientos que la habían golpeado a ella y la misma negación a enfrentarse a ellos. En esos momentos, sólo podían entregarse al placer y la pasión.

Hugo salió casi del todo y volvió a hundirse en ella con una embestida rápida que les arrancó un gemido a los dos. Esperó unos instantes y lo repitió. Esta vez las caderas de Laura salieron a su encuentro y Hugo ya no pudo controlarse más. Empezó a penetrarla con embestidas largas y profundas que le estiraban los músculos de la vagina con una sensación tan placentera que Laura sentía que podría pasarse así media vida.

Sin embargo, apoyada en la encimera no acababa de estar cómoda.

—Vamos a la cama —jadeó.

Hugo salió de ella y volvió a besarla. Sin abandonar sus bocas y acariciándose se encaminaron hacia la cama. Pero estaban tan perdidos el uno en el otro que no veían dónde pisaban. Toparon con algo que parecía la cama y empezaron a sentarse, pero resultó ser el pequeño sofá.

Hugo gruñó, impaciente, y la empujó hacia el suelo, tumbándola en la mullida alfombra que lo cubría. Se colocó rápidamente encima suyo, le hizo

abrir las piernas con las rodillas y la penetró de nuevo, esta vez con fuerza. Los dos gritaron, extasiados, y en seguida empezaron a moverse a la vez. Hugo se hundía en ella casi con dureza, cada vez más rápido, mientras las caderas de Laura se movían contra él para permitirle llegar lo más adentro posible. Sus ojos se encontraron otra vez, y transmitían lo mismo que sus movimientos. Pasión, desesperación, falta de control.

Laura no recordaba haberse sentido nunca tan llena y excitada y sensible a la vez. No quería que se acabara nunca, quería seguir escuchando los graves gruñidos de Hugo al lado de su oído por toda la eternidad. A la vez, necesitaba la explosión final. Conocía su cuerpo, y sabía qué necesitaba.

Cuando introdujo la mano entre sus cuerpos para acariciarse el clítoris, Hugo todavía se excitó más. Empezó a embestirla más rápido y con más fuerza, una y otra vez, hasta que Laura sintió que perdía el control. Sabía que no debía gritar, pero ya no podía pensar tanto. Se tensó y arqueó cuando alcanzó el orgasmo, que la barrió de arriba abajo con una explosión de placer como nunca había sentido.

Encima y dentro suyo, Hugo también se tensó y le mordió el hombro para ahogar su grito, gesto que, lejos de doler, todavía aumentó más el placer de Laura. Arañó la espalda de Hugo en un intento de no gritar, mientras ambos seguían moviéndose, cada vez más despacio, hasta que se detuvieron, jadeantes, sudados y agotados.

Laura todavía no podía creerse la intensidad del orgasmo que acababa de explotar en su cuerpo. No recordaba haber sentido nunca nada igual. Tenía la sensación de que, si llega a ser más potente, se habría desmayado, incapaz de sentir tanto placer.

A pesar de su evidente cansancio, Hugo se incorporó un poco y se miraron unos instantes, ambos con la misma expresión desconcertada y, podría decirse, asustada. Pero ninguno de los dos dijo nada.

Hugo se quedó unos minutos más encima y dentro suyo. Mientras se recuperaban, se besaron y se acariciaron. Laura todavía no podía hablar ni pensar. Era como si el placer la hubiera emborrachado y dejado fuera de combate. Él parecía encontrarse exactamente en el mismo estado.

Cuando los dos se hubieron recuperado un poco, Hugo salió de ella y se acostó a su lado. La empujó para ponerla también de lado, delante suyo. Estiró un brazo para coger una manta que había doblada encima del sofá y los cubrió a ambos con ella. Después la atrajo hacia él y la abrazó. Se quedaron así, en silencio, todavía recuperando la respiración y disfrutando del contacto

de sus cuerpos cálidos.

El cerebro de Laura empezó a funcionar. Primero sintió la humedad en los muslos, pero optó por ignorarla, porque otros pensamientos se abrieron paso. Como lo bien que habían funcionado juntos. Como la intensidad del placer que había experimentado. Antes de poder seguir reflexionando, de tener tiempo de empezar a buscar una explicación a lo sucedido, el sueño la invadió. Se le cerraron los ojos, sin tener tiempo de pensar en otra cosa que no fuera Hugo. Sólo Hugo.

Y, en menos de un minuto, se había dormido plácidamente en brazos del policía de ojos verdes.

13

El cuerpo suave y caliente que tenía entre sus brazos se apartó, dejando un frío vacío y desagradable. Gruñó como protesta y abrió los ojos para descubrir a Laura mirándole, desnuda bajo la manta que compartían.

Los recuerdos de lo que había sucedido hacía tan sólo unas horas regresaron como una bofetada. Y la mezcla de sentimientos que lo invadieron lo abrumó tanto que sólo fue capaz de devolver la mirada a Laura, que parecía tan sobrepasada como él.

Dios, se habían acostado. Y a pesar de haber sido sexo desesperado, de que ni siquiera se habían dedicado mucho tiempo el uno al otro, había sido el mejor polvo de su vida. Sólo de pensar en ello la sangre volvía a fluirle hacia la entrepierna. Y ahí era donde empezaban a nacer sus sentimientos de culpa, porque quería repetir. Quería volver a hacer el amor a Laura una y mil veces más.

Pero él iba a casarse con otra mujer.

Había sido infiel a Sara. Sabía que algo así, si se enterara, la heriría profundamente. Por eso se sentía culpable. Y, sin embargo, a la vez no se arrepentía de haberse permitido perder el control y de haberse entregado a Laura. De hecho, quería atraerla hacia él de nuevo y besarla. Al final, la ética profesional de la que tanto presumía ante Adam se había esfumado por el retrete.

Pero no se movió, porque no comprendía qué le estaba pasando. Él quería a Sara. ¿Por qué Laura le afectaba tanto? No tenía sentido.

Él quería a Sara.

¿Verdad?

No le gustaba el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, y casi agradeció que Laura le interrumpiera cuando se movió para ponerse boca arriba. Se cubrió la cara con las manos, como si intentara esconderse del mundo.

—Vamos a pretender que esto no ha pasado. Por favor —dijo.

Hugo sabía que ella tenía razón. Era lo mejor que podían hacer para facilitarse las cosas. Aún así, por algún absurdo motivo, la petición le sentó como un jarro de agua fría.

Estaba hecho un buen lío, maldita sea.

—Siento que haya sido tan malo —dijo a la defensiva.

Ella apartó las manos de la cara y lo miró.

—Sabes que no me refiero a eso.

Laura se incorporó, cubriéndose los pechos con la manta. Con la mirada buscó algo más con lo que taparse. Al no encontrarlo, suspiró, frustrada.

—No mires.

Hugo apartó la vista. Sin embargo, cuando ella se levantó para dirigirse rápidamente hacia la cocina para recuperar su ropa y empezar a vestirse, no pudo evitar echar un vistazo a su espalda y su trasero perfectos. Deseó cubrirlos de besos y caricias.

Se removi6, inc6modo, confuso, y enfadado con el mundo, consigo mismo y con Laura. Esa mujer hab6a llegado a su vida para complicársela de mala manera.

Ella no volvi6 a hablar hasta que s6lo le quedaba por ponerse los pantalones.

—Esto ha sido un error, Hugo.

S6, lo hab6a sido. Pero escucharlo de la boca de Laura dol6a, no sab6a por qu6.

Era consciente de que estaba a punto de comportarse como un cr6o, como un gilipollas, pero a6n as6 no pudo detenerse. Seguramente porque era m6s f6cil enfadarse que enfrentarse a sus sentimientos.

—¿De verdad? —dijo con el tono m6s chulito que fue capaz de componer—. No parec6as pensar que te estabas equivocando mientras te...

—Calla —lo cort6 Laura casi con un ladrido. Camin6 de nuevo hacia 6l, mir6ndolo furiosa—. Te recuerdo que t6 vas a casarte y que yo voy a casarme. Esto s6lo ha pasado por la situaci6n en la que nos encontramos.

Hugo se levant6 sin molestarse en disimular su desnudez. Laura se esforz6 por mantener los ojos en su rostro.

—¿Quieres decir que s6lo ha sido una manera de desahogarnos?

—Exacto.

Laura no hab6a dudado al contestar. Al parecer ella ten6a las cosas mucho m6s claras que 6l. Procurando disimular la decepci6n y el enfado, se dirigi6 hacia la ventana. Levant6 un poco la persiana para espiar el exterior. Se estaba haciendo de noche, ya pod6an empezar a prepararse para salir.

Hugo busc6 su ropa con la mirada. La descubri6 al lado de la cocina y camin6 hacia all6. Laura procur6 apartarse r6pidamente para que ni siquiera la rozara.

—Puedes estar tranquila, comparto tu opinión —dijo mientras se ponía los pantalones—. Si es que no sé qué se me ha pasado por la cabeza, yo siempre huyo de las fuentes de problemas como tú.

Laura se tensó.

—¿Qué quieres decir?

—¿No es obvio? —preguntó Hugo como si el tema no le resultara especialmente interesante. En esos momentos era la única defensa que se le ocurría.

—No.

—Por el amor de Dios, mujer. Apuñalamientos, cigarrillos, asesinatos, secuestros. Eres como una princesa que necesita que la rescaten continuamente.

—¿Perdona? —preguntó Laura en un tono peligroso.

—Lo que has oído. Vamos a prepararnos para salir. A ver si conseguimos ayuda y acabamos con esto de una vez. Ya me has provocado suficientes dolores de cabeza.

Hugo no la vio venir. Un segundo Laura estaba a tres metros de distancia, y al siguiente la tenía delante, mirándolo furiosa.

La bofetada dolió.

Se la tenía bien merecida, eso no podía negarlo.

Pero no se disculpó. Si para ella el polvo no había sido nada, si sólo había sido una manera de olvidar los problemas, él podía desahogar con ella su peor mal humor.

Se aguantaron la mirada durante largos segundos, en silencio. Finalmente, como si se hubieran puesto de acuerdo, se apartaron el uno del otro a la vez y empezaron a preparar las cosas para irse. En una mochila que encontraron metieron el paquete de crackers que quedaba y una manta. Ellos se abrigaron con las dos únicas sudaderas que encontraron. En el último momento, Hugo recordó que seguramente ya le tocaba una nueva tanda de medicamentos. Se los tragó a palo seco y guardó las cajas en la mochila.

A medida que se acercaba el momento de abandonar la cabaña, Hugo pensó que, ahí dentro, habían creado una especie de burbuja. Como si Marqués y su socio los encontraban no tenían nada que hacer, básicamente habían ignorado el tema. Pero ahora que tenían que volver a salir, sintió un nudo de nervios en el estómago, cosa que lo sorprendió. Era cierto que nunca se había encontrado en una situación tan peligrosa, pero siempre había aguantado bien la presión.

Entonces escuchó a Laura moverse detrás suyo y el corazón le dio un vuelco. Se dio cuenta de que ella era el motivo de su preocupación. Nunca había tenido que hacerse cargo de alguien que le importara tanto.

En un breve momento de lucidez, lo asaltó una revelación inquietante. Si le sucediera algo a Laura, no podría perdonárselo. Nunca.

Se quedó quieto, intentando asumir el significado de ese descubrimiento. Pero se frenó, porque no era el momento de enfrentarse a revelaciones inoportunas. Además, para qué darle vueltas. Para ella sólo había sido un desahogo, se recordó.

—Vamos —dijo, cargándose la mochila en la espalda.

Se dirigió a la ventana y ella lo siguió sin rechistar. Lucía una expresión de indiferencia, como si no hubiera pasado nada digno de mención.

Hugo subió un poco la persiana y escudriñó la parte de bosque que podía ver. No vio nada sospechoso. Tampoco escuchó ningún ruido que delatara que alguien los estaba esperando.

Acabó de subir la persiana y, mientras Laura la sujetaba, salió él primero. Después la sujetó él para que pudiera salir ella.

—Espera aquí —susurró. Después añadió, mirándola con severidad para que le quedara claro que hablaba muy en serio: —Y si escuchas cualquier ruido sospechoso, echa a correr en dirección contraria y sin mirar atrás.

Ella asintió y se encogió de hombros, en un gesto que quería decir claramente: “Claro, ¿por qué iba a hacer otra cosa?”.

Ignorando el doloroso pinchazo en el pecho, Hugo procedió a inspeccionar los alrededores de la cabaña. Cuando, varios minutos después, concluyó que Marqués y su socio no los habían encontrado, respiró aliviado. Regresó donde estaba Laura y con un gesto le indicó que podían emprender la marcha.

Caminaron en silencio, de nuevo bajo la luz de la luna creciente. Avanzaron por el bosque, pero siguiendo el camino de tierra que nacía en la cabaña. En algún momento los conduciría hasta una carretera secundaria y, por lo tanto, hacia zonas más habitadas.

Al cabo de pocos minutos de caminar, Hugo se dio cuenta de que una cosa era encontrarse mucho mejor en una cabaña, donde lo que hacía era descansar o, como mucho, practicar sexo desesperado con una mujer que lo volvía loco, y otra caminar a buen ritmo por un bosque de terreno irregular. No le costó imaginar que su cuerpo iba a imponerle un límite de unas pocas horas.

Seguramente sólo aguantó tres o cuatro horas, pero le parecieron doce. Caminaron en absoluto silencio, hasta que Hugo se detuvo bruscamente

porque empezó a marearse.

—Vamos a descansar un rato —dijo Laura—. Ven.

Sintió que lo rodeaba con el brazo para sujetarlo y lo guió hacia un árbol de tronco grueso y raíces que se escapaban del suelo para formar una especie de respaldo. Lo ayudó a quitarse la mochila y sentarse. Hugo apoyó la espalda y la cabeza contra el tronco y cerró los ojos, deseando que el mundo dejara de moverse. Se sobresaltó cuando algo le cayó encima.

—Es mejor que nos abriguemos. Hace frío —dijo Laura.

Acababa de echarle por encima la manta que llevaban en la mochila. La aceptó, agradecido. Siguió con los ojos cerrados, apenas consciente de qué hacía ella.

Cuando al fin empezó a encontrarse mejor y abrió los ojos, descubrió a Laura sentada a un par de palmos de él, apenas cubierta por la manta.

—Acércate.

—¿Por qué?

—Porque hace frío y así te vas a helar.

Laura abrió la boca, seguramente para protestar, pero él se le adelantó. La rodeó con sus brazos y la arrastró hacia él. La abrazó para que se apoyara en él y se envolvieron bien con la manta.

—Vale, sí, así está mejor —admitió Laura, que ya había empezado a temblar de frío.

Hugo le frotó la espalda para ayudarla a entrar en calor. Ella se estremeció.

—Gracias —susurró.

Hugo giró la cabeza para asegurarse de que estaba bien, en el mismo momento que ella le miraba a él. Se quedaron mirando en silencio.

Y, no supo cómo, un segundo después estaban besándose.

No fue un beso desesperado ni pasional, sino tierno, húmedo y largo. Se lamieron y mordisquearon los labios. Sus lenguas se tentaron con dulzura una y otra vez. Se exploraron las bocas con hambre contenida.

Hasta que Laura rompió el beso bruscamente. Lo miró unos instantes con un brillo de turbación en los ojos.

—Vamos a dejarlo —murmuró, apoyando la cabeza en su pecho.

—Sí, perdona —se disculpó Hugo.

Aunque, la verdad, no lo sentía en absoluto. Sí, era un cabrón. A estas alturas Sara seguramente ya se había enterado de su desaparición y estaría muerta de preocupación, mientras él disfrutaba como nunca de un simple

beso que le había erizado todo el vello del cuerpo.

La voz de Laura rompió su hilo de pensamientos.

—Hugo, eres un gilipollas.

14

Le pareció que Hugo se reía en silencio.

—Es la primera vez que me insultan después de un beso... tórrido.

Ahora la que se rió, a su pesar, fue Laura. En esos momentos tenía la cabeza fría y sabía que tanto el beso como ese... polvo para el que no tenía palabras con que describirlo, eran un error fruto de la tensión y el miedo. Sólo así se explicaba que, a pesar de su comportamiento en la cabaña, sólo hubiera necesitado un poco de amabilidad y un abrazo para volver a besarlo.

Y vaya beso.

No, no iba a pensar en eso. El miedo y los nervios la empujaban a pensar en esas cosas, pero no podía permitirlo.

—Tienes un mal genio de cuidado. De verdad, no comprendo que exista alguna mujer con ganas de casarse contigo. Debe de ser una santa —espetó, frustrada.

Sabía que eran palabras hirientes, pero no le importó. Tampoco le importó que fueran hipócritas, porque ella a veces también tenía sus momentos. Pero le daba igual, Hugo se merecía el comentario. Al parecer él opinaba lo mismo, porque no se defendió. Se quedó unos instantes en silencio.

—Lo sé —murmuró finalmente. Al menos no intentó excusarse. Suspiró—. Y sí, es una santa.

Laura sintió un nudo en el estómago. Seguramente por la culpabilidad. Ni la prometida de Hugo ni Javi se merecían lo que habían hecho. En esos momentos, Laura sentía que no se merecía a Javi. El bueno de Javi, que había traído estabilidad a su vida, aguantando su impulsividad, sus ramalazos de mala leche y con el que apenas discutía. En realidad, a veces se preguntaba si Javi aceptaba cosas que no le entusiasmaban sólo por no discutir con ella. Definitivamente, no se lo merecía.

Y no tenía ninguna duda de que Hugo tampoco se merecía a su novia. Sabía por qué ella había cometido la locura de acostarse con él, pero las motivaciones del policía no las tenía tan claras. Había confesado que deseaba hacer el amor con ella desde que la había visto, cuando él todavía no estaba metido en ningún apuro especial. Es decir, que era pura atracción sexual. Por lo tanto, seguramente le había sido infiel otras veces. Y Laura era otra más. Y una idiota por permitir que los ojos se le humedecieran. No debería

importarle.

—¿Cómo se llama? Tu prometida —preguntó, parpadeando con fuerza para retener las lágrimas.

Quizá, si sabía un poco más de ella, sería más real y le sería más fácil mantenerse alejada de Hugo.

—Sara.

—¿Cómo la conociste?

—Es la hermana de Adam.

—¿En serio?

—Sí. Adam y yo fuimos juntos a la academia. Sólo se llevan un par de años, así que tenían amigos comunes y solían salir juntos. Y, bueno, una cosa llevó a la otra.

—¿Se parecen mucho?

—En el físico sí. En la manera de ser, no.

—Yo no describiría a Adam como un santo, no.

Hugo rió con suavidad.

—¿Y tu novio? —preguntó entonces.

—¿Quieres saber si mi novio es un santo?

Volvió a reír.

—Me refería a cómo se llama y cómo lo conociste.

—Javi. Que sí, es un santo. En la universidad empecé a salir con un compañero de clase y fue una relación complicada. Al principio fue todo muy bonito, hasta que las cosas se torcieron. Discutíamos por cualquier cosa, él se ponía celoso a la mínima y empezó a controlarme mucho.

—Sabes que eso es un tipo de maltrato, ¿no? —preguntó Hugo con suavidad. Laura notó que se había tensado un poco.

—Sí, fue horrible. Con la mala leche que tengo te juro que pensaba que estaba a salvo de algo así —confesó ella.

—¿Te agredió? —preguntó él, todavía con más suavidad.

—No. Al final no podía más. Corté con él y dejé la universidad para no tener que verle, y cogí el primer trabajo que encontré. Y Javi era mi jefe.

—Oh, esto se pone interesante.

Laura rió entre dientes.

—Mis primeros meses allí fueron complicados, porque mi ex seguía persiguiéndome y yo, que no brillé por mi inteligencia, volvía a caer. Teníamos una relación de ahora sí y ahora no, y en el trabajo me pasaba media vida llorando. Javi se dio cuenta y me ayudó mucho, y bueno, una cosa

llevó a la otra —acabó, copiando las mismas palabras que había usado Hugo un momento antes.

—¿Te ayudó a ti o se ayudó a sí mismo? —preguntó Hugo en tono ligero.

—Mmm... Él nunca intentó nada, más bien lo asalté yo —confesó Laura.

—¿Lo asaltaste?

—En una fiesta de Navidad de la empresa. Me aseguré de que bebiera un poco más de lo habitual y procuré que llegara sano y salvo a casa.

Hugo no dijo nada, pero Laura intuía que estaba sonriendo. Ella también sonreía cada vez que recordaba cómo había conseguido empezar su relación con Javi. Aunque tampoco fue tan fácil, porque después de esa primera noche él no quiso hablar de una posible relación hasta que consiguió que Laura fuera transferida a otro departamento. Nunca en la vida se habría saltado la norma que prohibía a un responsable de departamento relacionarse sentimentalmente con un subordinado.

—¿Piensas volver a estudiar algún día? —preguntó entonces Hugo.

Ahora Laura suspiró.

—No lo sé.

—Podrías hacerlo. Seguro que se te daría muy bien.

Laura sonrió, sorprendida y halagada.

—Gracias.

Se quedaron en silencio un rato. Laura se dio cuenta de que, apoyada como estaba contra el pecho de Hugo, podía escuchar el latido de su corazón, fuerte y tranquilo. La sensación la relajó.

—Se me cierran los ojos —murmuró, al sentir que el sueño la invadía.

—Descansa un poco más. Yo no tengo sueño, estaré alerta.

—Vale —susurró Laura.

Un suspiro después, se hundió en un sueño profundo y agradable. A pesar de todo, se sentía a gusto y protegida. No soñó nada, tan sólo descansó.

Hasta que la presión del brazo que la rodeaba aumentó y una mano le cubrió la boca. Abrió los ojos, sobresaltada. Hugo aumentó la fuerza de su abrazo y la obligó a inclinar la cabeza para que le mirara. En sus ojos leyó preocupación y una advertencia para que se mantuviera en silencio. Asintió y él apartó la mano, pero siguió abrazándola con fuerza. Se inclinó para susurrarle al oído:

—He oído voces. Dos hombres.

Laura se tensó, asustada. Quizá sólo eran excursionistas que podrían socorrerlos, pero las posibilidades de que se tratara del Gordo y el Flaco eran

elevadas.

Estaba amaneciendo, así que si tenían que huir serían fácilmente visibles. Se tensó todavía más, el corazón palpitándole salvajemente en el pecho. Hugo debió de notarlo, porque le acarició el cabello casi con ternura y le dio un beso en la frente.

—Todo irá bien —susurró.

Laura asintió. Entonces ella también escuchó las voces. Estaban bastante cerca. Hugo se movió para espiar por encima de las raíces que les hacían de respaldo. En seguida volvió a esconderse, ahogando un gruñido.

—Son ellos —susurró, mientras apartaba la manta que los cubría.

Sin darle tiempo para asustarse más, la empujó con suavidad para que se levantara. Una vez de pie, la cogió de la mano y tiró de ella en dirección contraria al origen de las voces.

Laura quería correr, aunque sabía que sería peor. Y tampoco podían caminar muy rápido, porque se arriesgaban a pisar alguna rama que alertara a sus perseguidores. Tuvo que contentarse con ir de árbol en árbol tras Hugo, que cada vez que se detenían se aseguraba de que quedara bien escondida. Si hacía falta se abrazaban para ocupar menos espacio.

A pesar de sus esfuerzos, el Gordo y el Flaco se acercaban a ellos demasiado rápido. Iban conversando en voz alta, y en cierto momento pudo escuchar claramente sus voces.

—Que te digo que si se hubieran ido por la carretera los habríamos encontrado, Ricky. Y en la tele siguen hablando de su desaparición, así que tienen que estar en el bosque, cerca del camino —decía el Gordo.

—Ya, pues podemos pasarnos días barriendo el puto bosque —dijo el tal Ricky, fastidiado.

—Joder, deja de quejarte como un bebé. Metimos bien la pata al dejar que se escaparan, así que si no quieres tener serios problemas con el jefe, más nos vale encontrarlos. Calla la boca de una vez.

—Nunca se había escapado nadie de la caseta... —empezó a decir Ricky, pero se interrumpió bruscamente—. Marqués, mira.

Se escucharon pasos apresurados.

—Todavía está caliente —dijo Ricky.

Y se hizo el silencio absoluto.

Laura sabía que habían encontrado la manta, que todavía conservaría el calor de sus cuerpos. Ahora ya sabían que estaban cerca.

—Vamos a intentar llegar hasta su coche. Con suerte han dejado las llaves

puestas —le susurró Hugo al oído.

Laura asintió y dejó que el policía siguiera guiándola. Durante varios minutos caminaron, gatearon e incluso se arrastraron entre árboles, arbustos y piedras, sobresaltándose cada vez que escuchaban un ruido cercano. De manera milagrosa, consiguieron avanzar sin provocar ni un sólo crujido que delatara su posición.

Al fin, entre ramas y hojas Laura divisó un coche parado a unos cincuenta metros. Siguieron avanzando de la misma manera, hasta que un crujido demasiado fuerte y demasiado cercano los hizo frenar en seco. Hugo le agarró la mano con más fuerza.

—Corre —ordenó.

En cuanto tiró de ella, Laura echó a correr como alma que lleva el Diablo. Estaba dispuesta a llegar hasta donde hiciera falta. Primero hasta el coche y, si no tenían suerte con las llaves, seguiría corriendo hasta Tombuctú con tal de librarse de esos tipos.

Pero la carrera duró poco. De repente, una sombra se abalanzó sobre ella y unos brazos la atraparon. La mano de Hugo se le escapó y gritó mientras caía al suelo bajo un peso que le cortó la respiración. Sin embargo, se revolvió en seguida, dispuesta a atacar con uñas y dientes para liberarse del tipo que tenía encima. Era el Flaco.

—Quieta —gruñó éste.

Laura distinguió un brillo metálico en la mano del hombre. Tenía una navaja. Y se la estaba acercando a la garganta.

Intentó apartarse, aterrorizada, pero el tipo había conseguido sentarse encima suyo a horcajadas. Le sujetó la cara con la mano libre y le empujó la cabeza hacia arriba, dejándole la garganta al alcance de la navaja.

Laura sabía qué iba a pasar a continuación. Ellos querían hablar con Hugo. A ella no la necesitaban para nada, y en esos momentos sólo era una molestia. Intentó detener el brazo del hombre con ambas manos, pero tenía demasiada fuerza.

Entonces otra sombra apareció de la nada y se abalanzó sobre Ricky.

Sombra y Ricky cayeron al suelo, liberando a Laura. Se levantó de un salto para descubrir a Hugo forcejeando con Ricky para arrebatarse la navaja. Parecía que llevaba las de ganar.

—Corre, en seguida te alcanzo —dijo Hugo con la voz ronca por el esfuerzo.

Lo dijo con tanta seguridad que Laura no dudó y echó a correr. Estaba a

punto de alcanzar el coche cuando empezó a darse cuenta de que la convicción del policía no cuadraba con la situación.

Hugo estaba herido, y Ricky no.

Hugo estaba solo, mientras que Ricky tenía un socio que estaba cerca.

La verdad la abrumó. Hugo no era idiota. Era perfectamente consciente de que estaba en clara desventaja. Le resultaría difícil reducir a un hombre, y le sería imposible enfrentarse a dos.

Le había mentado para alejarla de allí, para darle una oportunidad de sobrevivir.

Posiblemente sacrificándose él por el camino.

Laura se detuvo en seco en el mismo momento que un grito de dolor casi agónico retumbó por el bosque. Sintió una opresión en el pecho, como si una mano le estuviera estrujando el corazón sin piedad.

Había reconocido la voz.

Hugo.

15

No habían sido amables. Ni iban a serlo.

Hugo estaba sentado contra el tronco de un árbol, medio inconsciente. Marqués estaba acabando de atarle las manos hacia atrás, con una cuerda que rodeaba el grueso tronco. Su socio, el tal Ricky, había ido en busca de Laura. Aunque Hugo oscilaba entre la negrura y la luz, había podido escuchar la conversación en la que consideraban que la chica no podría huir muy lejos. Ricky confiaba en atraparla pronto.

La imagen de Ricky corriendo tras una Laura aterrorizada mantenía a Hugo en tal estado de nervios que lo ayudó a no perder la consciencia y a recuperarse pronto teniendo en cuenta los golpes que había recibido.

Cuando había ordenado a Laura que corriera, prometiendo atraparla en seguida, sabía que mentía. Aunque en esos momentos parecía que estaba a punto de vencer a Ricky, sabía que Marqués no tardaría en aparecer. Por eso quería que Laura se alejara de ahí cuanto antes. Escuchó sus pasos alejarse y, tal y como había previsto, en seguida apareció el expolicía. Primero recibió una patada en la espalda que lo lanzó de bruces al suelo. Antes de poder levantarse, un pie le pisó sin piedad el navajazo de la espalda. Al lado de esto, el dolor de haber arrastrado la herida por el suelo al escapar de la caseta de herramientas no era nada. Otra patada en la cabeza lo había dejado fuera de combate.

A pesar de todo, en ningún momento había sentido el dolor de los golpes. Ni siquiera ahora. Sólo quería que Laura estuviera a salvo. Esperaba que hubiera echado a correr sin mirar atrás y siguiera en ello. Era lo que tenía que hacer.

Aunque era perfectamente consciente de lo que le esperaba a continuación, sólo podía pensar en Laura.

Escuchó unos pasos que se acercaban. El sonido provenía de la parte de bosque que él no podía ver. Se tensó y agudizó el oído. No conseguía distinguir si eran los pasos de una persona o de dos. O de una persona que cargaba con el peso de otra.

—¿Y bien? —escuchó la voz de Marqués.

—Se ha esfumado —fue la respuesta de Ricky.

Marqués gruñó, contrariado, pero Hugo nunca se había quitado un peso

tan grande de encima. Suspiró, aliviado. “Buena chica”, pensó, casi contento.

Las agradables sensaciones le duraron poco, porque ahora tuvo cabeza para centrarse en lo que venía a continuación. Sabía que Marqués y Ricky harían, le harían, lo que hiciera falta con tal de descubrir qué sabía la policía sobre el asesinato. Y cuando estuvieran satisfechos, acabarían con él.

Le habría gustado enfrentarse a la certeza de su muerte como si estuviera preparado para ello, pero no lo estaba. No era que tuviera miedo, es que estaba acojonado.

Si las circunstancias hubieran sido otras quizá se habría desmoronado en ese mismo momento, o al cabo de muy poco. Pero ahora todavía tenía una misión, algo a lo que aferrarse: tenía que proteger a Laura. Debía asegurarse de que, para Marqués y Ricky, Laura sólo era su novia. Por más daño que le hicieran, no podía revelar que había sido testigo del asesinato y que los había identificado.

Las piernas de Marqués y Ricky aparecieron delante suyo. Levantó los ojos y los descubrió mirándole como quién mira una bolsa de basura apestosa.

—Tu novia tiene las piernas largas —dijo Marqués.

Hugo se limitó a dedicarle una sonrisa torcida de suficiencia y escupió a sus pies.

—No te preocupes, ya la encontraremos —añadió Marqués—. Ahora vamos a centrarnos en lo que nos ocupa. Y podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Tú decides.

Ricky se acuclilló a su lado con una navaja en la mano y le miró con ojos muertos. En ellos no se leía ni rabia ni ganas de hacerle daño. Nada. Sólo indiferencia. Si tenía que lastimarle lo haría. Y no le temblaría el pulso.

—¿Qué hacíais en la discoteca? —preguntó Marqués.

—Estaba de vacaciones con mi novia —contestó Hugo—. ¿Hicimos algo feo y esta es vuestra manera de castigarnos? Porque me parece un poco exagerado.

Ricky le puso la mano sobre la cara y le empujó la cabeza hacia atrás con fuerza. El cráneo de Hugo impactó dolorosamente contra el tronco y se le escapó un gemido ahogado.

—Me acuerdo de ti de la Jefatura, novato. ¿Qué sabéis del asesinato?

Hugo miró fijamente a Marqués unos instantes y parpadeó dos veces.

—¿Qué asesinato?

Otro golpe contra el tronco.

—De verdad que no sé de que me hablas —insistió Hugo.

Debió de sonar muy convincente, porque le pareció que Marqués dudaba un poco. Seguramente también ayudaba que ignoraran la implicación de Laura en el caso, porque la habían tomado por su novia de verdad. Y, probablemente, no habían descubierto a Adam. Si los hubieran visto a los dos en la discoteca, Marqués no dudaría. Se alegró por Adam, eso quería decir que estaba fuera de peligro.

Sin embargo, Marqués no se dejó embargar por la duda mucho más.

—Te refrescaré la memoria una última vez —dijo—. Hace una semana mataron a un tipo en Porta. Un pringadillo que andaba metido en líos raros. Era amigo nuestro. Queremos saber quién le mató.

Es decir, que no sabían que habían matado a un policía. Si no, no se habría inventado ese embuste de pacotilla.

Hugo sabía que lo había estado haciendo mal desde el principio. Si quería parecer inocente a ojos de Marqués y Ricky, debería haberse mostrado mucho más desconcertado y asustado, pero no había sido capaz. Quizá el miedo no le dejaba pensar que toda la claridad necesaria.

Ahora tampoco se esforzó por parecer inocente. Es más, permitió que se le escapara una risa seca, incrédula y burlona.

—¿Y para preguntar eso montáis este tinglado?

Su cráneo volvió a impactar contra el tronco. A este paso, cuando acabaran con él habrían excavado un bonito agujero a base de golpes.

—Chico, ¿sabes lo que duele que te arranquen las uñas una por una? —preguntó Marqués como quién pregunta qué hora es—. Sobre todo si lo hace Ricky. Odia a los polis, ¿sabes?

Ricky le dedicó una sonrisa despiadada. La perspectiva del dolor convirtió el estómago de Hugo en algo parecido a un saco de cemento, pero se esforzó por sonreír con tanta chulería como le fue posible.

—Me gustará verlo.

Marqués, con expresión aburrida, hizo un gesto a Ricky. Éste empezó a moverse hacia la mano de Hugo, pero un fuerte crujido los paralizó a los tres.

Un animal no provocaría ese sonido. Había sonado demasiado fuerte. Más bien había parecido el delator ruido de una persona descuidada al caminar por el bosque.

El alma se le cayó a los pies. Sabía que era Laura. No había huido. O bien se había quedado y acababa de delatarse torpemente, o bien pretendía ayudarle. Fuera como fuera, no tenía ninguna posibilidad contra los dos

hombres.

Marqués asintió a Ricky, que se levantó y se alejó en dirección al origen del sonido. Quedaba a espaldas de Hugo, así que no podía ver nada. Cerró los ojos, sintiendo que las fuerzas se le escapaban. No podría soportar ser testigo de cómo le hacían daño. De repente se enfureció con ella por no hacerle caso. Tenía que haber seguido corriendo, ya debería estar a quilómetros de allí.

—Si es tu novia, cantarás como un gorrión —dijo Marqués, dedicándole una mirada maliciosa.

—No te creas, desafino mucho —dijo Hugo, intentando parecer indiferente. Pero se le rompió la voz, y Marqués lo notó.

Hubo unos instantes de silencio absoluto.

Entonces escucharon un fuerte golpe, seguido de un gemido y el sonido de un cuerpo que caía al suelo.

De nuevo, silencio.

—¿Ricky? —llamó Marqués.

No hubo respuesta.

—¿Ricky?

Marqués frunció el ceño. Llevó su mano hacia atrás y, de la parte trasera de su pantalón, extrajo una pistola. Tenso y atento, desapareció por el mismo lado por donde había ido su socio.

En cuanto se quedó solo, Hugo empezó a forcejear con las cuerdas en un intento desesperado por liberarse. Pero le habían atado a consciencia y, por más que tiró, sólo consiguió que las cuerdas se le clavaran en la piel.

Entonces escuchó un golpe parecido al anterior, seguido de un gruñido de Marqués y, un segundo después, de un medio grito de Laura.

El corazón de Hugo dio un vuelco.

—No no no... —masculló.

Habría podido explotar de la impotencia. Siguió luchando con todas sus fuerzas contra las cuerdas, notando que le desgarraban la piel y empezaba a sangrar, mientras de fondo escuchaba los claros sonidos de una lucha que ganaría Marqués. Laura no estaba entrenada en defensa personal, no tenía nada que hacer.

Y entonces escuchó los claros gorgoteos de una persona siendo estrangulada. Una mujer. Los músculos de Hugo casi gritaban de dolor por los esfuerzos que hacía por liberarse. Era inútil.

—¡Marqués, si la matas no te contaré nada! —gritó, fuera de sí.

Entonces escuchó otro golpe.

Un objeto duro impactando contra carne y hueso.

Una roca impactando contra una cabeza.

De nuevo, se hizo el silencio.

Hugo jadeó, incapaz de asumir lo que acababa de suceder.

Escuchó pasos acelerados.

Y las cuerdas que lo sujetaban se soltaron, como si alguien las hubiera cortado desde atrás.

Un segundo después, Laura apareció gateando a su lado. Agotada, con un golpe reciente en el pómulo y unas horribles marcas enrojecidas en la garganta. Pero viva. Y con una navaja y unas llaves en la mano.

Al verla, Hugo fue invadido por una mezcla explosiva de sentimientos. Alivio. Miedo a perderla. Rabia contra Marqués y Ricky. Furia contra ella por ponerse en peligro.

—Tengo las llaves del coche —dijo con la voz ronca—. El móvil y la pistola no, pero tenemos que irnos, están volviendo en sí.

Hugo se tragó todas las emociones que lo sacudían y se levantó. Todavía con las cuerdas colgándole de las muñecas, cogió a Laura de la mano y corrieron hacia el coche.

—Las llaves —pidió.

—¿Puedes conducir? —preguntó ella entre jadeos.

—¡Las llaves! —gruñó, furioso.

Laura le entregó las llaves. Ya estaban muy cerca del coche.

Detrás suyo, se escuchó una pequeña explosión. Los dos se agacharon de manera instintiva, pero ni se detuvieron ni miraron atrás. Hugo vio como un pequeño agujero aparecía en la puerta trasera del vehículo.

Otro disparo.

—¡Sube detrás y agáchate! —ordenó a Laura.

En cuanto alcanzaron el coche, ella obedeció sin rechistar y él se sentó en el asiento del conductor. Mientras metía la llave en el contacto, de reojo vio a Marqués y Ricky corriendo hacia ellos. El expolicía apuntaba el arma hacia ellos.

Hugo arrancó el motor, puso primera y aceleró. Las ruedas derraparon sobre la tierra y el coche salió despedido hacia delante, mientras fuera todavía se escuchaban varios disparos más.

Al fin, se alejaron de los hombres. Hugo sabía que debería sentirse aliviado. Estaban huyendo en un coche, que les daba una clara ventaja respecto a sus perseguidores. Estaban muy cerca de poder considerarse casi a

salvo.

Y aún así, él seguía poseído por todos esos sentimientos que danzaban en su interior de forma huracanada.

16

Laura se quedó tumbada un buen rato en el asiento trasero, recuperándose de la carrera y de la lucha con Marqués.

Había sido fácil atraer a Ricky con un ruido y dejarlo fuera de combate con esa rama tan gruesa que había encontrado, pero al ver que el Gordo llevaba una pistola había tenido que dar preferencia a desarmarlo. Y casi la asfixia por el camino. Suerte que en el último momento había podido alcanzar una piedra y golpearlo con todas sus fuerzas.

Observó a Hugo mientras conducía el coche a toda velocidad. Estaba muy tenso, con los ojos fijos en el camino que tenían delante.

—¿Estás bien? —preguntó de repente, brusco.

—Sí.

Hugo asintió muy levemente y siguió conduciendo en silencio. Laura supuso que quería concentrarse en la conducción casi temeraria, pero tenía la sensación de que algo no iba a bien.

Puesto que Hugo había hablado, supuso que ya era seguro incorporarse. Asomó poco a poco la cabeza por encima del asiento y espió el bosque que dejaban atrás. Efectivamente, ya no había rastro de los dos hombres. Suspiró, aliviada.

Se medio levantó con la intención de pasar al asiento delantero, pero la mano de Hugo la detuvo.

—Quédate detrás.

—Pero si ya no están.

—¡Quédate detrás! —repitió, enfadado—. Y abróchate el cinturón.

Laura obedeció, demasiado sorprendida como para hacer otra cosa. Observó a Hugo y concluyó que era mejor no decir nada. Sin embargo, acabó fijándose en las cuerdas que todavía llevaba atadas en las muñecas.

—¿No quieres que te quite las cuerdas?

Hugo se las miró, como si acabara de darse cuenta de que estaban ahí.

—¿Tienes la navaja?

—Sí.

—Dámela —dijo, estirando el brazo hacia atrás, sin mirarla.

Laura se la entregó con el mango por delante y observó cómo cortaba las cuerdas con cuidado. Cuando cayeron, descubrió que tenía las muñecas

cubiertas de heridas del roce de las cuerdas. Parecía que en algún momento había intentado liberarse con desesperación. Tragó saliva, preguntándose si le habían hecho tanto daño como para provocarle esa reacción.

Estaba confusa. Sólo había tenido tiempo de actuar y no de pensar, así que no había imaginado cómo podría ser el reencuentro con Hugo. En caso de haber podido hacerlo, la actual actitud del policía habría quedado excluida de sus opciones. No comprendía el silencio, ni la furia que le palpitaba bajo la piel.

Se mantuvo en obstinado silencio durante los minutos que siguieron. Al fin abandonaron el camino de tierra del bosque y se encontraron en otra carretera de tierra. Y, poco después, llegaron a una carretera secundaria asfaltada. Era solitaria como todo este culo del mundo, pero Laura no pudo alegrarse más de ver el asfalto. Era sinónimo de civilización y, por lo tanto, sinónimo de ayuda.

De repente se escuchó una explosión, como si alguien hubiera reventado una bolsa de plástico gigante llena de aire. El coche bailó de izquierda a derecha, pero Hugo lo controló con facilidad.

—¡Venga ya! —gritó, todavía más enfadado que antes, mientras detenía el vehículo.

—¿Hemos pinchado? —preguntó Laura, incrédula. No podía creerse que tuvieran tan mala suerte.

—¡Quédate aquí! —le medio gritó.

El policía bajó del coche y se dirigió al maletero. Lo abrió y, durante largos segundos, trasteó entre las cosas que había dentro. Laura se giró con la intención de observarlo sin disimulo, pero en esos momentos la cubierta del maletero se lo impedía.

De repente, Hugo cerró el maletero con tanta rabia que el coche se tambaleó. Estupendo, eso quería decir que faltaba o bien la rueda de repuesto o bien el gato. O ambas cosas.

Hugo se quedó unos instantes quieto. Parecía a punto de explotar de la frustración. Se pasó la mano por la cara, pero en seguida se centró y observó a su alrededor. Después caminó hacia la puerta trasera y la abrió.

—Baja. Nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó Laura mientras descendía del vehículo.

—Allí hay una casa, vamos a ver si tenemos suerte. Creo que Marqués y su socio ahora estarán huyendo en dirección contraria, pero por si acaso esconderemos el coche.

Laura descubrió la parte superior de una casa que sobresalía entre los árboles y las curvas de la carretera. Lo que no vio era dónde esconder el coche. A un lado de la carretera había la pared de la montaña, al otro lado una pronunciada cuesta repleta de rocas, arbustos y algunos árboles.

—Aquí —dijo Hugo, señalando la cuesta.

En otras circunstancias Laura se habría reído, porque eso se podía definir más como despeñar un coche que esconderlo, pero la furia apenas contenida del policía le aconsejaba mantener la boca cerrada en cuanto a bromas se refería.

Hugo quitó el freno de mano del coche y, entre los dos, lo empujaron fuera de la carretera. El vehículo pareció caer cuesta abajo a cámara lenta, al menos al principio. Poco a poco fue ganando velocidad, rebotando peligrosamente contra el suelo, hasta que se perdió entre una franja de arbustos altos. No lo vieron detenerse, pero lo escucharon estrellarse contra el tronco de un árbol que se inclinó un poco hacia atrás, y ahí se quedó.

—Me alegra no estar ahí dentro —murmuró Laura.

Hugo no hizo ningún comentario. Se limitó a agarrarla por el codo y guiarla rápidamente en dirección a la casa. A Laura no le gustó que la sujetara así, porque le hizo sentir que había hecho algo malo. Era casi como si fuera un policía llevándose a una detenida. Molesta, tiró bruscamente del brazo para liberarse. Sin embargo, Hugo la agarró de nuevo. Ella intentó zafarse otra vez, pero él la sujetó con más fuerza y no se lo permitió. Forcejearon durante unos segundos, durante los cuales Hugo no se dignó a hablar o mirar a Laura, hasta que ella se rindió.

Vale, si era más feliz tratándola como a una niña pequeña, allá él. Aunque ahora ella también empezaba a sentirse bastante rabiosa.

Nadie respondió al timbre de la casa. Esta vez sólo tuvieron que romper el cristal de una ventana de la planta baja y ya estaban en un salón grande y bien equipado. En cuanto los dos pusieron los pies en el suelo, lo vieron a la vez: un teléfono fijo.

—Aleluya —susurró Laura.

Quiso cogerlo para comprobar si tenía línea, pero Hugo volvió a agarrarla por el codo, la condujo hasta una butaca y la obligó a sentarse. Laura se quedó ahí quieta, demasiado consternada como para protestar. Hugo se sentó en el sofá, al lado del teléfono, y lo descolgó. Un pequeño suspiro de alivio le indicó que había línea.

El policía marcó un número y esperó. Al otro lado contestaron en seguida.

—Adam, soy Hugo.

A Laura le pareció escuchar el grito emocionado de Adam al otro lado de la línea.

—Sí, estamos bien. Bastante magullados pero bien —una pausa—. No tengo ni idea de dónde estamos. En una casa, en el norte. Te aparece el fijo desde el que te llamo, ¿no?

Hubo una larga pausa. Laura imaginó que Adam ya estaba poniendo las cosas en marcha, empezando por buscar la dirección a la que pertenecía el teléfono desde el que llamaban. La policía no tendría problemas en averiguarlo.

—Los dos tendremos que pasar por el hospital. Sí... Tranquilo, no nos moveremos de aquí. Gracias, tío.

Hugo cortó la llamada y devolvió el teléfono a su sitio. Después se recostó hacia atrás mientras se frotaba los ojos en un gesto de cansancio.

—Buscarán la unidad de policía más cercana y los enviarán a buscarnos —informó a Laura, manteniendo los ojos cerrados.

Ella se lo quedó mirando, alucinada por su actitud. Al cabo de un minuto que se le hizo eterno, no pudo más.

—Hugo, ¿qué coño te pasa? —espetó.

Él abrió los ojos y la miró. Se inclinó hacia adelante para hablar.

—La próxima vez que te dé una orden, la obedeces.

Ahora Laura todavía alucinó más.

—¿De qué estás hablando?

—No es tan difícil. ¿Qué te he dicho cuando nos han descubierto? “Corre”. Si yo digo “corre”, tú corres y punto. Es una orden muy sencilla.

Laura estaba empezando a indignarse. Mucho. No le gustaba la dirección que estaba tomando la conversación. Se levantó de golpe, sintiendo que empezaba temblar de la rabia. Intentó contenerse.

—¿Qué pasa, tu ego de macho alfa se siente amenazado?

Hugo también se levantó. Volvía a estar furioso. Cuando habló, elevó la voz.

—Ni macho alfa ni hostias. Te recuerdo que soy policía y tú eres una testigo protegida a mi cargo. Tu seguridad es mi responsabilidad. Si te doy una orden, tú la obedeces.

Laura observaba a Hugo anonadada. No lo comprendía. No comprendía su enfado, no comprendía de dónde salía toda esa furia contenida. Y no estaba segura de estar comprendiendo bien las implicaciones de las palabras de

Hugo. Se dio cuenta de que ahora también le temblaban las manos. Caminó arriba y abajo, intentando serenarse, pero no lo consiguió. Al hablar, casi gritó.

—Estás diciendo que tenía que irme... ¿Y dejar que te mataran?

—Laura, ¿te has visto la garganta?

—Hugo, ¿te has visto a ti mismo? Estás vivo, ¿verdad? —vociferó.

—¿Sabes lo que te has arriesgado regresando? ¡Podrían haberte matado!

—¡Pero no lo han hecho!

—¡Esa no es la cuestión!

—¡Claro que sí!

Estaban hablando a gritos, literalmente. Laura no podía creerse lo que escuchaba. Se acercó a Hugo, que no se movió de donde estaba. La miró, desafiante.

—¿Me estás diciendo que, sabiendo que iban a matarte, tenía que dejarte allí? ¿Eso es lo que me estás diciendo? ¿Vas en serio?—gritó, dándole un empujón.

Hugo apretó la mandíbula y tardó unos instantes en hablar. Cuando contestó ya no habló a gritos, pero aún así estaba enfadado. Su tono era peligroso.

—Hay momentos en los que no toca hacerse la valiente.

—¿La valiente? ¡¿Quién coño está hablando de hacerse la valiente?! —gritó Laura.

Se calló antes de hablar demasiado. Porque lo último que podía explicar en esos momentos era que no se trataba de ser valiente o cobarde, sino de que cuando había escuchado el grito agónico de Hugo, como un augurio de su muerte, había sentido que el corazón y el alma se le partían en dos, ahogándola, haciéndole desear morir ella también. No sabía cómo habría actuado si no la hubieran asaltado esos sentimientos tan intensos, y no comprendía de dónde salían, pero la cuestión era que estaban ahí, y no había podido ignorarlos.

Pero dejando eso de lado, lo que no conseguía comprender era que Hugo le echara la bronca por salvarle la vida. ¿Desde cuando eso era algo malo?

Nunca se había sentido tan confusa y tan furiosa. Era demasiado, no podía poner su cabeza en orden. Y, lejos de tranquilizarse, su ira aumentó hasta que explotó.

—¡NO PUEDO MÁS! —gritó como nunca había gritado.

Le faltó el aire y se le nubló la vista. Tenía que salir de allí. En el fondo,

sabía que era una imprudencia, que era lo último que debía hacer, pero necesitaba alejarse. No podía estar tan cerca de Hugo ni un segundo más.

—Me largo —dijo.

Caminó hacia la ventana por donde habían entrado, que tenía muy cerca. Sólo era consciente de la existencia de la ventana, su salida, su escapatoria. No percibía nada más a su alrededor, ni imágenes, ni sonido, ni aire, ni objetos. Nada, sólo su vía de escape.

Cuando estaba a punto de encaramarse a la ventana, los brazos de Hugo la rodearon, atrapándole los suyos y apresándola contra su pecho. Laura se revolvió.

—Suéltame.

—No.

—¡Suéltame!

Laura intentó liberar los brazos sin éxito. Intentó apartarse de él. Intentó patearle e intentó morderle. Pero la había capturado en un abrazo de hierro y era demasiado fuerte para él.

—¡He dicho que me sueltes!

Hugo le habló al oído. Sólo susurró, pero su voz rebosaba tanta ira como la suya.

—No.

Hugo sintió cómo la frustración invadía a Laura. Ahora sí, empezó a revolverse con auténtica rabia. Tuvo que reconocerle que parecía una auténtica fiera. Empujó con los brazos e intentó liberarse a base de tirones, impulsándose con las piernas.

En otras circunstancias le habría costado contenerla, pero en esos momentos él también sacaba fuerzas de la rabia y Laura no conseguiría hacerle ceder ni un sólo milímetro. Así que ya podía patear lo que quisiera, que sus gruñidos y jadeos le indicaban que tardaría muy poco tiempo en quedar agotada. Bien, de eso se trataba.

Seguía furioso con ella. Por existir. Por ponerle la cabeza patas arriba. Por hacerlo sentir así, al borde del abismo. Por haberse puesto en peligro de muerte. Por pretender, ahora, alejarse así de él, poniéndose en peligro otra vez. Porque mientras estaba atado al árbol, convencido de que Marqués estaba a punto de acabar con su vida, sentía que le estaban arrancando el alma.

Esa horrible sensación ya había desaparecido, pero había sido reemplazada por otra igual de desgarradora. El corazón se le había empezado a resquebrajar, camino de romperse en mil pedazos, porque ya no creía que lo que sentía por ella fuera consecuencia de la presión o una simple atracción sexual. Ya no tenía las cosas tan claras respecto a su futuro. Respecto a Sara.

En cambio, Laura ya había dejado clara su opinión sobre la cuestión. Para ella, él sólo era un error. Por eso no podía explicarle por qué se había enfadado tanto con ella. ¿Para qué? ¿Para volver a tener la misma hiriente conversación?

Volvió a centrarse en mantenerla apresada, aunque ya le empezaba a costar menos. Laura estaba perdiendo las fuerzas. Poco a poco, sus tirones e intentos de liberarse fueron haciéndose más débiles, hasta que se rindió. Se quedó laxa entre sus brazos y se apoyó contra su pecho, exhausta.

Hugo no la soltó. Era astuta, y podría estar tendiéndole una trampa para que bajara la guardia y aprovechar para escabullirse. Así que se recostó contra la pared con ella entre sus brazos. Pasaron varios minutos en esa posición, en silencio, recuperando la respiración. El enfado, la frustración y la tensión de ambos seguía allí, pero al menos ya no luchaban.

A pesar de todo, y a su pesar, Hugo empezó a ser muy consciente del cuerpo caliente y suave de Laura. Del olor de su cabello, del aroma de su piel. Volvió a tensarse, aunque esta vez por otro motivo.

La deseaba.

Se endureció mientras lo asaltaba una necesidad que, aún y reconociéndola como un vestigio cavernícola, no pudo controlar. La quería para él. Suya. Y que el mundo lo supiera y lo supiera ella.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, hundió la nariz en su cabello y aspiró. Aflojó la fuerza de su abrazo y ella no intentó liberarse, sino que se aferró a sus brazos. Ese gesto lo excitó todavía más y acabó de perder el control. Con ella siempre era así, no conseguía controlarse.

Sus labios descendieron por la larga línea de su cuello, donde fue depositando besos cada vez más urgentes. Al final, no pudo controlarse y le dio un mordisco controlado. Laura jadeó, arqueó el cuerpo y le clavó los dedos en la piel de los brazos.

Las manos de Hugo adquirieron vida propia y empezaron a acariciar el cuerpo de Laura. Ella levantó un brazo para apoyar la mano en su nuca, giró la cabeza y se besaron con urgencia. Se invadieron la boca el uno al otro mientras se les aceleraba la respiración.

La mano izquierda de Hugo se perdió debajo de la camiseta de Laura y se apoderó primero de un pecho y después del otro. Los amasó sin delicadeza y pellizcó los pezones erectos. Mientras tanto, la mano derecha se deslizó por el vientre de Laura, hacia abajo, y se introdujo entre su piel y sus braguitas. Alcanzó y cubrió su sexo con la mano y presionó, excitándose todavía más por el estremecimiento que la sacudió. La acarició unos instantes, para finalmente separar sus labios con los dedos y buscar el clítoris. Primero lo rodeó con caricias, pero cuando puso un dedo encima y lo movió con cuidado, Laura gimió, le arañó la piel y frotó el trasero contra su erección.

No sabía si había sido un gesto consciente o no, pero fue demasiado para Hugo y el instinto primitivo que en esos momentos lo dominaba. Se puso en movimiento y la empujó hacia el mueble que tenían más cerca: la mesa del salón. Ella comprendió sus intenciones y apoyó las manos en la superficie de madera, inclinándose un poco, y permitió que él le desabrochara con impaciencia los pantalones desde atrás. Todavía con más impaciencia se los bajó junto a las braguitas y, mientras ella se los acababa de quitar junto a los zapatos, él se desabrochó los suyos, se medió bajó los calzoncillos y liberó su miembro hinchado y endurecido.

Hugo casi tenía problemas para pensar. En su mente sólo existían Laura y su calor. Un calor que ansiaba, que necesitaba para sobrevivir, y sólo lo encontraría dentro de ella.

La empujó para que apoyara el cuerpo en la mesa, la agarró por las caderas y tiró de ella para que las elevara. Con las rodillas la obligó a abrir más las piernas, y con una mano guió su erección hacia su entrada. En cuanto la punta la encontró, se hundió en ella de golpe, en una sola dura y profunda embestida. Gritaron a la vez, y Hugo se quedó unos instantes quieto, enterrado hasta los testículos, para que ambos pudieran recuperar el aliento. Aprovechó para acariciar la espalda perfecta de Laura y disfrutar de la sensación de poseerla. “Mía”, gritaba su parte primitiva. Pero sabía que esa posesión tenía una fecha de caducidad muy cercana, y volvió a enfurecerse.

Empezó a poseerla, saliendo casi del todo de su interior, para volver a hundirse rápido hasta el fondo. Cada vez que entraba de nuevo en ella, sus músculos lo envolvían y apretaban con fuerza, provocándole espasmos de placer que se expandían por todo su cuerpo. Le sujetó las caderas con fuerza contra la mesa, para que no pudiera moverse y sólo él tuviera el control.

Marcó un ritmo continuado pero no demasiado rápido, maravillándose de ser capaz de aguantar durante varios gloriosos minutos. Disfrutaba de cada centímetro del interior sedoso y húmedo de Laura mientras los dos gemían, jadeaban y gritaban. Sus cuerpos se cubrieron de sudor y, de nuevo, Hugo pensó que nunca había experimentado tanto placer con otra mujer.

Cuando sintió que no podía mantener más ese ritmo, que necesitaba acelerar, cogió la mano de Laura y la guió hacia su sexo para que se acariciara. Quería asegurarse de que llegaba al clímax, quería escucharla gemir descontrolada mientras la acababa de hacer suya.

Sus embestidas empezaron a ganar velocidad, arrancándoles nuevos gemidos.

—Más fuerte —jadeó ella.

Y Hugo no pudo hacer otra cosa que dárselo, porque quería y porque la petición lo enloqueció. Se hundió en ella rápido y duro, con golpes secos, una y otra vez, y escuchó el sonido de sus cuerpos al chocar y los crujidos de la mesa. Se deleitó con la respiración y los gritos de Laura, que subieron de tono hasta que ella se tensó y sus músculos interiores lo apresaron con tanta fuerza que él también se corrió, en una explosión de placer tan intensa que llegó a ver destellos blancos ante los ojos. Mientras se derramaba en su interior sintió una euforia animal. Era como si la estuviera marcando. Para él.

Sólo para él.

Se relajaron de golpe, jadeantes, sudados y agotados, Hugo de nuevo sorprendido porque un orgasmo pudiera llegar a ser... así. No sólo tan extremo, también llenándolo con una sensación de plenitud que nunca había sentido.

Se movió un par de veces más dentro de Laura y se apoyó sobre su espalda. Disfrutó de su respiración entrecortada y de tenerla así atrapada. Pero pronto lo invadió un regusto amargo, porque sabía que duraría poco.

Efectivamente, Laura no tardó en intentar incorporarse. Hugo salió de ella y se apartó para permitirselo. Ella, sin girarse para mirarlo, recogió sus braguitas y sus pantalones y se dirigió al baño.

Hugo la observó alejarse mientras se recomponía la ropa, todavía recuperando la respiración. Se sentó en una silla y observó la puerta del baño, intentando combatir la amargura y la desolación que regresaban con más fuerza que antes.

Por segunda vez en dos días podía decir que acababa de echar el mejor polvo de su vida, pero se maldijo por haber perdido el control. Laura se había alejado sin decir nada, sin mirarle, lo que quería decir que no estaba bien. Seguramente se arrepentía de lo que había sucedido.

Y ahora no sabía qué hacer. Suponía que ella no quería verlo ni en pintura, pero él quería ir a buscarla. Hablar con ella, abrazarla, ayudarla a sentirse mejor. Lo asaltó el pensamiento de que también quería muchas cosas más respecto a ella, pero lo apartó de su mente. No era el momento de pensar en eso.

—A la mierda —se dijo.

Aún a riesgo de que lo echara a patadas, se dirigió hacia el baño y llamó a la puerta.

—Laura.

No hubo respuesta.

—Abre la puerta, por favor.

—Vete —dijo ella—. Quiero estar sola.

Normalmente Hugo respetaba esas peticiones, pero ese día y en ese momento no fue capaz de hacerlo. Probó suerte con la puerta y, para su sorpresa, ésta se abrió.

Laura estaba de pie, apoyada contra la pila. Todavía iba vestida sólo con la camiseta, que le cubría hasta medio muslo. Intentando ignorar lo sexy que estaba, se concentró en su rostro. Parecía a punto de llorar, de venirse abajo.

Le dedicó una mirada de fastidio, pero no hizo ni dijo nada para echarlo.

Hugo se sintió mal. Estaba así por su culpa. Si él no se hubiera comportado como un desagradecido, recriminándole a gritos que lo hubiera rescatado, las cosas no habrían llegado tan lejos. Y no habría echado un nuevo mejor polvo de su vida, cosa de la que no estaba seguro de arrepentirse.

Debió de quedarse mirándola en silencio más rato de lo que le pareció, porque de repente Laura resopló.

—¿Qué quieres, Hugo? ¿Has venido sólo para quedarte ahí mirando? —dijo con la voz rota.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? —preguntó ella con la vista clavada en el suelo.

—Haberme enfadado tanto porque has vuelto a buscarme.

Entonces Laura se echó a llorar, y Hugo se sintió todavía más culpable. Se acercó e intentó abrazarla, pero ella le puso las manos en el pecho para detenerlo. Él le acunó la cara con las manos, secándole algunas lágrimas con los pulgares.

—Si te hubieran hecho daño, no me lo habría perdonado nunca —intentó justificarse.

Laura siguió llorando e intentó apartarle las manos, pero él no se lo permitió. No podía. No mientras estuviera así.

—Déjame, por favor.

—No.

—Por favor —suplicó ella, llorando todavía más.

Hugo ya no pudo más y la abrazó con fuerza. Laura parecía querer apartarse mientras le apoyaba la cabeza en el pecho para sollozar desconsolada.

—Nunca he sido infiel. Ni a Javi ni a nadie —confesó—. Nunca he hecho algo así, no entiendo qué me pasa.

Hugo la abrazó todavía con más fuerza, sintiendo el peso de la culpa con ella. Le partía el corazón verla así.

—Lo siento —dijo, sin saber muy bien por qué se disculpaba.

Laura suspiró y se relajó un poco entre sus brazos.

Entonces Hugo escuchó de nuevo el comentario de Laura. “Nunca he hecho algo así, no entiendo qué me pasa”.

Y si... ¿Y si a Laura le pasaba lo mismo que a él, pero todavía no había conseguido identificarlo?

Un rayo de esperanza le calentó el pecho. ¿Podría ser que...?

—Laura —dijo.

—¿Qué?

Hugo se apartó de ella y volvió a acunarle el rostro. Le apartó algunos cabellos y le secó las lágrimas. La miró a los ojos. Ojalá pudiera leerlo en su mirada, sin tener que arriesgarse a preguntar y recibir una respuesta devastadora. Pero los ojos de Laura estaban llenos de confusión, y ahora también curiosidad.

—¿Qué? —repitió en un susurro.

Hugo apartó la mirada de esos ojos azules en los que podría perderse y la paseó por el resto de ese rostro perfecto. Incluso llorosa y confusa era perfecta. De hecho, todavía le resultaba más apetecible.

Dios, qué hermosa era.

Y esos labios parecían haber sido hechos para tentarlo.

Quería besarla.

Necesitaba besarla.

Iba a besarla.

—¿Hay alguien ahí? —llegó una voz desde el salón.

Tanto Laura como Hugo se asustaron tanto que dieron un respingo y se apartaron bruscamente el uno del otro.

—Policía local. ¿Inspector Casas? —añadió la voz.

Se miraron con expresión culpable, como si los hubieran sorprendido haciendo algo prohibido.

—Ya voy —gritó Hugo para que lo escucharan. Después dijo a Laura con suavidad: —Vístete.

Dicho esto, salió del baño y cerró la puerta detrás suyo.

La patrulla de la policía local había venido acompañada de dos ambulancias. Los técnicos sanitarios les hicieron una primera revisión y aplicaron algunas curas a sus heridas. Dadas las circunstancias, los encontraron en bastante buen estado. No se salvarían de pasar unos días en el hospital, pero no se opusieron cuando Hugo insistió en que les ingresaran en la ciudad en vez del centro más cercano. Así estarían más cerca de casa y podrían ver a sus familias antes.

Laura creía que el agotamiento la vencería durante el viaje, pero no se durmió. En el asiento trasero del vehículo de la policía local que los trasladó, se concentró en observar el paisaje de densos bosques que los rodeaba. Hugo iba a sentado a su lado, pero apenas intercambiaron dos palabras. Él también iba sumido en sus pensamientos.

Se sentía muy extraña. Le parecía que, dadas las circunstancias, debería estar contenta, feliz de que al fin la pesadilla hubiera acabado. Sin embargo, aunque sin duda se sentía aliviada, también se sentía vacía y triste. No sabía el motivo.

Cuando al fin llegaron al hospital, se estaba haciendo de noche. Laura estaba agotada, y un rápido vistazo a Hugo le confirmó que él se sentía igual. Pero el descanso tendría que esperar, porque en cuanto bajaron del vehículo, se escucharon varios gritos. Un grupo de personas corría hacia ellos. Laura distinguió a sus padres, a Lidia y a Javi. También vio a Adam, y a una mujer muy guapa, menuda y de aspecto dulce. Tenía que ser Sara.

No pudo pensar en mucho más, porque sus padres y Lidia se le echaron encima para abrazarla. Todos a la vez, con tanto ímpetu que estuvieron a punto de caerse al suelo en un lío de brazos y piernas. Laura no pudo evitar sonreír, aunque se le escapó un gemido dolorido. Estaba demasiado magullada como para aguantar muestras de afecto tan efusivas.

—Señores, conténganse, por favor. ¿No ven el estado de la muchacha? — los regañó una de las enfermeras que habían salido a recibirlos.

—¡Pero está viva! —chilló Lidia, incapaz de contener el llanto.

—Venga, venga, apártense.

Al fin, Laura pudo mirar a Javi, que se había mantenido a dos pasos de distancia y la observaba con preocupación. Pero cuando sus miradas se

cruzaron, sonrió, claramente feliz. Sus padres y Lidia la soltaron y él lo aprovechó para acercarse y abrazarla con suavidad.

—Hola, preciosa.

—Ey.

—Vaya susto nos has dado.

—Lo sé, lo siento.

—Ni se te ocurra disculparte. ¿Cómo estás?

—Ahora bien.

Javi era alto y delgado, pero su abrazo protector le sentó bien y cerró los ojos. Cuando los abrió descubrió a Hugo hablando con gesto tierno a una llorosa Sara, pero mirándola a ella. Sintió una punzada en el pecho, como si hubiera algo en esa imagen que no estuviera bien, y recordó lo bien que le habían sentado los abrazos de Hugo. La culpabilidad la invadió por pensar en esas cosas y por el recuerdo de haberle sido infiel a Javi, y apartó la mirada, incómoda.

Adam observaba a Hugo y Sara con una gran sonrisa en los labios. Como si hubiera notado su mirada, desvió los ojos hacia ella y le guiñó un ojo. Laura le sonrió y saludó levemente con la mano.

En ese momento las enfermeras se cansaron de esperar y ordenaron a los familiares que los dejaran en paz y se dirigiesen a la sala de espera. Hugo y Laura tenían que ser ingresados, visitados por los médicos de guardia y descansar. En cuanto tuvieran asignada una habitación los avisarían.

A partir de ese momento, el cansancio sí se apoderó de Laura.

Apenas fue consciente de la revisión médica, y sólo escuchó vagamente que se quedaría un par de días ingresada mientras la mantenían en observación y le hacían algunas pruebas. Una amable enfermera la condujo hasta su habitación y la ayudó a ducharse y a ponerse el pijama que Javi le había traído. En cuanto su cabeza tocó la almohada, se sumió en un sueño profundo, negro, libre de sueños.

Cuando despertó, descubrió a Javi sentado a su lado, en una silla. Estaba despeinado y tenía aspecto de estar agotado.

—Buenas tardes —sonrió al verla abrir los ojos.

—¿Tardes?

—Son las seis de la tarde.

Laura intentó desperezarse, pero le dolía todo el cuerpo.

—¿Y has estado aquí todo el rato? —preguntó.

—Tus padres y Lidia también. Hace un rato he conseguido que se fueran a

casa a descansar.

—Tú deberías hacer lo mismo.

—No pienso moverme de aquí.

Las palabras provocaron un nuevo pinchazo de culpabilidad en Laura, que no pudo contener las lágrimas.

—Oh, Javi...

Él se apresuró a acercarse a ella y la ayudó a incorporarse para abrazarla.

—Ya pasó, cariño. Ahora estás a salvo —dijo él, malinterpretando el motivo de sus lágrimas—. Además, hay un policía en tu puerta.

—¿En serio?

Javi asintió.

—Mañana o pasado te darán el alta y podremos volver a nuestra vida tranquila, ¿vale?

Laura asintió, pero se le hizo un nudo en el estómago. Pensar en regresar a su vida se le hacía extraño. No estaba segura de quererlo. Empezó a encontrarse mal.

—Javi, vete a casa a descansar. Y esta noche no hace falta que os quedéis, sigo tan cansada que me pasaré la noche durmiendo.

—No quiero irme.

Laura se dio cuenta de que no iba a disuadirlo. Una semana antes su decisión le habría enternecido, pero ahora... Sólo conseguía agobiarla más.

—Necesito estar sola un rato. Por favor —susurró.

Javi la miró, sorprendido y extraño. Intentó esconderlo, pero Laura leyó en sus ojos que lo había herido. Sin embargo, asintió y empezó a levantarse.

—Claro —dijo.

—Lo siento, Javi, es que ha sido todo tan intenso que...

Él le dio un beso en la frente.

—Lo entiendo. No tienes que hacerlo ahora, pero algún día puedes contarme qué ha sucedido. Seguro que te ayudará.

Laura asintió, esforzándose por disimular el temblor que se había apoderado de sus manos al pensar en contar a Javi qué había pasado esos días. Seguro que se le escaparía algún detalle, seguro...

Javi le pidió que si necesitaba cualquier cosa lo llamara, se despidió y se marchó. Sin quejarse, siempre solícito, siempre poniéndola a ella por delante. Había querido estar sola, pero no estaba segura que le gustara que Javi hubiera insistido tan poco en quedarse.

Entonces se echó a llorar. Lloró todas las lágrimas que no había

derramado esos días, y añadió unas cuantas más por cómo se sentía ahora.

Vacía.

Y mala persona, porque cuando veía a Javi sólo conseguía percibirlo como un buen amigo, no como su futuro marido. Y, de nuevo, regresaba la culpabilidad, porque la realidad era que echaba de menos a Hugo. Sus brazos fuertes y protectores. Su mala leche. Su tozudez. Él no se habría ido aunque se lo hubiera pedido cien veces.

No, no podía hacer eso. No podía comparar a Javi y Hugo, sólo lo empeoraría todo.

Había creído que, cuando todo se acabara, todas las cosas que el policía removía en su interior se acallarían.

Aunque tampoco podía esperar que sucediera de golpe, ¿no? Ni siquiera había vuelto a casa. Estaba en el hospital, magullada, y todavía no sabía qué había sido de Marqués y Ricky.

Ese era el problema, que todavía no había cogido suficiente distancia. En cuanto reemprendiera su vida normal, todo volvería a ser como siempre.

Sí, eso era.

Se levantó, fue al baño y se aseó un poco. Cuando salió, alguien llamó a la puerta y la abrió un poco.

—¿Se puede? —dijo una voz conocida.

—Sí, pasa —dijo Laura, nerviosa.

La puerta acabó de abrirse y Hugo entró. Le dedicó una sonrisa y a Laura le pareció que la habitación se iluminaba de golpe y su estúpido corazón saltó de alegría.

—Buenos días, Bella Durmiente. He venido a verte un par de veces pero dormías —dijo.

La escrutó de arriba abajo, deteniéndose unos instantes en las marcas que tenía en la garganta.

—¿Cómo estás? —preguntó, con la voz un poco rota.

—Bien, aunque me duele todo —dijo Laura, intentando comportarse con naturalidad.

Regresó a la cama y se sentó.

—¿Tú cómo estás?

—Me siento como si tuviera noventa años —dijo Hugo, dejándose caer pesadamente en la silla.

En realidad, con la de golpes -y el navajazo- que había recibido, a Laura le maravillaba que pudiera tenerse en pie.

—Acabo de hablar con Adam —dijo Hugo de repente—. Han detenido a Marqués y su socio cuando cruzaban la frontera.

Laura suspiró, aliviada.

—Por cierto, ¿qué le pasó a Adam?

—Nada. Fue a dar una vuelta por la discoteca y cuando nos buscó después ya no nos encontró.

Laura asintió.

—¿Y ahora qué pasará?

—Cuando te den el alta tendrás que ir a identificarlos y a prestar declaración en comisaría para contar todo lo sucedido —explicó Hugo—. En cuanto a Marqués y el otro, no puedo darte detalles de la investigación, pero puedes estar tranquila.

Laura asintió y se quedaron unos instantes en silencio. Se rascó la cabeza, incómoda.

—Vale, tengo que preguntarte algo —soltó, notando que enrojecía.

—Dispara.

—Cuando preste declaración... ¿Tengo que contarlo todo, todo? —dijo, sin atreverse a mirarle. Esperaba que comprendiese a qué se refería.

Hugo se removió en la silla y carraspeó. Lo había entendido.

—Haremos lo que tú prefieras —respondió.

—Yo no quiero contarlo —dijo Laura demasiado rápido. Recordar los besos, las caricias, la increíble sensación de tener a Hugo dentro, le estaba subiendo la temperatura del cuerpo—. Además, tú podrías tener problemas, ¿no?

—Puede, pero eso no importa.

—Bueno, pues no lo contemos y todos contentos.

Hugo abrió la boca para replicar algo, pero se detuvo. La observó durante unos segundos con una mirada extraña, pero parpadeó y desapareció.

—Cambiando de tema. ¿Tienes planes para esta noche?

Laura miró a su alrededor.

—Aburrirme como una ostra, supongo.

—Estupendo, yo también —dijo él con una sonrisa pilla. Del bolsillo de su pantalón de pijama extrajo una baraja de cartas—. He buscado un tablero de parchís por todo el hospital, pero me he tenido que conformar con esto. ¿Hace una partida?

Laura no pudo evitar sonreír.

—Claro.

Hugo se levantó lentamente de la silla y gruñó.

—Dios, creo que voy a romperme.

—Anda, abuelete, deja de quejarte.

—Podrías tener piedad de mí, mujer —dijo, dejándose caer en el otro extremo de la cama, de manera que el centro de la misma les hiciera de mesa de juego.

—No sé si te lo mereces.

Hugo resopló, fingiéndose indignado, y empezó a barajar las cartas. Laura sonrió con cierta inquietud. Estaba muy cómoda conversando así con Hugo. Demasiado.

—¿Qué juego te gusta? —preguntó él.

—Póker —respondió sin dudar.

Hugo enarcó una ceja, interesado.

—Así que póker, ¿eh? No tenemos con qué apostar.

—Lo haremos con dinero imaginario.

—Eso le quita toda la gracia al póker, pero qué le vamos a hacer —dijo Hugo con un suspiro resignado—. Prepárate. Esta vez no podrás esconder ningún dado traicioneramente para salvar el pellejo.

Durante más de una hora, se concentraron en el juego. Laura no recordaba haberse reído nunca tanto jugando al póker. Ni a ningún otro juego de cartas o de mesa. Empezó dándole una buena paliza a Hugo, pero después él remontó y acabó debiéndole diez mil euros.

—Bueno, ahora que me debes diez mil euros creo que me retiraré.

—Pues si esperas que te pague vas listo. En estos momentos mi única posesión es el pijama que llevo puesto, y no pienso dártelo.

—Por cierto, bonito pijama —dijo él, burlón.

—¿Qué le pasa? —preguntó Laura, extrañada, observando el pijama.

—Laura, es de ositos.

—¿Y?

—¿No te queda un poco lejos la época de los Osos Amorosos?

—A mí me parece sexy.

—¿Sexy?

—Ya sabes. Angelito por fuera, demonio...

Laura se interrumpió al ver la expresión con la que Hugo la miró. Parecía que iba a saltarle encima en cualquier momento.

No podía creerse que se hubiera relajado tanto como para llegar a decir algo así.

—Perdón, no debería haber...

—Voy a cortar con Sara.

Laura lo miró, boquiabierta.

—¿Qué?

Hugo no repitió sus palabras. No hacía falta. Se limitó a clavarle la mirada.

—¿Eso acabas de decidirlo ahora?

—No. Hoy he tenido tiempo para pensar.

—¿Pero por qué? —preguntó ella, que no conseguía salir de su asombro.

Hugo tardó unos instantes en contestar, pero seguía mirándola fijamente. Parecía estar debatiéndose en una lucha interna. Tragó saliva y, por un momento, pareció asustado.

—Estoy enamorado de ti —soltó de golpe.

Laura se levantó de un salto y se apartó un par de pasos de la cama, como si la distancia pudiera borrar las palabras que acababa de escuchar. No esperaba que dijera eso. No necesitaba que dijera eso.

Hugo se frotó la cara, como si estuviera cansado y desesperado a la vez.

—Me enamoré de ti en cuanto te vi, Laura —dijo, casi resignado.

Ahora la que estaba asustada era ella. Se le había puesto la piel de gallina y el corazón le iba a mil por hora.

—Sólo hace cuatro días que nos conocemos.

—Lo sé, lo sé. Ya sé que no tiene ningún sentido, ni siquiera me parece razonable, pero... es así. Estoy seguro que recuerdas que el primer día no fui especialmente amable contigo. No fue porque estuviera de mal humor, sino que desde el primer momento quería... —la señaló con un gesto vago de la mano, sin mirarla—, y esa era mi manera de intentar resistirme. Y es cierto que tengo mal genio, pero cuando lo has sufrido estos días siempre ha sido por el mismo motivo.

—¿Qué motivo? —preguntó Laura estúpidamente, porque en realidad no quería escucharlo.

—Te... deseaba y me parecía incorrecto. No quería enfrentarme a la realidad.

—¿La realidad?

Otra pregunta estúpida, pero no conseguía controlar su boca y se le escapaban.

—Casarme con Sara es un error —dijo Hugo, mirándola fijamente—. Quiero estar contigo.

Laura no estaba preparada para enfrentarse a una declaración de amor, o lo que fuera, de Hugo. Porque eso significaba que ella también tendría que enfrentarse a unas emociones y pensamientos con los que no se sentía cómoda.

—Hugo, creo que te estás precipitando. Hemos vivido una experiencia traumática y...

Él le dedicó una sonrisa amarga.

—Me colgué de ti en cuanto te vi —dijo—. Eso fue bastante antes de que la experiencia traumática empezara para mí. En mi caso, no puedo considerar que mis acciones sean fruto de la tensión.

Se quedaron mirando durante un buen rato. Él estaba a la expectativa de su reacción. Laura era muy consciente de que había dicho “en mi caso”, esperando que ella aclarara su postura sobre el tema.

A ella todo esto le parecía una locura. Porque, aunque en esos momentos quisiera lanzarse a los brazos del hombre que tenía delante, le parecía una irresponsabilidad echar por la borda tres años de relación con Javi por alguien a quien apenas conocía. Además, ¿y si lo hacía pero después la cosa no funcionaba? Eso sí que sería cagarla bien cagada.

Hugo debió de leer la respuesta en su cara, porque asintió levemente. Parecía decepcionado.

—Ayer me dijiste que nunca habías sido infiel a nadie, que no comprendías qué te pasaba.

Laura negó con la cabeza. No podía ir por ahí. Eso era manipular las cosas para confundirla.

—Vale. Sólo contéstame a una pregunta.

Hugo se levantó de la cama y caminó hacia ella. Laura retrocedió hasta que chocó contra la pared y no pudo seguir apartándose de él. Hugo se detuvo a sólo un paso de ella.

—¿Alguna vez el sexo había sido tan intenso para ti?

Laura sólo miró fijamente a Hugo, desafiante. Se negaba a contestar esa pregunta.

—Entonces contéstame otra pregunta.

La mano de Hugo se había posado en su nuca. No sabía cómo ni cuándo había llegado allí.

—¿Alguna vez los besos te habían derretido por dentro?

Hugo la atrajo hacia él y se apoderó de sus labios. Los lamió y los mordisqueó hasta que consiguió que los abriera para tomar posesión también

de su boca. Fue tierno pero meticuloso, y no dejó ningún rincón sin explorar. Y Laura no pudo resistirse, porque de nuevo se encontró disfrutando del calor húmedo del policía, del sabor dulce e intenso de su boca.

—Quiero que seas feliz —susurró contra sus labios—. Aceptaré tu decisión, pero no quiero que cometas un error del que acabes arrepintiéndote.

Volvió a besarla, esta vez con más ardor e impaciencia. Laura sintió de nuevo esa explosión de deseo, la necesidad de acercarse a Hugo y fundirse con él. Levantó los brazos para rodearle las espaldas, pero se detuvo a mitad de camino. Apoyó las manos en su pecho y lo empujó con suavidad para apartarlo. Cuando rompió el beso, los dos jadeaban.

—Este es el error —dijo.

19

¿Qué esperaba? Laura ya le había dicho que, en su caso, sólo había sido la necesidad de consuelo lo que la había empujado a sus brazos. Una manera de sobrellevar los traumáticos eventos.

Sinceramente, le costaba creerla. O quizá era que se resistía a hacerlo, pero no tenía claro si Laura estaba segura de su respuesta o si estaba hecha un lío y no se atrevía a enfrentarse a la situación. En cualquier caso, su respuesta había sido clara.

No.

La última vez que había llorado, Hugo todavía era un niño. Ni siquiera le había cambiado la voz. Esa noche, cuando regresó a su habitación del hospital y se acostó, tenía ganas de llorar. Era una sensación extraña. Y desagradable. Nunca se había sentido así por una mujer. Por nadie. Tenía el corazón encogido y el sólo pensamiento de no volver a besarla ni tocarla le provocaba un poco de ansiedad y un desconsuelo difícil de digerir.

Sara había tenido el detalle de traerle sus auriculares y un móvil nuevo con toda su música. Se enchufó a los cascos y puso la música a todo volumen, esperando que los berridos del cantante le ayudaran a pensar en otra cosa que no fuera los labios de Laura. Su piel suave. Sus pechos llenos. Su sonrisa traviesa. Su descaro.

Fue una noche muy larga.

A media mañana del día siguiente le dieron el alta. Se acercó a la habitación de Laura para despedirse, aunque en el fondo sabía que deseaba verla una última vez y, de paso, comprobar si por casualidad había cambiado de idea. Aunque eso nunca lo admitiría.

La puerta de la habitación estaba medio abierta y le llegó el sonido de dos voces conversando apaciblemente. Abrió la boca para pedir permiso para entrar, pero unas palabras de Javi, al que había conocido el día anterior, lo detuvieron.

—... no hace falta forzar nada. Dadas las circunstancias, me parece más que razonable posponer la boda un tiempo, hasta que estés del todo recuperada —decía en un tono suave.

Hugo se quedó petrificado, a la expectativa de la respuesta de Laura. Asomó un poco la cabeza, y los descubrió tumbados en la cama, uno delante

del otro, mirándose. Javi le acariciaba el cabello con ternura.

Hugo reprimió una punzada de celos, y a su pesar tuvo que admitir que el tal Javi parecía un buen tipo. Atractivo, seguro de sí mismo. Se preocupaba mucho por ella. Aunque le había parecido un poco soso para Laura. Le faltaba sentido del humor, algo de espontaneidad.

—No quiero posponer la boda —fue la respuesta de Laura.

A Hugo le cayó el alma a los pies.

Volvió a hacerse la misma pregunta que el día anterior: “¿Qué esperabas?”. Ella ya le había dado una respuesta, ¿por qué iban a cambiar las cosas?

Se fue sin despedirse.

Un rato después, Sara llegó para llevarlo a casa. Su más que obvia felicidad era directamente proporcional a la culpabilidad de Hugo. Ella estaba más que feliz, mientras que él no podía sentirse más miserable, en todos los sentidos.

De camino a casa, en el coche, Sara le estuvo contando algo sobre una entrevista de trabajo, pero apenas le prestó atención. Estaba perdido en sus pensamientos, dudando sobre qué hacer.

Si Laura no iba a cancelar su boda, ¿porque debería hacerlo él? Al menos tendría a Sara, que le quería y siempre quería complacerle.

La observó de reojo.

Esa facilidad de carácter era lo que al principio le había gustado tanto de ella, pero ahora le parecía... insuficiente. ¿De verdad la había querido alguna vez? ¿No sería que ella le había ofrecido una comodidad demasiado buena para rechazarla? ¿No se habría aburrido a la larga? Porque él ahora echaba de menos que le retaran, que se mofaran de él.

A pesar de todo, el cariño que sentía por Sara era incuestionable. Quizá llegaría a ser suficiente...

No, no podía hacerle esto. Aceptarla como un segundo plato sería cruel y despiadado, porque desde el primer día él estaría pensando en otra mujer y la relación no tardaría en venirse abajo.

En cuanto entraron en casa y cerraron la puerta, Hugo dijo las palabras que no le apetecía pronunciar, porque desatarían un infierno al que preferiría no enfrentarse:

—Sara, tenemos que hablar.

Tres largas horas después, Sara se fue a casa de Adam cargada con dos maletas, los ojos rojos de tanto llorar, la incomprensión marcada en el rostro

y abrumada por el desconsuelo. Cerró la puerta con tanta energía que las ventanas del piso temblaron.

Era la primera vez que la escuchaba dar un portazo.

Hugo se sentía un mierda y estaba hecho una mierda. Encendió el televisor para evadirse viendo el programa ese donde unos locos se encerraban en una casa durante semanas. Últimamente estaba interesante, porque había dos que se llevaban como el culo y se pasaban el día discutiendo, gritando y sufriendo algún que otro ataque de histeria. Muy interesante, sí.

Una hora después, el timbre sonó con tanta insistencia que pareció que acabaría reventando. Hugo apagó el televisor y fue a abrir. Ya sabía quién era.

—Hola, Adam.

Su mejor amigo (aunque no estaba seguro de conservarlo después de esto) entró en el piso como una exhalación. Ni siquiera saludó. Caminó unos instantes arriba y abajo por el salón, nervioso, como si intentara ordenar sus pensamientos.

—¿Qué coño ha pasado, Hugo? Tengo a Sara en casa, llorando a moco tendido, diciendo que ya no quieres casarte con ella.

Adam siempre había sido muy protector con Sara, así que verla en ese estado seguramente le había afectado bastante.

—Es cierto.

Su amigo le miró con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¿Pero qué dices? ¿Así, de golpe?

Hugo abrió la boca para contestar, pero sólo le salió un suspiro. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Tampoco le parecía prudente explicar toda la verdad a su amigo.

—Hugo, lo de estos días ha sido muy jodido. Seguro que sólo necesitas descansar y desconectar un poco para aclararte las ideas.

Hugo volvió a suspirar.

—En realidad, lo de estos días me ha ayudado a poner las cosas en su sitio. Y me he dado cuenta de que algunas las había enfocado mal.

—¿Te refieres a Sara?

—Sí.

Adam lo observó con los brazos cruzados sobre el pecho y la misma expresión de incomprensión que Sara. Cada segundo que pasaba, Hugo se agobiaba más. No quería tener esta conversación.

—Lo siento mucho, Adam. No por ti, sino por Sara. Sé que ha sido de

golpe y que soy un cabrón, pero mejor ahora que dentro de un tiempo y que entonces sea mucho peor.

Su amigo no replicó. Seguía observándolo, con la mandíbula apretada y tensa. Lo estaba estudiando, y a Hugo no le gustó. Estaba leyendo a través de él.

—¿Esto tiene algo que ver con Laura?

—¿Por qué tendría que ver con ella? —preguntó Hugo, más a la defensiva de lo que le habría gustado.

Maldita sea, lo estaba haciendo muy mal.

—No lo sé, llámale intuición policial. Además, ayer fui a verla y la encontré rara.

—¿Rara cómo? ¿Le ha crecido un pino en la nariz?

Ahora Adam se puso en jarras, como si se estuviera dando cuenta de algo que no le gustaba.

—Adam, no tiene nada que ver con Laura, ¿vale? Ella va a casarse y cada uno seguirá con su vida.

No se dio cuenta de su metida de pata hasta que acabó de pronunciar las palabras con tanta amargura que le quemaba la garganta. Adam abrió los ojos como platos.

—¿Te la has follado?

—No quiero seguir con esta conversación —dijo Hugo, caminando hacia la puerta.

—Dios, te la has follado.

Hugo abrió la puerta, pero Adam la cerró la golpe.

—¿Así que nosotros aquí, creyendo que os habían cortado el cuello, mientras vosotros estabais follando como conejos?

—No fue así. Y eres la última persona sobre la faz de la Tierra que puede darme lecciones de moralidad, Adam.

—Tienes razón —admitió—. Pero esto sí puedo hacerlo.

Y le dio un señor puñetazo.

Hugo trastabilló hacia atrás, dolorido, y sintió el sabor de la sangre en la boca.

—¿Qué pasa, te da rabia no haber sido tú por una vez? —espetó, furioso.

El segundo puñetazo lo estampó contra la pared y le hizo ver puntitos blancos incluso con los ojos cerrados.

Ahora sí, Adam se fue. Y Hugo se sumió en las peores dos semanas de su vida.

No se arrepentía de haber cortado con Sara. Había hecho lo correcto. Sin embargo, eso no le hacía sentir menos culpable.

Adam le retiró la palabra, pero tuvo que hablar varias veces con Sara, que siempre acababa llorando, para cancelar la boda.

Tuvieron que avisar a la iglesia, al restaurante, al DJ, a los invitados. A muchos de éstos últimos tuvieron que devolverles regalos y dinero que les habían ingresado. Otra parte del dinero, el que se había adelantado en reservas, lo perdieron. Aunque toda esta parte casi fue la más fácil. Él se encargó de casi todo y lo agradeció, porque como todavía estaba de baja se mantenía ocupado.

La parte más difícil fue hablar con la familia más cercana, con aquellos que se atrevían a preguntar: ¿Por qué? Y como Hugo se negaba a dar toda la información y sólo explicaba que lo sucedido durante la operación le había hecho darse cuenta “de cosas”, la incomprensión y la incredulidad provenientes del otro extremo de la línea telefónica se palpaban claramente. Su tío le espetó que lo sucedido le había provocado la crisis de los cuarenta antes de tiempo. Fue el único que lo dijo en voz alta, pero seguro que no era el único que pensaba eso o algo parecido.

Todo esto iba a alimentar chismorreos entre familia y amigos durante años. Y eso que no había contado toda la verdad. Porque si se le hubiera ocurrido confesar a alguien que se había enamorado a primera vista con una testigo a su cargo, los cotilleos y las malas miradas lo perseguirían el resto de su vida.

También se encontró con las mejores amigas de Sara por la calle. Le llamaron de cabrón para arriba, pero aguantó el chaparrón estoicamente.

Y luego estaba la ausencia de Laura. Durante el día intentaba no pensar en ella y no lo conseguía. Por las noches soñaba con ella. Cuando le tocó ir a comisaría a identificar a Marqués y Ricky y a prestar declaración, procuró no coincidir con ella. Tampoco con Adam, porque conocía a su amigo y todavía le dolía la mandíbula de los dos puñetazos. Si recibía otro no estaba seguro de que los huesos aguantaran en su lugar.

En sus visitas a comisaría acabó de enterarse de los detalles del caso. Marqués y Ricky trabajaban para una gente que se dedicaba al tráfico de cocaína y tenían la sede en la discoteca Kisses. En un intento por adentrarse en el terreno de la trata de personas, tuvieron un enfrentamiento con una banda rival que mató a uno de los suyos. Como represalia, ellos mataron a un miembro de la otra banda, que resultó ser el policía infiltrado. Una represalia

que les salió muy cara, porque el grupo entero quedó desmantelado. Y el testimonio de Laura ni siquiera sería imprescindible, así que ella estaba fuera de peligro. En cualquier caso, su nombre no sería revelado en el juicio.

Un viernes, recibió una llamada de Linares para que se pasara un momento por comisaría para firmar unos documentos atrasados. Al entrar se encontró cara a cara con Adam. Su amigo le dedicó una mirada asesina.

—Hola. Vengo a firmar unos papeles y me largo —explicó Hugo.

Procuraba aparentar indiferencia, incluso desgana, pero estaba atento por si tenía que esquivar un golpe.

Adam siguió observándolo y su mirada se suavizó un poco.

—Tienes un aspecto horrible, tío —dijo, casi como se alegrara.

—Gracias. ¿Me dejas pasar, por favor?

Adam no se movió. Lo observó, pensativo, hasta que suspiró y su expresión pasó a ser compasiva.

—Ayer vino Laura —dijo.

—Ah.

—Se casa mañana.

—Mmm.

—Seguía rara.

—Ya.

—¿Quieres saber dónde se casa?

—No.

El muy cabrón se lo dijo igualmente. Y la hora.

—¿Cómo está Sara? —preguntó cuando ya se despedían.

—No tienes derecho a pronunciar su nombre. Si vuelves a hacerlo te partiré la cara. Otra vez.

—Vale.

Esa noche, Hugo no durmió. Y por la mañana, hizo lo que sabía que no debía hacer. Maldijo a Adam por haberle dado la información. Todavía no tenía claro si lo había hecho para torturarlo como venganza o por intentar ayudar de alguna manera.

Se coló en la abarrotada iglesia cuando todos los invitados ya habían entrado y estaban esperando a la novia. Se quedó en un lateral, apoyado en una columna. Quería verla cuando entrara.

Javi ya estaba esperando, tranquilo, relajado.

Al cabo de unos minutos hubo algo de revuelo en la puerta y los músicos contratados para la ocasión empezaron a tocar. Javi vio algo que lo hizo

sonreír.

Entonces Laura entró en la iglesia y el corazón de Hugo se encogió. Estaba preciosa. Sólo podía describirlo así.

Le había tocado asistir a las bodas de bastantes amigos y siempre le había parecido que los novios, a pesar de los nervios, estaban radiantes. De felicidad, suponía.

Laura no estaba radiante pero, maldita sea, que lo colgaran si no era la novia más hermosa que había visto nunca.

Y no podía quedarse a ver cómo se casaba con otro.

20

Laura avanzaba por el pasillo de la iglesia agarrando con fuerza al brazo de su padre.

—Niña, me estás cortando la circulación —le susurró, dolorido.

—Perdón.

Procuró aflojar los dedos. Era un saco de nervios.

Había decidido clavar los ojos en Javi. La miraba con una sonrisa reconfortante que la tranquilizaba. En esos momentos, sólo existían el brazo de su padre, que evitaba que se cayera, y la sonrisa de Javi, que la ayudaba a seguir adelante.

¿Por qué estaba tan nerviosa?

¿No se suponía que el día de su boda las novias, a parte de histéricas, estaban felices?

Pues parecía que ella sólo tenía espacio para los nervios.

Empezó a sentir la presencia de un tercer elemento que la descentró un poco. Estaban el brazo de su padre, la sonrisa de Javi y... una mirada.

Bueno, la iglesia estaba abarrotada, era normal que se sintiera observada.

Pero no era eso. Era una sola mirada. Intensa.

Sólo necesitó mirar un momento de reojo para reconocerlo. El cabello castaño casi rubio. Los ojos verdes.

Dios qué guapo era. Incluso tan despeinado y con esa cara de pocos amigos.

Maldita sea.

Las paredes que se había esforzado por construir alrededor de sus dudas a lo largo de las dos últimas semanas empezaron a desmoronarse. “No, no. Quedaos dónde estabais”, ordenó.

El brazo de su padre.

La sonrisa de Javi.

Eso era lo único que importaba.

¿Qué hacía Hugo ahí?

Recordó cómo habían sido las dos últimas semanas.

Básicamente, raras.

Había intentado mostrarse alegre, como si estuviera contenta de que todo hubiese acabado y estuviera regresando a su vida normal, tan sólo pendiente

de ir a testificar en el juicio. Pero por dentro, tenía la sensación de estar nadando en aguas estancadas, en las que acabaría ahogándose si no encontraba una manera de abandonarlas.

En realidad, la mayor parte del tiempo se sentía melancólica. Le apetecía sentarse en el sofá, hacerse un ovillo y no pensar ni hacer nada. No pensar en Hugo, al que echaba de menos.

Demasiado.

Cuando no conseguía disimular ante Javi y éste la abrazaba para reconfortarla, pensaba que ojalá fueran los brazos de Hugo los que estuvieran envolviendo. Y se sentía horriblemente culpable, porque Javi no se lo merecía. La quería. Y desde que había vuelto a casa, la trataba como a una reina, procurando que estuviera cómoda, abrazándola cuando tenía pesadillas. Ni siquiera habían hecho el amor. Una noche intentó animarla, pero ella se puso nerviosa y le dijo que todavía no podía. Lo respetó y no había vuelto a insistir.

No le había contado a nadie toda la verdad sobre lo que había sucedido en el bosque con Hugo, ni siquiera a Lidia. Aunque las veces que había ido a comisaría y se había encontrado con Adam, tuvo la sensación de que lo sabía. Mantenía una distancia inusual en él y había un destello acusador en su mirada. Un día no pudo aguantarse y le preguntó por Hugo.

—¿Cómo está?

Adam la miró con mala cara.

—Soltero de nuevo.

Su estúpido corazón dio un vuelco. Carraspeó, incómoda, e intentó disimular.

—Ahá. Me refería a si ya está recuperado.

—Ya. Bueno, como no le pudieron coser la herida de la espalda tendrá que tener paciencia hasta que cierre bien, pero a parte de eso está bien.

En ese momento Laura se fijó en que Adam llevaba una férula en la mano derecha.

—¿Y a ti qué te ha pasado?

—Le di un par de hostias a un cabrón —dijo, mirándola fijamente.

Laura tragó saliva. Vale, sí, Adam sabía qué había sucedido. Y no tuvo ninguna duda de que el cabrón que había sido el blanco de su ira no era otro que Hugo.

—¿Cómo está tu hermana?

—Pues cómo quieres que esté —contestó Adam, todavía mirándola

fijamente.

Laura empezó a incomodarse, porque la mirada del policía era demasiado inquisidora.

—Ya me imagino, ya. Bueno, me voy.

—Oye, te casas pronto, ¿verdad? —preguntó Adam de repente.

—Sí, el próximo sábado.

—Pues que vaya muy bien. Debes de estar muy contenta, ¿no? —dijo, sin apartar los ojos de ella.

Laura compuso la sonrisa alegre que había estado utilizando los últimos días.

—Sí, claro. Bueno, ya nos vemos —dijo, y se fue de allí rápidamente, con la sensación de que acababan de radiografiarla.

Después de esta conversación con Adam, decidió que ya estaba bien de tanto dudar y tanta melancolía. Javi no se merecía esto. Así que procuró mantenerse muy ocupada para no pensar ni en Hugo ni en todas esas engorrosas dudas. Así sólo conseguiría hacerse daño a sí misma y a Javi.

Pero ahora acababa de ver a Hugo en la iglesia y todas las dudas regresaron de golpe.

Giró la cabeza para volver a mirarlo, pero ya no estaba. ¿Se lo habría imaginado?

La posibilidad de habérselo imaginado la inquietó. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Su cerebro le estaba enviando algún tipo de señal?

Tenía que centrarse. Estaba el brazo de su padre y... ya no sabía en qué tenía que fijarse para seguir avanzando.

¿En la sonrisa traviesa de Hugo?

Ay, madre, no era posible que estuviera pensando esas cosas.

Era la sonrisa de Javi. Eso era. Y el brazo de su padre.

Volvió a enfocar la vista y vio a Javi, que seguía sonriendo, pero con una ceja levantada. Debía de haber notado que pasaba algo.

Y entonces, al mirarlo de nuevo, se dio cuenta de que no podía casarse con él. No quería hacerlo.

“Ay, madre, la que he liado”, se dijo, de repente aterrorizada.

—¿Laura? —susurró la voz de su padre.

Laura se dio cuenta de que se había detenido.

—¿Pasa algo? —preguntó su padre, preocupado.

Miró a Javi. Miró a su padre. De repente fue más consciente que nunca de que la iglesia estaba llena de gente. A rebosar. Los invitados la miraban

confundidos. Se escuchó algún que otro susurro. La músicos volvieron a empezar a tocar la canción desde el principio, porque la novia todavía no había llegado al altar.

Empezó a marearse. Quizá acabaría desmayándose de la impresión. Bien pensado, era una buena manera de salir de allí sin pasar tanta vergüenza.

Pero la voz preocupada de Javi se lo impidió.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Te encuentras bien?

Ni siquiera lo había visto acercarse.

—¿Podemos hablar?

Javi parecía confundido, pero se limitó a asentir. Y ante la mirada estupefacta de todos los invitados, abandonaron la iglesia.

El cura les prestó su despacho para que pudieran hablar a solas.

—¿Qué pasa, Laura?

Laura temblaba como una hoja.

—No puedo hacerlo.

—¿Necesitas unos minutos?

—No es eso.

Javi empezó a comprender. La observó, receloso, y apoyó las manos en el respaldo de una silla.

—Vale. Te pregunté si querías que pospusiéramos la boda hasta que...

—No puedo casarme, Javi. Ni ahora... ni más adelante.

El silencio cayó entre ellos como una losa. Javi agarraba el respaldo de la silla con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Era la única señal externa de una emoción que mostraba.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó finalmente.

—No quiero.

De nuevo ese pesado silencio, durante el cual Javi no apartó los ojos de ella. Parecía enfadado, pero a la vez irritantemente tranquilo.

—Y no vas a cambiar de idea, ¿verdad?

Laura negó con la cabeza.

—Entonces ya está todo dicho, ¿no?

—Lo siento, Javi, yo... Lo siento —dijo Laura, incapaz de aguantar las lágrimas.

Era una persona horrible. A pesar de la actitud calmada de Javi, sabía que lo había herido. Mucho.

Alguien llamó a la puerta y la abrió. Sus respectivos padres y Lidia entraron en el despacho.

—¿Va todo bien? —preguntó la madre de Javi.

—No hay boda —dijo Javi.

Cinco pares de ojos no saltaron de sus órbitas con un sonoro “¡pop!” sólo porque era físicamente imposible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el padre de Laura como si le faltara el aliento.

Javi miró a Laura.

—Encárgate tú de arreglar este embrollo —espetó, y se fue.

Era la primera vez en la vida que Javi era borde con Laura.

Durante treinta segundos, nadie dijo nada.

Entonces Laura se puso a llorar a moco tendido. Lidia se le acercó.

—Laura, ¿seguro que no hay boda?

Ella negó entre sollozos.

A partir de ese momento, Laura sólo fue vagamente consciente de lo que sucedía a su alrededor. Lidia encargó a los progenitores de los novios la bonita tarea de anunciar a los invitados que la boda había sido cancelada. Aunque lo más probable era que celebrasen el banquete igualmente, porque pagarlo habría que pagarlo. Después la arrastró hacia la calle, la metió en su coche y empezó a conducir. Durante todo ese rato Laura no dejó de llorar. Y lo hizo al menos durante media hora más.

—Soy una mala persona —consiguió decir finalmente.

—No creo —dijo Lidia—. ¿Qué ha pasado, Laura?

—Pues que tenías razón, no quería casarme con Javi.

—Ya, pero en la iglesia te ha cambiado la cara de repente. ¿Qué ha pasado?

—He visto a Hugo.

Lidia frunció el ceño.

—¿Hugo? ¿Quién es Hugo? —preguntó, confusa—. Oh, un momento. ¿Hugo el policía cañón con el que estuviste dos días desaparecida?

Laura cogió aire, intentando serenarse. Sin embargo, las lágrimas seguían brotándole de los ojos de manera descontrolada. Y de vez en cuando se le escapaba un sollozo.

—¿Laura?

—Hay algo que no te he contado.

—Madre mía. Empiezo a imaginarme por dónde van los tiros. Desembucha.

Y Laura se lo contó absolutamente todo. Cuando acabó, Lidia estuvo un

buen rato con la boca abierta, incapaz de hablar.

—¿Cómo no me habías contado algo así? —consiguió gritar finalmente.

—¡Llevaba tres años con Javi y con Hugo sólo había pasado cuatro días! Estas cosas no pasan.

—¿El qué? ¿Los flechazos?

—Sí.

—¿Estás segura? —dijo Lidia, pero no le dio tiempo para contestar—. No puedo creerme que no me lo contaras. ¡Te habría convencido para cancelar la boda! ¡Al menos posponerla!

—Bueno, lo siento, es que...

—Al menos le habrías evitado el mal trago a Javi. Será un soso y nada adecuado para ti, pero no se lo merece —dijo Lidia, provocándole otro ataque de culpabilidad.

—Soy una mala persona.

—No, pero le has hecho una faena.

Laura se echó a llorar otra vez durante cinco minutos más.

—Vale, ya está —dijo, cuando consiguió parar.

—¿Y ahora qué quieres hacer? ¿Quieres ir a buscar a Hugo?—preguntó Lidia.

Laura suspiró y se lo pensó.

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

Laura no pensaba ir a buscar a nadie el mismo día que había plantado a Javi en el altar. Además, estaba hecha un lío. En la iglesia se había dado cuenta de que no quería casarse con Javi, pero no tenía claros sus sentimientos hacia Hugo. No sabía si quería algo con él o si se trataba sólo de atracción física. Y no sólo se trataba de eso, sino que tenía la sensación de que había más cosas en las que debería pensar.

En conclusión, que no sabía qué iba a hacer con su vida. Así que, definitivamente, no era el momento de lanzarse a los brazos de nadie. Tenía que distanciarse, pensar y aclararse.

Se dio cuenta de que estaban en las afueras de la ciudad.

—¿A dónde vamos? —preguntó, extrañada.

—¿Recuerdas esa despedida de soltera que se quedó a medias?

—No tiene gracia.

—Bueno, llámale despedida de no-boda, vacaciones o lo que quieras, pero

voy a sacarte unos días de la ciudad. Te vendrá bien.

21

Laura consultó la dirección que tenía anotada en el móvil. Estaba en el número correcto.

Estaban a mediados de septiembre y, aunque ya eran las ocho de la tarde, todavía hacía calor. Por eso se había puesto un vestido ligero. Sin embargo, ahora que había llegado a su destino se estremeció de frío.

Después de darse un par de meses para pensar, había llegado a la conclusión de que los flechazos podían existir. Aunque había intentado tomar distancia, seguía pensando en Hugo. Lo echaba mucho de menos. Así que, a pesar de los nervios y el miedo, se decidió a visitarlo para ver qué pasaba. Intentar averiguar cómo estaban las cosas entre ellos. Porque era consciente de que, al fin y al cabo, había dejado pasar un tiempo y quizá él había pasado página. Sólo de pensar en ello se le encogía el estómago, pero estaba dispuesta a correr el riesgo de llevarse una decepción.

El edificio era nuevo y estaba equipado con un portero automático con cámara. Temió que al verla no le permitiera subir, pero tuvo suerte: justo cuando se acercaba para llamar al timbre, una pareja salió, les explicó dónde iba y la dejaron pasar.

Subió hasta el tercer piso y se acercó a la puerta quince. Cogió aire para armarse de fuerzas, lo soltó y llamó al timbre.

Dios, el corazón se le iba a salir por la boca en cualquier momento.

Al otro lado, escuchó unos pasos que se acercaban.

Y después del corazón vomitaría el hígado.

La puerta se abrió.

Sí, tras el verano, su cabello castaño casi rubio había cogido un tono adorable. Estaba moreno, así que los ojos verdes resaltaban en ese rostro perfecto. Y... en fin, que estaba tan bueno como siempre. La estaba observando con los ojos muy abiertos.

—Laura —dijo.

Al escuchar su voz aterciopelada, Laura se dio cuenta de también la había echado mucho de menos.

—Hola —dijo, esforzándose por sonreír y parecer tranquila.

“¿Puedo lanzarme a tus brazos y devorarte aquí mismo?”, quería añadir, pero le pareció un poco excesivo. En realidad, en esos momentos se sentía tan

vulnerable que era incapaz de ser tan descarada como siempre.

—Entra —dijo Hugo, apartándose para dejarla pasar.

Él no le devolvió la sonrisa.

—Gracias.

Laura entró y lo siguió hacia el salón con cocina americana.

—¿Cómo has sabido dónde vivo? —preguntó.

Ella no pudo esconder una sonrisa entre pilla y avergonzada.

—Adam.

—¿Hablas con Adam?

—Algo así.

En realidad, lo había llamado a comisaría expresamente para pedirle la dirección de Hugo. Después de dudar unos instantes, había accedido.

—Ya veo —dijo Hugo con el ceño fruncido—. ¿Cerveza?

—Sí, gracias.

Hugo sacó un par de cervezas de la nevera y se sentaron en la mesa del salón, uno delante del otro. Bebieron algunos sorbos en silencio. Laura observaba el piso mientras sentía la mirada de Hugo sobre ella.

—Tu dirás —dijo él finalmente.

—Sólo quería... saber cómo has estado estos meses. Ya sabes.

Hugo entrecerró los ojos, sin apartarlos de ella, y ladeó un poco la cabeza. Seguía muy serio. De momento Laura no tenía la sensación de que se alegrara demasiado de verla.

—Bien, nada especial. Estuve de baja y empecé a trabajar hace un par de semanas. Está bien, porque ya me subía por las paredes.

—¿La herida se ha cerrado bien?

—Sí, según cómo molesta un poco, pero está bien.

—Me alegro.

Más sorbos de cerveza y más silencio. De momento la cosa no estaba yendo demasiado bien.

—¿Y tú? —preguntó él.

De repente, Laura sintió mucho interés por una esquina de la etiqueta del botellín de cerveza. Jugeteó con ella, sin atreverse a mirarle.

—Al final no me casé.

Cuando se atrevió a posar la mirada en él, lo descubrió con un rostro neutro que no transmitía nada.

Maldita sea, tenía la esperanza de que, al darle la noticia, reaccionara de manera que le diera alguna pista sobre qué opinaba del tema.

Hugo se limitó a asentir.

—¿Qué pasó?

“Que te vi a ti”, quería decirle.

—Cambié de idea.

—Ah.

—¿Estuviste en la iglesia?

—Sí —respondió, impasible.

Laura asintió. Al menos no se lo había imaginado.

—Me lo pareció.

“Lo que te llevó hasta allí, ¿todavía lo sientes? ¿Estás saliendo con alguien?”, quería preguntar ahora, pero la expresión de Hugo era tan inescrutable que no sabía qué pensar y no se atrevía a dar el paso. Los nervios y, para qué negarlo, la esperanza que había arrastrado hasta allí habían empezado a dejar paso a un desagradable regusto amargo.

—¿Entonces viste qué pasó?

—Eh, no, me quedé sólo un momento.

—Bueno, fue bastante feo —dijo Laura, un poco avergonzada.

—Me imagino. Con Sara también lo fue.

—Al menos, por lo que me han dicho, Javi hizo el viaje de la luna de miel igualmente.

Una emoción cruzó la cara de Hugo por primera vez desde que había llegado: sorpresa.

—¿A Providenciales? —preguntó.

—Sí.

—¿En las mismas fechas? ¿Última semana de julio y primera de agosto?

—Sí.

Ahora la cara de Hugo era de estupor.

—Sara también fue.

Laura abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

Se quedaron mirando, los dos igual de consternados. Y se echaron a reír. No fueron grandes risas, pero ayudó a aliviar un poco la tensión que había entre ellos.

—Esto es muy raro. ¿Crees que se encontraron?

Hugo se encogió de hombros.

—No lo sé. No sé nada de Sara.

—Yo de Javi tampoco.

La mirada de Hugo cambió un poco. Entrecerró los ojos y pareció observarla con interés.

—¿Y qué pasó después?

Laura suspiró.

—Bueno, resumiendo mucho, me dediqué a poner mi vida un poco en orden. Me mudé otra vez a casa de mis padres, dejé mi trabajo y he vuelto a matricularme en la universidad.

—No está mal.

Laura sonrió. Aunque volver a vivir con sus padres era extraño, estaba satisfecha con los cambios en su vida.

Se quedaron en silencio de nuevo. Hugo apuró su cerveza, la dejó sobre la mesa y se levantó.

—Bueno, pues gracias por pasarte. Me alegra que estés bien —dijo.

Laura casi sintió que la bilis le subía por la garganta. Dios, la estaba echando. Forzó una sonrisa, aunque lo que quería era echarse a llorar.

—Sí, a mi también me alegra que... estés bien —dijo, levantándose también.

Hugo le hizo un gesto para que pasara ella delante y se encaminó hacia la salida. Iba con el corazón encogido y las lágrimas a punto de brotar de sus ojos. No estaba segura de poder contenerlas antes de salir del piso. Mientras avanzaba, sentía la presencia del policía detrás suyo, incapaz de creerse que esta fuera la última vez que lo iba a ver.

Cuando llegó a la puerta, la abrió y dijo:

—Pues nada, hasta pronto.

Lo hizo casi sin girarse, porque no se veía capaz de enfrentarse a su mirada fría e indiferente.

Empezó a salir, pero de repente, la mano de Hugo cerró la puerta con un golpe que debió de retumbar por toda la escalera. Laura se llevó un buen sobresalto, pero no se giró.

—¿Vas en serio, Laura? —gruñó.

Sentía a Hugo detrás suyo, su aliento muy cerca de la nuca. Su tono había sonado enfadado, y no sabía qué pensar. Parpadeó un par de veces para asegurarse de que las lágrimas no caían y se giró lentamente.

Sí, parecía furioso.

—¿En serio? —repitió Hugo.

—¿En serio qué?

Hugo se acercó un poco más a ella y apoyó una mano en la puerta, al lado

de la cabeza de Laura.

—¿Tardas dos putos meses en decirme que no te has casado y apareces ahora para decir hola y adiós?

—Yo...

—¿Por qué has venido un viernes a las ocho de la tarde a contarme que no te has casado y con ese vestido que pide a gritos que te lo arranque?

Por un momento, Laura se quedó sin palabras. Y entonces se dio cuenta de lo que estaba pasando. Una oleada que mezclaba alivio y enfado a partes iguales la atravesó.

—Oh, eres un cabrón.

—Creía que era un gilipollas.

—Ya sabías lo de la boda.

Una sonrisa traviesa iluminó la cara de Hugo.

—Sí.

—¡Y sabías que le había pedido tu dirección a Adam!

Otra vez esa sonrisa.

—Puede.

—¿Pero cómo supiste lo de la boda?

—Tu amiga Lidia es maja.

—Le voy a partir el cuello en dos.

Hugo seguía sonriendo. Ahora parecía terriblemente satisfecho consigo mismo.

—Ya ves, al parecer no eres la única que sabe gastar bromas.

—Esto me lo vas a pagar.

El brazo de Hugo la rodeó por la cintura para atraerla hacia él. Acercó sus labios a los de Laura, tanto que al hablar se rozaban.

—Quién va a pagar eres tú. Por tenerme dos meses esperando. Además, te recuerdo que me debes diez mil euros.

—Vivo en casa de mis padres y he dejado mi trabajo. No tengo diez mil euros.

—Pues tendrás que pagármelo en especias.

Al fin, la besó. Laura creyó que se derretiría en sus brazos. Oh, cómo había echado de menos esos labios y esa lengua perversa pero deliciosa. Se apretaron el uno contra el otro y gimieron, cada vez más desesperados.

Sin embargo, Laura tenía que decir algo importante a Hugo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, rompió el beso.

—Hugo, sólo te pido que nos lo tomemos con calma, ¿vale? A pesar de

todo, sigo opinando que nos conocemos muy poco.

Él asintió atolondradamente, como si le costara pensar.

—Vale, ¿pero podemos follar ya o tenemos que esperar a la tercera cita?

Laura rió y fingió pensárselo.

—Eso depende. ¿Lo haremos en la cama? Por una vez estaría bien.

Hugo bajó las manos desde sus hombros, por la espalda y hasta llegar al trasero. Le agarró las nalgas y la atrajo hacia él para que notara su erección. A Laura se le escapó otro gemido y tuvo que apoyar la espalda contra la puerta. Cada segundo que pasaba tenía más necesidad de arrancar la ropa a Hugo.

—¿Eso crees? —le susurró—. Pero todavía no te he enseñado el piso, y la habitación está al final de todo. Además, este vestido... ¿te lo has puesto para poner las cosas fáciles?

Ella le dedicó una sonrisa seductora.

—Puede.

—¿Lo ves? Nos conocemos más de lo que crees —murmuró él, encantado, y volvió a besarla.

Mientras posaba una mano en su muslo y lo acariciaba moviendo la mano hacia arriba, introduciéndose debajo de su falda, con la otra se desabrochó los pantalones y liberó su erección. Laura la rodeó con la mano y la movió lentamente arriba y abajo. Hugo se estremeció.

—Vas a matarme —gimió en un susurro.

La mano que tenía en el muslo tiró de su pierna para que la elevara y la colocara alrededor de su cadera. Con la otra, se limitó a apartar sus braguitas, sin ni siquiera deslizarlas hacia abajo, y sin previo aviso se hundió en ella.

Se tensaron y gimieron de placer a la vez. Hugo en seguida empezó a moverse, a embestirla primero lentamente, pero pronto ganó velocidad y dureza. Estaban demasiado sedientos el uno del otro como para ser pacientes.

Con cada embestida de Hugo, Laura clavaba los dedos en sus hombros, a los que se aferraba con desesperación. Sin embargo, acabó por llevar una mano a su entrepierna y se acarició el clítoris, convertido en un botón de placer.

Al levantar la mirada descubrió los ojos de Hugo clavados en ella. Lo imitó, y así, mirándose fijamente, plenamente conscientes el uno del otro, Hugo la embestió con fuerza, una y otra vez, mientras las caderas de Laura salían a su encuentro. Explotaron a la vez, de nuevo con esa sorprendente intensidad, y esta vez no les importó donde estaban ni si gritaban mucho o

poco.

Necesitaron varios minutos para recuperarse y dejar de jadear, pero durante ese tiempo no dejaron de besarse y acariciarse con ternura. Hugo se quitó la camiseta y limpió a Laura entre las piernas con cuidado.

—¿Alguna vez conseguiremos echar un polvo que no sea desesperado? —preguntó ella. Todavía le temblaban las piernas del esfuerzo.

—No pienso dejarte salir en todo el fin de semana. Seguro que en algún momento lo conseguiremos —dijo Hugo mientras le mordisqueaba el labio inferior, provocándole nuevos estremecimientos de excitación—. En fin, pues ya te he enseñado la entrada de mi casa. Ven, que te enseñe el baño.

Después del baño le enseñó la cocina, especialmente la encimera. En el salón, prestaron mucha atención al sofá. No se olvidaron del suelo del pasillo. Ni de la silla del despacho, aunque les quedó pendiente estudiar un poco más el escritorio.

Al fin, cuando ya empezaba a amanecer, llegaron a la habitación. Hugo se dejó caer en la cama, Laura se tumbó encima suyo y empezó a regalarle suaves besos en los labios, la mejilla y el cuello. Sin embargo, él pronto la hizo rodar para colocarse él encima y besarla de la misma manera, en dirección a sus pechos. Ella se quejó un poco, le apetecía saborearlo, pero se dejó hacer.

—Laura —dijo Hugo entre beso y beso.

—Mm. Qué.

—Te quiero.

—¡Hugo, esto no es tomarse las cosas con calma!

—Ya, pero es que te quiero. ¿Sabes lo que te he echado de menos? Todavía no puedo creerme que me hayas tenido dos meses esperando —dijo, mordisqueándole un pezón hasta arrancarle un gemido que oscilaba entre el placer y el dolor.

—Lo siento. Estaba hecha un lío.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Pero si todavía estoy estudiando. No puedo casarme antes de acabar de estudiar.

—Oh, eres una estudiante —dijo Hugo encantado, con tono malicioso—. Eso me pone. Siempre me ha gustado la idea de corromper a una estudiante inocente.

—¿Inocente?

—Es cierto, lo del baño no ha sido muy inocente —admitió él.

Laura rió entre dientes, arqueándose bajo los besos de Hugo. Hacía tiempo que no se sentía tan viva. Tan saciada. Feliz.

—Hugo

—Dime.

—Creo que también te quiero.

Otros libros de Emma Colt



DESCONOCIDOS

LEE EL PRIMER CAPÍTULO A CONTINUACIÓN

1

Cuando Carol Boutella despertó esa mañana, no podía imaginar que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

El día no había empezado mal. Se había levantado tarde, porque esa noche la familia O'Sullivan celebraba su gala benéfica anual, que era famosa por alargarse hasta el amanecer. No le apetecía asistir a la fiesta, pero como miembro de una de las familias más poderosas, y ricas, de la ciudad, debía hacerlo. Con el paso de los años, la gala de los O'Sullivan se había convertido en un evento obligatorio para toda la alta sociedad de la zona. Nadie podía eludirla si no quería perjudicar su reputación.

Aunque ya era la hora de comer, Carol se vistió rápidamente con sus tejanos y su camiseta más cómodos y cogió su preciada cámara réflex. Tenía tiempo de salir a tomar algunas fotos antes de que llegaran David y Nelly, el peluquero y la estilista que los ayudarían a prepararse para la gala.

Entró en la cocina para coger una manzana y descubrió a sus padres sentados en la mesa con algunos documentos delante. Parecían malhumorados, incluso tensos.

—Buenos días —saludó Carol, extrañada.

—Hola, cariño —dijo su madre sin levantar la vista del papel que tenía delante.

Su padre ni siquiera contestó, tan sólo emitió una especie de gruñido.

—¿Va todo bien? —preguntó Carol.

—Sí, cosas de la empresa, ya sabes —contestó su madre, que ahora sí apartó los ojos del papel para mirarla. Al instante arqueó una ceja—. ¿Vas a salir ahora a hacer fotos?

La pregunta consiguió que incluso su padre reaccionara para dirigirle una mirada de desaprobación.

—Es para el proyecto final del máster, es importante. No os preocupéis, que llegaré a tiempo —aseguró Carol.

Ni su padre ni su madre abrieron la boca, pero sus miradas escépticas lo decían todo.

Llegó tarde.

Cuando cruzó la puerta, gritando que lo sentía, David y Nelly se le abalanzaron medio histéricos, convencidos de que no tenían suficiente tiempo

para prepararla. A Carol la situación le habría parecido graciosa, pero odiaba los preparativos para cualquier evento. Todos los esfuerzos giraban alrededor de la necesidad de hacerla parecer más esbelta y disimular sus quilos de más, circunstancias que la ofendían. Ya sabía que no era una sílfide, pero también sabía que no era el muñeco Michelin antes de que lo adelgazaran, y así es como la hacían sentir. Sí, sí, le sobraban unos quilos para ser modelo, pero los tenía bastante bien colocados.

Como siempre, aguantó el suplicio estoicamente y a las seis en punto estaba lista para salir, luciendo un vestido sencillo pero elegante y cómodo, que Nelly no había cesado de repetir que era de corte imperio y, por lo tanto, ideal para su figura. Al final Carol tenía ganas de gritarle que dejara de decir que tenía el culo gordo, pero como el cuello y espalda en forma de V y la falda de corte asimétrico, que mostraba parte de sus piernas al caminar, la hacían sentir sexy, se aguantó y mantuvo la boca cerrada.

La gala se celebraba en la inmensa mansión de los O'Sullivan. El salón de fiestas estaba repleto de estilosos hombres y mujeres que charlaban animadamente, mientras de fondo un cuarteto de músicos los obsequiaba con una agradable música, fingiendo que no les importaba que nadie les prestara la más mínima atención. La mayor parte del tiempo de estas fiestas se consumía saludando a todos los invitados, a los que siempre había que sonreír. En estos actos, las preocupaciones se dejaban en la puerta y se transmitía la imagen de vivir en una nube de felicidad constante.

Así que cuando Carol vio a sus hermanos, Alicia y Brandon, conversando en un rincón del salón con una grave expresión en el rostro, se extrañó. Empezó a caminar hacia ellos para averiguar qué pasaba, pero en ese momento la música cesó y la señora O'Sullivan reclamó la atención de todos los invitados con el agudo sonido de una pequeña campana de mano. Carol se detuvo, fastidiada. Quería ir a hablar con sus hermanos, pero había llegado la hora del baile.

A nadie excepto a la señora O'Sullivan le gustaba la hora del baile. Durante diez eternos minutos, todos los presentes debían bailar al ritmo de un vals mientras iban cambiando de pareja cada vez que la anfitriona hacía sonar la dichosa campana. Era una manera divertida de sociabilizarse, decía ella. Era una auténtica lata, pensaba Carol. Bailar así suponía acercarse mucho a desconocidos, cosa que nunca le había gustado.

La música empezó y todos los presentes procuraron buscarse una pareja. Al menos Carol tuvo suerte y la primera tanda le tocó con un viejo amigo de

su padre, con el que conversó agradablemente durante los dos minutos y medio que bailaron juntos.

Sonó la campanilla y en seguida se vio en brazos de un hombre al que no había visto nunca y ni siquiera le devolvió el saludo. Era un poco brusco y no paraba de girar la cabeza a lado y lado, como si estuviera buscando a alguien. Después de que ignorara descaradamente sus intentos de entablar una conversación, Carol se rindió. Esos dos minutos y medio se convirtieron en los más largos de su vida.

Carol llegó a los brazos de su tercer compañero de baile de bastante mal humor. Masculló un “hola” sin mirarle y se limitó a observar con desgana a la gente que bailaba a su alrededor. Aunque, a decir verdad, el tacto de la mano de ese desconocido le resultaba bastante agradable, así como el brazo que le rodeaba con firmeza la cintura para apoyarse en el centro de su espalda.

—Creo que esto te gusta tan poco como a mí —dijo el hombre con una voz grave y ronca que le puso la piel de gallina.

Carol sonrió como una niña a la que hubieran atrapado haciendo una travesura.

—¿Tanto se nota?

Levantó los ojos para mirar al desconocido, y durante unos instantes dejó de escuchar la música. Incluso le pareció que los dos se detenían durante un microsegundo. Pero en seguida se dijo que seguramente había sido una sensación provocada por la impresión, y desechó la idea de su cabeza.

Carol se había encontrado con unos ojos grandes y oscuros que la observaban con lo que le pareció genuina curiosidad. Y esos ojos estaban enmarcados por un rostro que consiguió que se le pusiera la piel de gallina otra vez. La frente alta, la nariz fina, la mandíbula recta y fuerte, los labios generosos. Llevaba el cabello castaño corto pero no demasiado corto.

Carol primero pensó que sería agradable acariciar ese cabello, y después que no recordaba haber visto nunca a un hombre tan atractivo. Bueno, en realidad, la palabra más adecuada para describirlo era sexy.

Pero no era sólo eso.

Tenía la sensación de que ese rostro pertenecía a alguien que procuraba parecer endurecido, casi indiferente ante cualquier situación, pero sus ojos decían otra cosa. Eran cálidos y... bondadosos. La hacían sentir bien.

Y seguían mirándola con mucho interés.

Un escalofrío le recorrió la espalda, con tanta fuerza que se le endurecieron los pezones. Intentó mantener una expresión neutra, pero por

dentro gritaba que alguien debería haber prohibido a la Madre Naturaleza crear a un hombre así, y al Destino haberlo cruzado en su camino. Porque acababan de convertirla en un cliché, en ese horrible tópico de la mujer que se encuentra con un tipo atractivo y cae rendida a sus brazos, incapaz de resistirse a sus encantos. Bueno, su caso era peor, porque él de momento no había desplegado ninguno de sus encantos, pero ella ya estaba dispuesta a caer rendida a sus brazos.

“¡¿Pero qué dices?! Por el amor de Dios, ten un poco de dignidad, Carol”, se regañó a sí misma.

¿Qué le pasaba? Ella no era así. Le costaba mucho encontrar hombres que le gustaran de verdad, y pasaba un tiempo antes de que decidiera establecer cualquier tipo de contacto físico. Así de triste era su lista de amantes.

En cualquier caso, ese tipo era un desconocido. No tenía sentido que estuviera pensando en todas esas cosas.

“No seas un estúpido tópico”, se dijo.

“Ya, ya, pero seguro que cuando te sonría te derrites”, gritó una vocecita desde el fondo de su cabeza.

En ese momento el hombre sonrió. Era una sonrisa de niño travieso, tan sensual como el rostro del que formaba parte.

Sí, se derritió. Y sintió unas cuantas cosas más por todo el cuerpo que le encendieron las mejillas y la obligaron a bajar la vista, avergonzada.

—Parecías un cordero al que están llevando al matadero —dijo el hombre con esa voz que tenía el mismo efecto que una caricia.

—Lo siento —se disculpó Carol.

Se maldijo a sí misma. Por una vez que conocía a un tipo que, al menos físicamente, parecía más un dios que un hombre, lo había ofendido con su cara de pánfila. Aunque, siendo sensata, ¿por qué demonios debería importarle?

—No pasa nada. Las damas con cara de querer salir corriendo son mis compañeras de baile preferidas —dijo él.

Carol no pudo evitar reírse.

—En ese caso, me esforzaré por poner mi peor cara —dijo, más relajada, e intentó ponerse muy seria, frunció mucho el ceño y entrecerró los ojos.

Ahora se rió él, con suavidad. Durante unos breves instantes se le iluminó la cara, y Carol se derritió otra vez.

—Me temo que más bien pareces un viejo marinero estreñado —dijo él.

—¿Estreñado? —dijo Carol, haciéndose la ofendida, pero incapaz de

aguantarse las risa.

Entonces sonó la maldita campanilla y Carol sintió una repentina decepción.

—¿Ya? —se le escapó, pensando que esos habían sido los dos minutos y medio más cortos de su vida.

—Espera —dijo el hombre.

La empujó suavemente para alejarla y le hizo dar media vuelta. Carol vio que el señor McCallister y su enorme bigote se dirigían hacia ella, pero entonces el desconocido apareció delante suyo y volvió a cogerla para bailar. Le guiñó un ojo y le dedicó esa sonrisa traviesa.

—¿Mejor así?

“No sonrías como una tonta, no sonrías como una tonta”, suplicó a su dignidad.

—Mucho mejor —dijo, sonriendo como una tonta.

¿Eran imaginaciones suyas o el hombre la había acercado a él más que antes y ahora su mano reposaba más cerca de su trasero que de su espalda? Sólo con pensar en eso Carol sintió unos estremecimientos muy agradables de cintura para abajo. Se encontró observando su cuello fuerte y se fijó en que no llevaba pajarita. Los primeros botones de la camisa estaban desabrochados, dejando a la vista el principio de unos músculos muy sensuales. Se preguntó si tendría el resto del cuerpo...

“Carol, ya vale”, se reprendió.

No se reconocía a sí misma. Carraspeó, incómoda, deseando que el desconocido no se hubiera dado cuenta de los pensamientos tan... ejem, agitados que le estaban pasando por la cabeza.

Lo miró fugazmente para comprobarlo, y descubrió que él la estaba observando con una expresión que no supo descifrar.

—Lo peor de estas fiestas es que siempre me quedo con hambre —dijo Carol con desenfado, en un intento desesperado por expulsar de su mente todas esas inoportunas ideas.

—Estoy de acuerdo. En vez de tanto canapé y caviar deberían servir chuletas a la barbacoa y cerveza.

Carol rió.

—En casa nunca hemos hecho una barbacoa.

El hombre la miró con los ojos muy abiertos. Casi escandalizado.

—¿No?

—Nunca.

El hombre suspiró, fingiendo estar consternado.

—Esto no puede ser. Algún día tendré que invitarte a una. Soy un experto en barbacoas.

Carol se sonrojó y las piernas le flaquearon un poco, pero consiguió aguantar el tipo.

—Estaría bien —dijo con la voz un poco más rota de lo que le habría gustado.

Entonces sonó la campanilla y el baile se dio por terminado.

Carol procuró frenar la oleada de decepción. Le pareció que el desconocido se resistía un poco a soltarla, pero finalmente la liberó, dejándole la piel agradablemente cálida allí dónde la había tocado. Los dos aplaudieron como el resto de invitados.

Y entonces sucedió lo que nunca se habría imaginado que podría suceder.

La sonrisa se desvaneció de los labios del hombre.

—Disculpa, tengo que irme. Ha sido un placer —dijo sin mirarla.

Y se perdió entre la gente.

Carol se quedó helada, aunque el corazón le palpité varias veces de manera irregular.

No comprendía qué demonios acababa de suceder. ¿Había hecho algo que había asustado al hombre? Era cierto que la simple mención de invitarla a una barbacoa había hecho que se le encogiera el estómago. Y vale, sí, se había sonrojado, pero había intentado disimular. ¿Acaso había fracasado y había puesto cara de querer lanzarse a sus brazos?

Desconcertada, empezó a pensar que quizá se lo había imaginado todo, que él no se había acercado más a ella en cuanto había podido, que no se había resistido a soltarla.

No había sido real, pero sus ganas habían hecho que lo pareciera.

Una decepción amarga la inundó y sintió que los ojos se le humedecían. “No seas estúpida”, se riñó. Tenía que ponerse en movimiento para pensar en otra cosa.

Se giró para empezar a caminar hacia ningún lugar en concreto. Entonces vio pasar, no muy lejos, a Brandon y Alicia, y recordó las expresiones preocupadas que les había visto antes.

—¡Brandon! —llamó, pero con el ruido de la gente y la música no la escucharon y siguieron avanzado.

Caminó tras ellos. No consiguió alcanzarlos hasta que llegaron prácticamente al otro extremo del salón, donde había menos gente, y

siguieron conversando.

A pesar de que esa zona estaba más tranquila, no la vieron acercarse. Sin embargo, ella pudo escuchar perfectamente las palabras de su hermana:

—A ver si empiezas a tomarte las cosas en serio, Brandon. La policía nos está investigando, y sabes que tenemos motivos de sobra para estar preocupados.

Carol se quedó petrificada. ¿Que la policía qué?

—El detective ese se ha colado en la gala y anda husmeando por aquí. Lleva una pajarita plateada —añadió Alicia.

—Que mal gusto —dijo Brandon, muy poco preocupado.

—Mucho cuidado con quién hablas y sobre qué, porque...

Carol al fin consiguió reaccionar y acabó de acercarse a sus hermanos.

—Disculpad. ¿Qué acabas de decir sobre la policía?

Alicia y Brandon la miraron, primero sorprendidos, después contrariados.

—No he dicho nada sobre la policía —dijo Alicia, tomando un sorbo de su champán mientras observaba el salón con muy poco interés.

—Te he escuchado perfectamente.

—No es nada que deba preocuparte, Carol. Vuelve a la fiesta a divertirte —dijo Brandon.

—Esta fiesta es una mierda, como todas. ¿De qué coño estabas hablando, Alicia? —insistió Carol, cada vez más molesta.

—Con tanto ruido me habrás entendido mal, hermanita —dijo Alicia.

Antes de que pudiera reaccionar, sus hermanos aprovecharon el paso de un grupo de invitados para desaparecer entre la multitud.

Carol no pensaba permitirles escapar tan fácilmente. Entre cuerpos y brazos pudo divisar el vestido azul de su hermana y lo siguió sin dudar.

Llegó hasta una de las puertas que conducían al inmenso jardín. En la parte más cercana a la casa había bastantes invitados charlando y bebiendo, pero Alicia y Brandon no estaban entre ellos. Parecían haberse esfumado.

“Maldita sea”, pensó.

Entonces le pareció ver por el rabillo del ojo una mancha azul que se perdía detrás de una hilera de cipreses perfectamente recortados. Caminó rápidamente hacia allí, sin olvidar sonreír a todas las personas con las que se cruzaba y procurando esconder la angustia que empezaba a apoderarse de ella. Necesitaba saber de qué estaban hablando. ¿Qué interés podría tener la policía en investigarlos?

Recorrió un camino franqueado por la larga hilera de cipreses, hasta que

llegó a una zona que más que un jardín parecía un bosque.

—¿Alicia? ¿Brandon? —llamó en un susurro.

A su alrededor todo era silencio y penumbra. Las voces y la música de la mansión le llegaban amortiguadas y lejanas. Avanzó un poco entre los árboles.

—Alicia. Brandon —repitió, esta vez más alto.

Nada.

Quizá sólo se había imaginado la mancha azul y sus hermanos seguían dentro del salón de fiestas.

De repente se sintió muy sola entre esos árboles y tanta oscuridad. Definitivamente, esa noche iba de mal en peor. Primero la situación tan extraña con el desconocido, y ahora esa noticia sobre la policía.

Se estremeció. No porque tuviera frío, sino por la desagradable sensación de que una amenaza invisible se cernía sobre ella.

Se abrazó a sí misma y empezó a deshacer el camino hacia la mansión.

Al rodear el primer árbol se encontró con la oscura figura de un hombre alto y delgado. Se asustó tanto que el corazón le dio un vuelco y se le escapó un grito. Intentó retroceder, pero su maldito tacón derecho se enganchó con alguna raíz y empezó a caer hacia atrás. Vio que el hombre se abalanzaba hacia ella, y ahora sí que se asustó de verdad.

Sin embargo, lo único que hizo el extraño fue sujetarla por los brazos para que no se cayera.

—Oh —dijo Carol, sorprendida, al verse de pie, sana y salva.

—¿Estás bien? —dijo esa voz grave y ronca que ya conocía.

¡Era él!

—Sí, gracias —dijo Carol, todavía un poco desconcertada.

No sabía cómo reaccionar. Primero se alejaba de ella precipitadamente y ahora aparecía aquí, como si la hubiera estado... siguiendo. Sin embargo, cuando lo miró, sus defensas se debilitaron. En la penumbra que los envolvía, parecía misterioso y todavía más atractivo. Y la firmeza con la que la sujetaba le resultaba demasiado agradable.

—Siento haber desaparecido así. Tenía que hablar con alguien —dijo.

—No me debes ninguna explicación —dijo Carol.

A pesar de lo mal que se había sentido, lo creía sinceramente. Tan sólo eran dos desconocidos que habían compartido un breve baile, no tenían ninguna obligación el uno hacia el otro. Sin embargo, esa disculpa le provocó un agradable cosquilleo en el estómago.

—¿Has salido a pasear? —preguntó él.

—Sí, tenía curiosidad por ver el jardín —mintió con una sonrisa nerviosa. Había estado varias veces en casa de los O’Sullivan y conocía esa parte de la mansión perfectamente—. ¿Tú también has salido a pasear?

El hombre asintió. Su cara volvió iluminarse con esa sonrisa juguetona.

—Si sigues así, me cortarás la circulación de los brazos. No quisiera quedarme sin manos, la verdad —dijo.

Sólo entonces se dio cuenta Carol de que ella también lo había agarrado para no caerse. Con fuerza.

A través de la tela del esmoquin y la camisa, sus dedos descubrieron unos antebrazos fuertes y musculosos. Esforzándose como nunca para que sus pensamientos no volvieran a girar en torno a sus músculos, lo soltó a regañadientes.

—Sería una pena que eso pasara, ¿verdad? —dijo Carol con tanta dignidad como le fue posible.

—Y que lo digas —respondió él, con un asomo de sonrisa en los labios.

Carol volvió a estremecerse, porque intuyó que esas palabras estaban cargadas de doble sentido. Como si en realidad hubiera querido decir “la de cuerpos que no podría acariciar”.

Definitivamente tenía que hacer un esfuerzo para dejar de pensar esas cosas. Pero no era fácil, porque ella lo había soltado, pero él seguía sujetándola. Lo hizo en ese momento, sin prisas, acariciándole con delicadeza la piel de los brazos por el camino.

A Carol le faltaba muy poco para olvidarse de todo y perderse en los ojos del hombre, pero el recuerdo de las palabras de Alicia cruzó rápidamente por su cabeza.

Carraspeó.

—Debería regresar dentro —dijo, liberándose de su mirada.

Carol hizo el ademán de ponerse en movimiento, pero el hombre levantó el brazo y lo apoyó en el árbol que tenían al lado, cortándole el paso.

Carol se estremeció de nuevo, aunque ahora fue de miedo.

—No te asustes —susurró el hombre.

—Pues acabas de encontrar una manera muy efectiva de hacerlo —dijo ella con una risa nerviosa. ¿Y si el tipo atractivo resultaba ser un pirado?

El hombre sonrió.

—No te vayas todavía. Por favor.

Un escalofrío recorrió a Carol desde la punta de los pies hasta la raíz de

los cabellos. Seguía asustada, pero no del hombre, sino de sí misma. Porque la verdad era que quería quedarse. Vaya si lo quería. Con un desconocido con el que sólo había compartido cinco minutos de baile y una conversación banal.

El hombre se le acercó un poco, muy lentamente.

El aroma de su cuerpo envolvió a Carol, que se estremeció. Le recordaba al chocolate amargo, su preferido. Le gustó tanto que casi se mareó. Carraspeó otra vez, intentando recuperar el control que se le escapaba por momentos.

—¿Sueles hacer esto con todas las mujeres que te encuentras en jardines oscuros y solitarios? Porque, siento decírtelo, es un poco raro —dijo, intentando aparentar indiferencia.

Luchaba desesperadamente por no perderse, por intentar pensar con claridad, pero su fracaso estaba siendo estrepitoso. Su cuerpo prácticamente le pedía que se arrojara a sus brazos. Quería sentirlo contra ella, que le acariciara cada centímetro de la piel...

Sabía que debía resistirse a esa locura, pero la certeza de que el hombre tenía las mismas ganas de abalanzarse sobre ella no se lo ponía nada fácil. Al contrario.

El hombre rió muy suavemente.

—Pues la verdad es que no.

Algo decía a Carol que ese tipo era un experto ligón, pero por algún motivo supo que le decía la verdad.

—Yo tampoco suelo lanzarme a los brazos de desconocidos que merodean por jardines oscuros y solitarios —dijo Carol.

Le costaba creer que esas palabras estuvieran saliendo de su boca. ¿Qué había sido de la Carol siempre tímida y prudente?

—¿Aunque hayas bailado con ellos? —susurró el hombre con la voz un poco rota.

—Aunque haya bailado con ellos —respondió ella con un susurro tembloroso.

El hombre sonrió sólo un poco y entornó los ojos. Carol no sabía descifrar sus expresiones, pero notó un cambio en su respiración. Se volvió un poco más profunda. “¿Está intentando controlarse?”, pensó justo antes de que las siguientes palabras se escaparan de sus labios:

—Pero siempre hay una primera vez, ¿no?

—Eso espero —dijo el hombre. Acabó de acercarse a ella y la besó.

En cuanto sus labios se encontraron, Carol dejó de ser Carol y se convirtió en un torbellino de sensaciones que le recorrían el cuerpo y le anulaban por completo la razón.

El desconocido le sujetó la cara con las manos, sin hacerle daño pero con cierta desesperación, y esos labios tan generosos atraparon los suyos para acariciarlos con un beso húmedo y caliente. Él sujetaba algo suave en la mano izquierda, pero estaba tan perdida en ese beso que apenas lo notó. Un leve gemido se escapó de su garganta y abrió la boca. Sus lenguas se encontraron y se enzarzaron en un baile lento al principio, pero que poco a poco se volvió más impaciente, más urgente.

El hombre empujó a Carol y la atrapó contra el árbol. Abandonó su boca, le besó la mejilla y siguió bajando por el cuello. Carol posó las manos en sus hombros atléticos y lo atrajo hacia ella. Quería, necesitaba sentirlo contra ella, cubriéndola, aprisionándola.

Esas manos grandes y fuertes dejaron de acunarle el rostro para bajar por su cintura, le acariciaron el trasero y la apretaron contra él todavía con más fuerza, haciéndole notar la erección que llenaba su entrepierna.

Carol jadeó. En un breve momento de lucidez pensó que las cosas se estaban poniendo muy serias. ¿A dónde conduciría esto? Al fin y al cabo, estaban en el jardín de una mansión repleta de gente. Pero la boca del desconocido empezó a bajar por su pecho y una de las manos empezó a acariciarle el muslo mientras le subía la falda con suavidad, y volvió a perderse en ese mar de sensaciones. Ya no podía pensar.

La otra mano volvió a acunarle la cara, y volvió a sentir el objeto contra la mejilla. Impaciente, pensó que no quería que nada se interpusiera entre esa mano y su piel. Le faltó tiempo para quitárselo y, en un acto reflejo, le echó un vistazo.

Era una pajarita plateada.

Durante unos instantes, no reaccionó. Hasta que las palabras de su hermana regresaron a su cabeza como un disparo: “El detective ese se ha colado en la gala y anda husmeando por aquí. Lleva una pajarita plateada”.

Siguió observando la pajarita. Quería reaccionar, pero no podía. Sentía como si un jarro de agua helada le estuviera cayendo encima muy lentamente, tan lentamente que le provocó ganas de gritar de tan doloroso que era.

Carol sabía que ningún invitado a esa fiesta se pondría una pajarita plateada.

El hombre notó su repentina rigidez y se separó.

—¿Va todo bien? —preguntó, intentando controlar la respiración.

Observó la pajarita que ella sujetaba en la mano y que miraba como si fuera una bomba.

—Estos chismes son muy incómodos. Siempre acabo quitándomelos — dijo con su sonrisa traviesa.

Volvió a acunarle el rostro, intentando captar su atención de nuevo, pero ella le apoyó las manos en el pecho. Sin apartarlo, pero sin mirarlo. Marcando las distancias. Era consciente de que sus ojos la escrutaban, intentando comprender qué había pasado.

Afortunadamente, no se dio cuenta de que Carol se estaba quitando los zapatos con un gesto rápido de los pies.

—Tengo que irme —dijo ella.

Echó a correr en dirección a la mansión, dejando los zapatos entre el árbol y el desconocido.

*

El detective Jake Mulligan se quedó de pie ante el árbol y los zapatos, intentando comprender qué acababa de suceder. Y no se trataba sólo de descifrar por qué la muchacha acababa de salir corriendo, literalmente huyendo de él, sino también por qué se había entretenido con ella cuando se suponía que estaba de servicio.

Se había colado en esa estúpida fiesta de ricachones convencido de que podría aprovechar la multitud para pasar desapercibido e intentar escuchar conversaciones que le ayudaran a avanzar en la investigación sobre la familia Boutella.

Sin embargo, nada más entrar se dio cuenta de que la pajarita lo estaba delatando. Maldijo a Gary para sus adentros. Había insistido, hasta hacerle venir ganas de pegarle un tiro, en que en estas reuniones de la alta sociedad la pajarita plateada era un signo de distinción. Menudo gilipollas. Y él todavía lo era más por dejarse convencer.

Así que se quitó la pajarita y se la guardó en el bolsillo. No pensaba deshacerse de ella. La guardaría porque, en cuanto viera a Gary, se la devolvería y le diría claramente por dónde podía metérsela.

Paseó lentamente entre los invitados mientras degustaba un delicioso Dom Pérignon que nunca había podido ni podría permitirse, observando y escuchando con discreción. No tardó en aburrirse. Las conversaciones eran banales e insustanciales, adornadas con falsas sonrisas y carcajadas forzadas.

Entonces los vio, al otro lado del salón, hablando.

Alicia y Brandon Boutella. Los hijos mayores de la familia, que hacía algunos años que dirigían el imperio familiar junto a sus padres. Gary le había comentado que había una tercera hermana, más joven, pero todavía no tenía demasiada información sobre ella.

Los dos hermanos contrastaban con el resto de invitados porque ni siquiera se molestaban en forzar una sonrisa. Estaban preocupados, y tenían motivos. La tarde anterior, Gary y él habían ido a hablar con ellos en relación al asesinato de un traficante de drogas. Varios indicios habían apuntado hacia la familia Boutella, aunque ellos fingieron no saber de qué les hablaban, claro. Pero ya llevaban un par de semanas investigándolos: en cuanto habían empezado a escarbar en esa capa de supuesto éxito empresarial y reputación social, descubrieron más mierda que la que podrían acoger todas las cloacas de la ciudad.

Jake pensó que parecía un muy buen momento para escuchar qué se estaban diciendo y empezó a caminar hacia ellos, pero entonces sonó esa campanilla y empezó el baile absurdo de cambio de parejas, en el que tuvo que participar para no llamar la atención. Suerte que todavía recordaba algunas nociones de las dos clases de bailes de salón a las que había tenido que asistir para la boda de su hermana. A falta de sus padres, había querido abrir el baile con él, y cómo podía negarse a una petición así.

Su primera pareja fue una chica esbelta y segura de sí misma que se presentó como la hija de la anfitriona y se sorprendió de no conocerlo. Tuvo suerte y llegó el cambio de parejas antes de verse obligado a inventar una excusa que explicara su presencia allí. La segunda fue una señora anciana que sonrió ampliamente al verlo y se aferró con fuerza a sus brazos con la excusa de que, al ser tan mayor, tenía mal equilibrio.

Y después llegó la tercera.

Lo primero que notó fue el suave olor a coco que desprendía. Su mano pequeña de piel suave le hacía agradables cosquillas. Y, aprovechando que no le miraba, pudo observar su cuerpo moldeado con esas deliciosas curvas que quiso recorrer al instante.

Pero en esos momentos parecía infeliz, y eso era una lástima. Habló para distraerla, y cuando levantó el rostro para mirarle, sus ojos azules e irónicos lo atravesaron. Tenía unas facciones suaves que evidenciaban cierta ingenuidad, la nariz respingona, los labios carnosos.

Quiso besarla ahí mismo.

Se contuvo, claro, preguntándose qué le pasaba. Esa chica era una desconocida, y él era policía y estaba de servicio. Intentó olvidarse de sus labios concentrándose en su voz cristalina y la graciosa conversación. En el cambio de parejas debería haberla dejado ir por el bien de su misión, pero fue incapaz. Así que siguió bailando con ella y, todavía no sabía cómo, prácticamente había acabado invitándola a una de sus barbacoas. “¿Y por qué no?”, pensó en un momento de debilidad. Entonces se acabó el baile y vio acercarse a los hermanos Boutella, por lo que tuvo que alejarse de allí. Era probable que ya le hubieran visto, pero no quería encontrarse con ellos cara a cara.

Al alejarse de la muchacha pudo volver a pensar con claridad y se concentró en su objetivo. No tardó en localizar a Alicia y Brandon Boutella al otro lado del salón, hablando con alguien a quien no podía distinguir bien.

Caminó hacia ellos, que en seguida dieron por acabada su conversación con la otra persona y se perdieron entre la gente. Jake siguió el vestido azul de Alicia Boutella hacia las puertas que conducían al jardín. Una vez allí, los perdió. Se giró para observar de nuevo el salón, pero no consiguió encontrarlos. Algo le decía que habían salido fuera, pero en las inmediaciones de la casa no estaban.

Si querían hablar de según qué temas lo más lógico era buscar intimidad. Dedujo que se habían adentrado en la oscura inmensidad del jardín. Procurando aparentar el aire casual de quien simplemente está paseando, Jake avanzó por un camino delimitado por cipreses hasta llegar a una zona que parecía un bosque.

Y allí, al rodear uno de los árboles mientras intentaba localizarlos, se encontró con la chica. Era la última persona que esperaba encontrarse allí. Reaccionó rápido y la sujetó para evitar que cayera al suelo. Ella sólo necesitó unos instantes para recuperarse del sobresalto, pero para él fueron suficientes. Suficientes para volver a apreciar la suavidad de su piel, aspirar el aroma a coco que desprendía, deleitarse con la visión de su cuerpo voluptuoso. Y esos labios...

Se habría abalanzado sobre ella para besarla, comérsela ahí mismo, pero se controló. A su entrepierna no consiguió controlarla y en cuestión de segundos se puso más duro que una piedra. Durante un breve momento volvió a preguntarse qué demonios le pasaba, pero cuando vio cómo ella lo miraba y cómo intentaba disimular su nerviosismo, se olvidó de quién era y qué estaba haciendo allí. Acabó besándola, mandándolo todo a la mierda y

dispuesto a perderse en ella, excitándose todavía más al notar, por su manera de besar, que tenía poca experiencia.

Y entonces ella había descubierto la pajarita y había echado a correr.

Maldita pajarita plateada. Maldito Gary y malditos todos sus antepasados y sus descendientes. Y maldito él por haberla llevado en la mano. Para fingir ese aire casual mientras se movía por el jardín había metido las manos en los bolsillos y había encontrado la pajarita. Al adentrarse en la zona más oscura del jardín las había vuelto a sacar, sus dedos rodeando la pajarita sin ningún motivo concreto. Tan sólo había pasado.

A pesar de todo, le parecía un poco absurdo que alguien huyera así por una pajarita plateada. Serían cosas de la alta sociedad.

Pero aún así.

Todo el mundo sabía que los ricos podían llegar a ser un poco excéntricos, pero esto le parecía irse al extremo.

A pesar de la frustración y de que la verga le palpitaba dolorosamente, el detective Jake Mulligan consideró mantenerse indiferente ante la situación, como solía hacer siempre que algo iba mal.

Sí, dejarlo correr era lo más sensato. Estaba trabajando. Había acudido a la fiesta para avanzar en la investigación, no para satisfacer a su entrepierna. Además, por muchas mujeres con las que se hubiera acostado siempre había procurado mantener bien lejos de sí la parte emocional de cualquier relación. No quería esos dolores de cabeza. Y la reacción de la chica había sido muy emocional. Por lo tanto, lo mejor era olvidarla. Allá ella y su comportamiento extravagante de niña rica.

Pero ahí estaban sus zapatos.

El suave aroma a coco todavía flotaba en el aire.

Y quería una explicación.

Al fin y al cabo era policía y su trabajo era encontrar respuestas, así que era normal querer encontrar una maldita explicación.

Se agachó, recogió los zapatos y se encaminó hacia la mansión.

*

Carol avanzó con rapidez entre la gente, intentando disimular su agitación y rezando para que nadie se fijara en que iba descalza.

Fue directa hacia la salida, donde casi suplicó que le devolvieran su chaqueta y le llamaran un taxi para regresar a casa. No pensaba despedirse de nadie, ni siquiera avisar a su familia. Ya les enviaría un mensaje desde el

vehículo.

—¿Se encuentra bien, señorita Boutella? —preguntó el mayordomo de los O’Sullivan, mirando sus pies descalzos.

Carol forzó una risa despreocupada.

—Sí, me los he quitado para caminar por el césped y no recuerdo dónde los he dejado —dijo procurando, y consiguiendo, parecer una estúpida.

—Espere, enviaré a alguien a buscarlos —dijo el amable mayordomo.

—No se preocupe, de verdad. No me encuentro muy bien y quiero ir a casa. Sólo llame al taxi, por favor —insistió Carol con su mejor sonrisa.

El mayordomo no insistió y se alejó.

Carol prefirió esperar en la calle, donde no había nadie más. Se quedó allí de pie, abrazada a sí misma, tiritando aunque no hacía frío.

No comprendía cómo había podido pasar.

Carol tenía una cualidad que los demás le admiraban y de la que ella se enorgullecía: la primera impresión que se llevaba de una persona era la acertada. Era capaz de detectar al hipócrita más hábil con tan sólo mirarlo a la cara una vez. En cuanto se encontraba con una buena persona, lo sabía al instante. Era su genial intuición, su sexto sentido, y nunca le había fallado.

Hasta esa noche.

El “desconocido” la había engañado por completo. En sus ojos había visto bondad y su cuerpo le había transmitido un deseo sincero, pero sólo se había acercado a ella para intentar sonsacarle información sobre su familia.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo había podido ser tan infinitamente estúpida? Nunca se había sentido tan humillada. Y desamparada.

Miró hacia el final de la calle, deseando que el taxi llegara de una vez.

—Creo que has olvidado algo —dijo una voz grave y ronca detrás suyo.

La piel se le puso de gallina y los pelos de la nuca se le erizaron.

Carol se maldijo a sí misma, porque esa reacción no era por el miedo. De nuevo, esa voz tan especial había sido como una caricia para su piel.

Ignorando las reacciones de su cuerpo traicionero, se giró procurando transmitir tanto desprecio como le fue posible. Se sobresaltó al descubrir al hombre bastante más cerca de lo que esperaba, tendiéndole sus zapatos.

Por algún absurdo y condenado motivo, su expresión entre indiferente y burlona lo hacía parecer todavía más atractivo. Y esos ojos le seguían pareciendo sinceros y bondadosos, maldita sea. Estaba claro que, por lo que a él se refería, Carol no podía fiarse de sí misma. Y tenía que desterrar de su

cabeza pensamientos tan inoportunos como “sensual” y “para mojar pan”.

Cogió los zapatos sin mirarle.

—Gracias —dijo con frialdad.

Le dio la espalda de nuevo, apartándose un poco de él. Ese aroma a chocolate amargo no le permitía pensar con claridad.

Miró otra vez hacia el final de la calle. La llegada del taxi empezaba a ser muy urgente.

—¿He hecho algo que te ha molestado? —preguntó él.

No parecía enfadado, casi parecía que la situación lo divirtiera. Menudo cabrón.

—Lo sabes perfectamente —respondió Carol.

Respiró aliviada al ver que un taxi giraba por la esquina. Se acercó rápidamente y se detuvo ante ellos. A Carol le faltó tiempo para coger la manilla de la puerta trasera, pero el hombre apoyó la mano en el vehículo, impidiéndole abrirla.

—La verdad es que no lo sé —susurró.

A Carol le flaquearon un poco las piernas. Su voz al lado del oído y el brazo fuerte que casi la rozaba le recordaron los besos y las caricias que le había regalado en la penumbra del jardín.

Se enfadó consigo misma. ¿Cómo era posible que, a pesar de lo que sabía, la cercanía del hombre la encendiera así? Lo único que debería sentir era repugnancia.

—Tendrás que exprimerte el cerebro para averiguarlo. Pero ve con cuidado, no vayas a matar a tu única neurona con tanto esfuerzo —espetó sin girarse.

Intentó abrir la puerta otra vez, pero él apoyó la otra mano en el vehículo, atrapándola entre sus brazos.

—Si sólo tengo una neurona, con más motivo necesito tu ayuda —susurró el hombre, todavía junto a su oído.

Carol se giró, enfadada y alterada por el escalofrío que le estaba bajando desde el oído, pasando por los pezones, en dirección a la entrepierna. Miró al hombre, desafiante. Él la observaba con una sonrisa burlona en los labios. La estaba mirando a los ojos, pero después desvió la mirada descaradamente hacia sus labios, recorrió el cuello y siguió bajando hacia su escote, donde la dejó clavada.

—¿Sabes qué nombre reciben las damas que hacen lo que has hecho tú esta noche?

Carol se enfadó todavía más. Ahora encima la estaba llamando calientabraguetas.

—¿Y cómo hay que llamar a los hombres que seducen a damas estúpidas para conseguir información para una investigación, detective? —fue la respuesta de Carol.

Quería sonar enfadada, pero se le rompió la voz y supo que no había conseguido esconder el desconsuelo que sentía.

La sonrisa desapareció del rostro del hombre. Se apartó de ella y la miró con consternación. Parecía sinceramente consternado. “Qué buen actor es”, pensó Carol. Al menos, ahora ya sabía que no debía creerle.

—Ahora vas a decirme que no sabes cómo me llamo, ¿no? —dijo Carol como si se aburriera, y suspiró. De repente, se sentía muy cansada.

—No, no lo sé.

Carol le dedicó una sonrisa desganada.

—Bien, pues si quieres llevar el teatro hasta el final... —dijo. Imitó burlescamente una pequeña reverencia mientras decía—: Carol Boutella, un placer y vete a la mierda.

Ahora sí, abrió la puerta y entró en el taxi, que en seguida arrancó.

Carol no quería que el taxista la viera llorar. Se concentró en controlar su respiración para intentar distraerse, pero no podía dejar de pensar en las palabras de sus hermanos y en su inexplicable reacción hacia el policía incluso cuando ya sabía quién era.

Acababa de vivir la peor noche de su vida. Y algo le decía que las cosas podían e iban a empeorar más.

Todavía sujetaba la pajarita plateada en la mano.

DESCONOCIDOS



Un solo baile es suficiente para que dos desconocidos se enamoren perdidamente.

Él, Jake Mulligan, es un policía que está investigando a una poderosa familia por delitos muy graves.

Ella, Carol Boutella, es la pequeña de la familia que Jake está investigando.

Para él, Carol es una sospechosa. Para ella, Jake es el hombre que quiere meterla en la cárcel. Los dos son conscientes de que deben mantenerse bien lejos el uno del otro, pero la casualidad y las circunstancias tienen otros planes para ellos.

Y es que amarse era lo último que debían hacer.

En la [página web de Emma Colt](#) descubrirás dónde puedes conseguir la novela.

Contacta con la autora

Emma Colt ha aterrizado hace poco en el mundo de las novelas románticas, pero lo ha hecho con muchas ganas y energías. Esto quiere decir que ya está trabajando en nuevas y apasionantes historias que emocionarán a sus lectoras y lectores.

Para estar al día de todas sus novedades, puedes visitar su página web (¡y apuntarte a su newsletter!) y seguirla en Facebook, donde también podrás contactar con ella:

- <http://emmacolt.com>
- <https://www.facebook.com/emmacoltofticial/>

¡Hasta pronto!